This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

3 2044 010 598 613

AL
421
.15

HARVARD COLLEGE LIBRARY
FROM THE INCOME OF
A FUND LEFT BY
LESTER B. STRUTHERS/1910

SAL 4481.2.15, (1)

Author

Sueños y realidades
Obras completas
de la
Señora Doña Juana Manuela Gorriti
publicadas bajo la direccion
de
Vicente G. Quesada

Tomo 1

Buenos Aires
Imprenta de Mayo de C.Casavalle (Editor)-Moreno 241
1865

HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY
DEC 8 1961

Juana Manuela Gorriti

INTRODUCCION.

Habíamos pensado preceder la presente edicion con algunas noticias biográficas de la señora de Gorriti y de sus obras; pero queremos ceder la palabra á nuestro querido amigo el señor Torres Caicedo, que ha publicado la siguiente biografia de la ilustre argentina—En el próximo tomo haremos conocer el juicio de la prensa sobre esta edicion. (1)

JUANA MANUELA GORRITI.

Uno de los mas célebres jefes de la escuela de la fantasía en la novela (no decimos de la novela fantástica) el ingenioso Stahl ha dicho:

«Hay árboles cuyas hojas tiemblan y se estremecen al acercarse una mujer.

«Hay flores que se inclinan bajo la planta femenina, como si quisieran de este modo enviarles con mas seguridad sus mas ricos perfumes.

«La misma tempestad ama á esa clase de mujeres, y los vientos enfurecidos se aplacan á su voz.

(1) El retrato debe colocarse al principio del volúmen.

«Las constantes ternuras del céfiro son para esas mujeres; y si algo acaricia con amor, es, sin duda, los rizos perfumados que rodean sus bellas facciones.»

Si Stahl hubiera visto á la señora Gorriti y si hubiera leido sus obras, habria esclamado: He ahí una de las mujeres de que hablo!

Belleza de cuerpo, nobleza de sentimientos, elevacion de ideas, bondad de corazon, prendas del alma, gracia en el decir y talento para contar; eso, mas que eso—las decepciones y las lágrimas, forman la auréola que brilla sobre la inspirada frente de esta literata americana.

No pulsa la lira, pero tiene inmensos tesoros de poesía en el alma. No ha cultivado el arte del ritmo y de la ritma; pero en su sencilla y sentimental prosa nos revela las armonías de su corazon; armonías elegiacas, si se quiere.

Que la hermosa escritora ha sufrido, no hay quien lo ignore en las orillas del Plata ni en las riberas del Pacífico. Pero ella misma nos lo dice en uno de sus mas bellos escritos. La autora de la poética y enternecedora biografia de Güemes se espresa así, al empezar esa obra:

«¡Ah! yo tambien, sombra viviente entre esas varias sombras, yo tambien voy allí con el recuerdo á reconstruir mi vida despedazada por tantos dolores, y extraer del delicioso oasis de la infancia algunos rayos de luz, algunas flores para esmaltar y perfumar mi camino. ¡Ah! ¡cuantas veces, huyendo del desolado presente, he tenido necesidad de refugiarme, como á mi único asilo, en las sombras del pasado, y evocar las nobles acciones de los muertos para olvidar las infamias

de los vivos; asirme á la memoria de las virtudes de aquellos, para olvidar que la Providencia ha permitido los crímenes de estos; colocar en la misma balanza la deslealtad, la perfidia, la cobardia y la impiedad con que los unos han escandalizado y contristado mi juventud, y la lealtad, la fé, el heroismo y la piedad con que los otros ungieron mi infancia—para poder decir—Dios es justo!»

¡Cuanto dolor y cuanta amargura no revelan esas líneas trazadas con tan valiente pluma, y esas ideas espresadas con tan triste y noble lenguaje!

Si, como se ha dicho, todo dolor tiene su culto, tributemos el nuestro al inmenso dolor que ha desgarrado aquel corazon, y no descorramos, profanos, el velo que encubre los secretos de aquella alma tan noble....

La señora doña Juana Manuela de Gorriti nació en la provincia de Salta, república Argentina, en junio de 1819. Su padre fué un hombre de letras, abogado, administrador y guerrero. Fué intimo amigo y compañero de Güemes; y esto solo haria su elojio. Como aquel, sino murió bajo las balas de los traidores, fué inmolado por el puñal de la ingratitud y de la calumnia. Por servir á su patria fué perseguido y murió lejos de su hogar llevando hasta el último dia de su vida el traje del proscrito.

La jóven dama de quien venimos ocupándonos, tuvo que emigrar con su padre cuando apenas contaba doce años de edad. La familia proscrita se asiló en Bolivia.

En aquella república existia un hombre de triste celebridad en América, á quien se conoce bajo el nombre de Isidoro Belzú. Y fué á ese hombre á quien tocó

la alta dicha de ser el esposo de tan cumplida mujer. Cierto escritor, al hablar de madama de Girardin ha dicho:

«Su único defecto es su esposo.» Esta frase es injusta al referirse á un hombre tan eminente (y adviértase que más de una vez hemos combatido las ideas del redactor de la *Presse*) como M. de Girardin;—pero aquella frase parece espresamente preparada cuando se habla de la señora de Gorriti y de Belzú.

Echemos en olvido los episodios de la vida de la ilustre argentina, pues no nos creémos autorizados para describirlos.

En 1845, los literatos de Lima, como todos los de la América latina, leian con encanto una novela de alto mérito, titulada la *Quena*. Su autora era la señora de Gorriti. La prensa colmó de merecidas alabanzas á tan notable escritora. Luego dió á luz el *Guante negro*. En el *Iris*, periódico literario de Lima, publicó algunos fragmentos del diario que lleva por título *Album de un peregrino*, y otra novela la *Hija del Masorquero*.

En 1858, las columnas del *Liberal* se engalanaron con una obra de mucho interés, redactada por la experta pluma de la literata argentina: ese libro tenia el título de *un drama en el Adriático*; y á este siguieron otros no menos importantes: el *Lecho nupcial*, *La Duquesa*.

La Revista de Lima tuvo la fortuna de contar entre sus colaboradores, desde 1860, á la señora de Gorriti, quien ha publicado en esas pájinas el *Ramillete de la velada*, el *Lucero del manantial*, *Gubi-Amaya—Memorias de un bandido*, *Si haces mal no esperes bien*, *el Angel caido*.

En la *Revista del Paraná* de 1861, hemos leido la bellísima biografía de Güemes, que hasta cierto punto

recuerda algunos de los escritos de Pelletan, sin que por esto pierda nada de su originalidad. Creémos que tambien fué en esa Revista donde se publicó la novela de tan brillante escritora, la *Duquesa de Alba*.

Se nos ha asegurado que la señora de Gorriti se prepara á publicar dos nuevas obras: el *Pozo del Yoká* y la *Novia del muerto*.

Sin galanteria, sin ceder á la simpatía natural que nos inspiran los literatos americanos, cualquiera que sea la bandera política que sigan, declaramos que hemos leido con deleite todas las obras de la fecunda escritora de Salta, que desde 1845 puebla con sus armonías las encantadoras orillas del Rimac.

La señora doña Juana Manuela Gorriti no pertenece como Jorge Sand á una escuela filosófica, ni como este tiene los refinamientos del arte y del estilo; pero en cambio posee el sentimiento de lo bello y de lo bueno que distinguió á la autora de *Margarita ó los dos amores*, la malograda Sofía Gay, Madama de Girardin. Sin la correccion de lenguaje de Fernan Caballero, tiene como esta afamada escritora española, el amor á la verdad, á la sencillez, y sin ser realista describe fielmente la naturaleza, animándola con los tintes de lo ideal. La escritora no olvida á la mujer; la literata recuerda siempre que es cristiana; y por eso sus novelas y sus crónicas son recreativas, morales, y pueden sin recelo ponerse en manos de las vírjenes y entrar por la puerta principal en el hogar de la familia que mas dada sea á la práctica de la virtud.

Lejos está la literata argentina de poseer las facultades de la autora de *Indiana y Valentina*; pero lejos está la escritora francesa de poseer la noble sencillez y el espíritu moralizador de la autora del *Lucero del manan-*

tial. Aquella se presta mucho á la discusion, y conmueve todas las pasiones; esta arrulla dulcemente el alma y hace pasar las horas en grata paz. La literata francesa ha perdido su sexo, como dice M. de Lamartine, en las luchas filosóficas y políticas. La literata argentina se ha mostrado mujer por el corazon y por el lenguaje, por la sencillez y la moralidad.

La novela, despues de la forma dramática, ha dicho Planche, es la forma mas popular del pensamiento; pero si puede sanar muchas heridas, puede tambien abrir otras que son incurables. Esto lo ha comprendido por intuicion la señora de Gorriti, y por ello trata de armonizar la pureza de la forma con la elevacion de los sentimientos. En muchas de las novelas de la literata argentina hay ausencia de episodios, los caracteres estan apenas delineados, las descripciones dejan que desear; pero en cambio hay rapidez en la accion, altura en los pensamientos, dignidad en la espresion, moralidad en el fin que se propone: y si las descripciones son cortas, las que presenta son exactas y revelan lo que hoy se llama el sentimiento estético y el color local.

El Lucero del Manantial, episodio de la dictadura de don Juan Manuel Rosas, es una deliciosa produccion, que en estrechas dimensiones contiene todos los elementos de una novela, y que recuerda las leyendas y baladas de la severa y melancólica Escocia.

«En los últimos confines del Sur, cerca de la frontera que separa á los salvajes de las poblaciones cristianas, se hallaba un fuerte medio arruinado, que lo guardaba un destacamento de las fuerzas veteranas de la república. El comandante tenia una hija que era un ángel.

VII.

«María era la flor mas bella que acarició la brisa tibia de la pampa.

«Alta y esbelta como el junco azul de los arroyos, semejábale tambien en su elegante flexibilidad. Sombreaba su hermosa frente una espléndida cabellera que se estendia en negras espirales hasta la orla de su vestido. Sus ojos en frecuente contemplacion del cielo, habian robado á las estrellas su mágico fulgor; y su voz, dulce y melancólica como el postrer sonido del arpa, tenia inflexiones de entrañables ternuras, que conmovian el corazon como una caricia, y cuando en el silencio de la noche se elevaba cantando las alabanzas del Señor, los pastores de los vecinos campos se prosternaban creyendo escuchar las voz de algun ángel estraviado en el espacio.

«El viajero que á lo lejos la divisaba pasar, envuelta en su blanco velo de vírjen, á la luz del crepúsculo, bajo las sombras de los sáuces, esclamaba:

«—¡Es una hada!

«Pero los habitantes del *Pago* respondian:

«—Es la hija del comandante, el *Lucero del Manantial*

. . . . . .

«El adusto veterano compañero de Artigas, desarrugaba solo el ceño de su frente surcado de cicatrices para sonreir á su hija.

«Para aquellos hombres hostigados por frecuentes invasiones y cuyos rostros tostados por el sol de la Pampa espresaban las inquietudes de una perpétua alarma, era María una blanca estrella que alegraba su vida derramando sobre ellos su luz consoladora.

«Pero ella, que era la alegria de los otros —¿porqué estaba triste? ¿qué sombra habia empañado el cristal purísimo de su alma?

«La hora del dolor habia sonado para ella, y María pensaba . . . . pensaba de amor.»

La jovén tuvo un sueño de amor que al mismo tiempo le produjo honda pena y la llenó de terror.

En medio de charcos de sangre y sobre montones de

cadáveres, la jóven vió que alzaba arrogante la frente un jóven bello con la belleza del arcángel maldito; iba blandiendo un puñal; se acerca á María, y la vírjen, apesar del temor que le inspiraba, se sentia arrastrada hácia él. Su corazon le decia: —Amálo.

Al despertar llena de sobresalto, pasó la mano por su blanca frente, y repitió consolada: ¡ Era un sueño ! y como el alba habia rayado, la intrépida amazona fué en busca de su favorito alazan. Saltó gallardamente sobre el lustroso lomo del noble animal, y desapareció en medio de los vastos horizontes de la Pampa. El corcel, sintiendo su lijera carga y reconociendo el « camino de su agreste patria, sacudió su larga crin, mordió el freno, y burlando la débil mano que le regía, partió veloz como una flecha, saltando zanjas y bebiendo el espacio.»

El bruto atravesó el linde que separaba el campo cristiano del inmenso territorio de los salvajes. María, pálida de espanto se creyó perdida, cuando sintió que el alazan se abatía sobre sí mismo, *embolado* por una mano invisible.

La jóven se desmayó, y al volver en sí se halló en los brazos de un hombre que la observaba con encanto. La vírjen contempló á ese hombre; era un apuesto y gallardo mancebo; pero ! «ay ¡ era el fantasma de su sangriento ensueño !»

El jóven (y esto es de suponerse por el relato de la autora) condujo á María cerca del fuerte, pues en la noche siguiente, y en las que se sucedieron, la vemos «con la mirada fija, medio desnuda y oculta tras las vetustas ojivas, esperando á un hombre que llegando cautelosamente al pié del ombú, asíase á sus ramas, escalaba la ventana y caía en sus brazos.»

María lo llenaba de caricias y le hacia mil protestas de amor, aun cuando no le ocultaba el temor que le inspiraba. Ese hombre se llamaba Manuel. Él le hablaba con pasion, y las horas se deslizaban para los dos amantes entre caricias y promesas.

Pero una noche llegó, terrible para María, en que no vió al hombre que habia dispuesto de su corazon y de su honra.... Por el mismo estalló la guerra civil, «y el fragor del cañon homicida ahogó las risas y los gemidos.»

La jóven se sintió madre. Antes de que se hiciera público su deshonor, resolvió darse la muerte. Pero cerca de ella velaba un hombre de corazon bien puesto, de sentimientos generosos, y que aun cuando conocia el secreto de la jóven, la amaba con delirio:—«Te amo, le dijo, y mi amor ha penetrado el secreto de tu dolor. ¿Quieres confiarte á mi? seré tu esposo, tu amigo, y.... el padre de tu hijo.»

Muchos años corrieron tranquilos para tan dulce pareja, y la nobleza del esposo habia hecho casi olvidar la terrible escena á la engañada y digna mujer.

Enrique, fruto del vedado amor primero, era reputado como hijo de Alberto, el salvador de la seducida María. Diez y seis años habian transcurrido cuando un dia de verano, una silla de posta atravesó las calles de Buenos Aires y penetró en el patio de una casa sita en uno de los mas hermosos barrios. Una bella mujer bajó del carruaje para encontrarse en los brazos de un hombre de distinguido porte. Este era Alberto, y la dama era su esposa—era María.

La primera pregunta de la madre fué: ¿y mi hijo? El padre le contestó que en aquel dia sellaba con lucimiento su carrera escolar. Pero tambien en aquel dia debía Alberto concurrir á las sesiones de la Cámara de Representantes, de la cual era presidente. Tratábase de una cuestion muy greve: Rosas pedia que se le concedieran poderes dictatoriales y Alberto aun cuando su amigo y confidente, se preparaba á combatir tal proposicion. Era su deber, y siempre habia seguido los dictados de su conciencia.

Mientras que el padre salia el hijo entraba. Pasados los primeros momentos de efusion entre María y En-

rique, este se dirijió á la cámara con el fin de «aplaudir á su padre con la voz y con el alma.»

La proposicion de Rosas es presentada á los representantes del pueblo. Dominados todos por el terror que ya habia empezado á reinar, solo dos se atrevieron á contrariar la voluntad del que ya era dictador de hecho: esos dos ciudadanos fueron el obispo de la Metrópoli y Alberto.

Cuatro hombres enmascarados penetraron en el instante en el recinto de la cámara, y dirijiéndose á la silla del presidente, clavaron un puñal en el corazon de Alberto....

Enrique entraba en este momento, y solo pudo arrancar el arma homicida del pecho del hombre que reputaba como padre, y jurar al cielo que vengaria tan infame asesinato.

Al dia siguiente, en Buenos Aires imperaba la sangrienta dictadura del salvaje de las Pampas. Corria el rumor de que un jóven habia atentado contra la vida del tirano, y que habiéndosele aprehendido, se le habia juzgado sumariamente, y condenádosele á muerte.

En efecto, al frente del palacio del dictador se elevaba un banquillo, y allí se habia llevado á un hermoso jóven. Ya los soldados tenian inclinados los fusiles y estaban prontos á hacer fuego, cuando aparece una mujer pálida y desgreñada, y ruega al oficial que aguarde algunos instantes, pues vá á implorar la *clemencia* del dictador.

Esa mujer era María. El que iban á fusilar era Enrique. El hijo prohibe á la madre que se degrade hasta el punto de pedir gracia al asesino de Alberto. Pero la madre solo oye la voz del corazon, y parte sin tardanza hácia el palacio del tirano. Se abre paso y llega hasta el gabinete en que se hallaba la hiena conocida bajo el nombre de Rosas; pero al ver las facciones de ese hombre, María siente que la voz se le detiene en la garganta, y cae como petrificada.

Pocos instantes despues se oyó una detonacion, y

María solo pudo esclamar: —«¡ Manuel ! ¡ Manuel ! ¿que has hecho de tu hijo?»

Una noche los indios vieron que una mujer vagaba por entre las ruinas del fuerte del *Pago*, destruido por los salvajes que habian asesinado al anciano comandante.

Esa mujer pálida, desgrañada, vestida de luto y llevando la muerte en el alma y el corazon, era *María el Lucero del Manantial*.

El Guante Negro es un episodio de la sangrienta tiranía de Rosas. Ramirez era un valiente militar; un corazon leal, un coronel de la República Argentina; que no viendo los crímenes de Rosas, solo pensaba en la causa federal y en la amistad que habia jurado al dictador.

Wenceslao era hijo del coronel Ramirez: valiente como su padre, hermoso é intelijente, acababa de recibir una herida en un tremendo combate cuerpo á cuerpo. Su corazon se hallaba dividido entre dos amores; amaba á Manuela Rosas por ambicion y vanidad; amaba á Isabel, hija de un cumplido patriota, una de las víctimas de la mas-horca. Pero el amor por esta bella y encantadora vírjen, era el real y verdadero.

En una tarde de verano, Manuela Rosas se presentó en casa de Wenceslao, acompañada de un lacayo que vestía una rica librea. La hija del dictador iba allí conducida por tres motivos poderosos: Wenceslao seguía las banderas de su padre; Wenceslao habia espuesto su vida por defender la honra de la jóven, Wenceslao era el sueño de su corazon.

Cuando Manuela Rosas se aproximó al lecho del herido, este la saludó con gratitud y con amor; ella, si le manifestó sus sentimientos, fué mas con las miradas que con las palabras. Pero el jóven, galante y ambicioso, se apoderó para besársela, de una de las manos de la peligrosa hurí, y le descalzó el guante de seda negra que la encubría.

Pero los instantes corrian, y preciso fué que la hija del dictador se alejase, pues la esperaban en Palermo, residencia del tirano.

Cuando apenas habia salido aquella del aposento de Wenceslao, penetró por una puerta secreta otra jóven; pura, intelijente y fiel: era Isabel que venia á curar las heridas del enfermo.

Al verla Wenceslao, dió rienda suelta á sus verdaderos sentimientos. La ambicion cedia el puesto al amor.

Los dos jóvenes departian agradablmente; é Isabel le daba cuenta de los funestos presentimientos que la asediaban, cuando el reloj del salon anunció que era media noche.

Isabel debía partir, pero antes era preciso curar á su enfermo.

Manuela Rosas había dejado el fatal guante negro, y en la parte interior, sobre la cinta que cubre el resorte se leia el nombre de su dueña. Wenceslao había colocado esta prenda sobre su corazon.

Isabel descubre aquel objeto, lee el nombre de su rival odiada por ella con doble motivo, y lanza un grito. Luego declara al jóven que todo queda roto entre ellos. A tiempo descubría aquel misterio para recordar el juramento que había hecho á su padre asesinado, juramento que ella quebrantaba al amar á un servidor del tirano.

Pero Wenceslao siente entonces todo el amor que profesaba á Isabel; le pide perdon y le jura aceptar el sacrificio que le imponga, que cualquiera será leve á trueque de reconquistar su corazon.

—¡Y bien! dijo Isabel; ¡si me amas, pruébamelo partiendo para el campo de los unitarios!

Y desapareció al instante.

El sacrificio pareció inmenso, inaceptable á los ojos de Wenceslao, y en su dolor, en la alternativa de perder á su amada ó pasar por traidor, pensó en la muerte; llevó la mano al pecho y se arrancó el vendaje que cubría la herida.

XIII.

Moribundo estaba y la sangre de su herida corría á torrentes, cuando llegó ese ángel de consuelo que se llama madre, y á fuerza de solícitos cuidados pudo reanimar al hijo querido, cuya primer palabra fué ¡ Isabel !

Algunos dias habían transcurrido y Wenceslao se hallaba casi del todo curado, cuando la madre sorprendió que su esposo se había llenado de furor al leer una carta que le acababan de llevar. El coronel Ramirez pronunció el nombre de su hijo, y saliendo con direccion hácia el jardin, habló con uno de sus mas fieles servidores, á quien dió órden para que cavase un hoyo de siete piés de longitud y seis de profundidad.

La madre, previendo una parte de la terrible verdad corrió al gabinete del coronel, halló la carta fatal y la leyó: era una carta que Wenceslao había escrito á Isabel y que había sido interceptada por los agentes de Rosas. En ese carta el jóven prometía á su amada abandonar su bandera para recobrar su amor: le anunciaba que pasaría al campo de los unitarios. A esta carta acompañaba el funesto guante negro de Manuela Rosas, y el jóven suplicaba á Isabel que lo hiciera llegar á su dueña.

Cuando la madre, dominada por el terror, puesto que conocia el terrible secreto de su esposo, se halló en presencia de este, le habló como habla en tales lances una madre: apeló á las lágrimas—manifestó al implacable militar toda la crueldad de su pensamiento, pues se resistia á creer que pusiera en práctica tan criminal proyecto. Al fin se pudo convencer de que era inalterable la resolucion del padre, quien estraviado por un falso sentimiento de honor y de lealtad, que solo hubiera lejitimado una noble causa, estaba decidido á asesinar al hijo que consideraba como traidor.

Entonces la madre tomó el puñal que el coronel habia colocado sobre una mesa, y lanzándose sobre él le dijo.

«—¡Pues muere tú! muere, por ¡ue yo quiero que mi hijo viva.

«Y la mujer hundió el puñal en el pecho de su esposo.

«En ese instante entraba Wenceslao.

«—¡Madre mia! ¿qué haceis? esclamó Wenceslao precipitándose sobre el cuerpo del coronel que habia caido muerto sin exhalar un suspiro.

«La madre se volvió hácia él con la impasibilidad de la desesperacion.

«—¡Mi esposo habia jurado matar á un traidor, dijo ella; ese traidor era mi hijo, y yo he matado á mi esposo por salvar á mi hijo!»

Wenceslao olvidó á Isabel al presenciar tan horrible escena, y al dia siguiente, á la cabeza de su regimiento, fué á unirse con el ejército del famoso Oribe, ese digno compañero de Rosas.

En *Quebracho Herrado* hubo á poco tiempo una sangrienta batalla entre las tropas del tirano y las huestes de los patriotas, que muy inferiores en número y ocupando desventajosas posiciones, aceptaron la lid por no abandonar á la emigracion que les seguia, y que no habria podido soportar una marcha forzada.

Cuando al fin se cansaron de matar heridos, de asesinar ancianos y mujeres, los soldados de Rosas y Oribe se retiraron á su campamento. Era alta noche, y una jóven, con el cabello suelto al viento, la mirada estraviada, el paso vacilante, llegó al sitio de la carnicería. Era Isabel, que guiada por el instinto de la amante, descubrió, entre centenares de cadáveres de amigos y enemigos, el del dueño de su corazon—el de Wenceslao á quien no habia podido olvidar: el jóven tenía en el pecho una herida, esta era de forma circular y bordes negros, y la herida estaba cubierta con el fatídico guante negro. Isabel cayó en tierra exclamando con hondísima amargura:

«¡Hé ahí la mano de Manuela Rosas, que le ha despedazado el pecho por robarme su corazon!»

Los cuadros de esta novela, verdadera *Nouvelle*, segun la clasificacion literaria de los franceses, que la dis-

tinguen del *Roman*, están admirablemente trazados, hay movimiento dramático, caracteres bien delineados, accion sostenida y rápida.

La autora del *Guante Negro*, lo repetimos, ha dado pruebas relevantes de que puede abordar con buen éxito la novela de grandes dimensiones y el drama en todas sus formas. En el *Guante negro* entran en juego el amor, los celos, la ambicion, la sublime abnegacion de la madre, el fanatismo de un falso punto de honor, el patriotismo y la venganza: elementos mas que suficientes, no diremos para un cuadro de novela, sinó para una novela en debida forma.

Por no estendernos demasiado renunciamos á presentar un análisis de otras piezas notables de la literata argentina. El que desee estasiarse á la vez con los atractivos de la novela, con la enseñanza de la historia, con las profundas sensaciones de la tragedia, con los sublimes transportes del poema, lea:

Güemes, recuerdos de la infancia.

La novela, en sus diversas formas, cuenta ya en América con ilustres representantes: la señora de Avellaneda nos ha presentado, entre otras, á *Espatolino*,—*Daniel*, y con la señora de Garcia, el *Médico de San Luis*.

Orozco, *Guerra de treinta años*,—Lastarria, la *Mano del muerto*,—Fidel Lopez, la *Novia del Hereje*,—José Mármol, la *Amalia*,—Bartolomé Mitre, *Soledad*; y luego vienen con sus multiplicadas producciones, M. A Matta, y con sus crónicas Barros Arana, Palma, Quesada, etc. etc.

Pero leed sobre todo los hermosos escritos de la simpática é inspirada escritora del Plata.

Manibus date lilia plenes.

J. M. Torres Caicedo.

1863.

LA QUENA.

I.

LA CITA.

Las doce de la noche acababan de sonar en el reloj de la catedral de Lima. Sus calles estaban lóbregas y desiertas como las avenidas de un cementerio; sus casas, tan llenas de luz y de vida en las primeras horas de la noche, tenian entonces un aspecto sombrío y siniestro; y la bella ciudad dormia sepultada en profundo silencio, interrumpido solo á largos intérvalos por los sonidos melancólicos de la vihuela de algun amante, ó por el lejano murmullo del mar que la brisa de la noche traia mezclado con el perfume de los naranjos que forman embalsamados bosques al otro lado de las murallas.

Un hombre embozado en una ancha capa apareció á lo lejos entre las tinieblas. Adelantóse rápidamente, mirando con precaucion en torno suyo, y deteniéndose

delante de una de las rejas doradas de un palacio, paseó suavemente sus dedos por la celosía de alambre.

La celosía se entreabrió.

—¿Hernan?—dijo una voz dulce y armoniosa como las cuerdas de una lira. Y al mismo tiempo apareció el bellísimo rostro de una jóven engastado en negros y largos rizos sembrados de jazmines y aromas.

—¡Rosa! amada mia, no temas, soy yo—respondió con apasionado acento el embozado, estrechando contra su pecho la mano blanca y fina que la jóven le alargaba.

—¡Oh! ¡cuánto has tardado esta noche!—dijo ella suspirando—Yo contaba los segundos por los latidos de mi corazon; pero eran estos tan precipitados que me parece haber vivido siglos desde las once.

Y abriendo enteramente le celosía, se puso de rodillas en el antepecho de la ventana para mirar de mas cerca á su amante, cruzando por fuera de la reja dos brazos torneados y blancos como el alabastro, con esa mezcla de infantil confianza y de gracia voluptuosa peculiar solo á nuestras vírgenes americanas, á quienes la influencia de nuestro ardiente sol, sin quitarles nada de la inocencia adorable de la niñez, les dá con todos sus refinamientos, las seducciones de la mujer.

Aquel á quien ella llamaba Hernan, contemplaba en un éxtasis doloroso el rostro encantador que casi tocaba al suyo.

—¡Rosa! ¡adorada mia!—la dijo—nunca te ví tan hermosa como en este momento; nunca tus ojos han res-

plandecido con tan divino fuego, ni tu dulce voz ha tenido jamás sonidos tan mágicos para mi corazon.

—Y sin embargo vas á alejarte de mí, á abandonarme á las persecuciones insoportables de ese odioso Ramirez, que escudado con la aprobacion de mi padre, de quien es amigo y colega, me considera insolentemente como su propiedad futura, sin contar para nada con mi voluntad. Pero yo les haré conocer la energía de esa voluntad con que no cuentan; y si tu me abandonas en la lucha terrible que voy á sostener, mi valor no me abandonará al ménos. Guarda, pues, ese fatal secreto que rehusas confiar á tu amante, y que, puesto que te prohibe el pedir á mi padre el corazon que su hija te ha dado, será quizá algun vínculo que te liga á otra....

La voz de la bella jóven que habia tomado el acento firme de un adolescente, descendió á estas palabras, á un diapason dulcísimo, perdiéndose en un largo sollozo.

—¡Rosa! angel mio! no aumentes con tus lágrimas la horrible amargura que inunda mi corazon. ¡Ay! yo dilataba el momento de destrozar el tuyo con el peso de mi secreto, pero pues ha llegado la hora.... ¡sea!....

¿Quieres saber quien es este Hernan á quien conociste en aquella corrida de toros sentado al lado del virey? Este Hernan de Camporeal educado con los hijos de los grandes de España, es el descendiente de esa raza proscripta que vosotros, sobre todo tu padre, mirais con tanto desprecio, despues de haberla destronado y de haberos engrandecido con sus riquezas; el que te ama á tí,

hija del orgulloso oidor Osorio, el que prefieres al poderoso y magnífico oidor Ramirez, es el hijo de una india; es un desventurado que nada posee en el mundo aunque su pié huella quizá los tesoros que sus padres confiaron á las entrañas de la tierra para sustraerlos á la sanguinaria codicia de sus tiranos.

Hernan se interrumpió, fijando en su amada una mirada penetrante, como si quisiera leer en el fondo de su alma. Pero ella habia cruzado las manos sobre su pecho y lo contemplaba extasiada.

—¡Qué escucho!—exclamó—¡Hernan el elegido de mi corazon, es un hijo de los incas! Oh! yo lo habia presentido! ¿De dónde venia esa emocion profunda que aun antes de conocerte sentia yo al solo nombre de Manco-Capac ó de Atahualpa? Se hubiera dicho que entre mi corazon y el sepulcro olvidado de esos héroes, mediaba una fibra palpitante, por la cual el calor juvenil de mi sangre comunicaba con sus heladas cenizas. Entonces yo atribuia ese sentimiento estraño á las vehementes simpatías de la juventud, aun por seres desaparecidos despues de siglos; pero era el presentimiento de mi amor. Mas dime, Hernan, aunque mi padre mire con desprecio el linaje de tu madre, ¿en qué perjudica esto á nuestro amor, pues que el noble conde de Camporeal la hizo española dándole su nombre?

La altiva frente de Hernan palideció á estas palabras.

—Oh! santa madre mia! esclamó elevando al cielo

una mirada de amor infinito—ese nombre que te rehusaron, por noble que sea, todavia no era digno de tí: él no podia aumentar el brillo de la aureola de virtudes, de honor y de heroismo que rodeaba tu frente. No! Rosa, mi madre no llevó nunca ese nombre: una atroz injusticia le privó de él. Oh! si eso hubiera sido lo único que le robó.... Escucha su historia, amada mia, cuyo corazon es el único digno de comprenderla, tú á quién ella me ha enviado del cielo para reemplazarla en la tierra.

II.

LA MADRE.

Mi mas lejano recuerdo me representa un dia muy pequeño, sentado á los pies de mi madre, que era una jóven alta, de maravillosa hermosura, con largos y rasgados ojos negros...

—¡Como los tuyos! murmuró Rosa con acento que revelaba una inmensa pasion, y pasando sus lindos dedos por las largas pestañas de Hernan.

—Con una boca—continuó este—pequeña y de lábios encarnados, por los que sin cesar erraba una dulce y melancólica sonrisa, dejando ver dos iguales filas de dientes de un blanco de nieve azulado. Su hermosa frente, de la que descendian cuatro trenzas de cabellos, tan largos que descansaban en el suelo, estaba adornada de una banda de púrpura, única insignia, con que la ve-

neracion fanática del pueblo distingue á las hijas de los antiguos reyes del Perú.

Nos hallábamos en el Cuzco, en una casita cuyos muros habian pertenecido á construcciones anteriores á la conquista. El sol brillaba en un cielo sin nubes, y uno de sus rayos, pasando por una ventana, venia á morir á nuestros pies.

Mi madre hilaba con aire triste y meditabundo, interrumpiéndose solo para bajar su mano sobre mi frente y acariciarme. Yo jugaba recostado en su rodilla, ya con su rueca cuyo curso detenia, ya con los átomos del sol que perseguia procurando encerrarlos en mi mano.

—¡Maria! hija mia! ¿estás ahí?—preguntó una voz cascada desde la puerta.

—Entrad, cacique—respondió mi madre levantándose para recibir á un anciano indio, de cabellos blancos y rostro venerable—venid, mi buen padre adoptivo. Mi corazon está hoy muy triste. El anciano miró á mi madre con dolorosa ternura.

Sí, muy triste—repitió ella, contestando á esa mirada. Funestos presagios me anuncian una desgracia. ¿Cuál? ¡lo ignoro! Anoche mismo un sueño estraño y angustioso me ha llenado de terror. ¡Oh vos, á quien Dios revela su misterioso sentido, escuchad, y decidme lo que debo temer!

Me hallaba con mi hijo sobre mis rodillas en un jardin delicioso, tan bello, que en comparacion suya nuestras fértiles quebradas son áridos desiertos. Me rodea-

ban árboles de toda especie, cargados de hermosos frutos; innumerables, variadas y bellísimas flores me embriagaban con su penetrante aroma; y sin embargo de que todo allí respiraba alegria yo estaba triste, y una dolorosa inquietud me hacia estrechar á mi hijo contra mi corazon.

De repente ví delante de mí un hombre de formas colosales, un gigante vestido de verdes juncos, y cuyas facciones, ¡cosa estraña! tenian la movilidad de la imájen que vemos reflejarse en el agua agitada.

—¡El mar! murmuró el indio.

—El espanto que me causó aquella aparicion produjo en mí un efecto inaudito. Mis miembros se entorpecieron, mi lengua, como clavada, al paladar, no pudo articular un solo grito, y de todo mi ser material, mis ojos solos quedaron con vida, mis ojos que vieron al gigante aprovechándose de mi postracion, tomar á mi hijo por el cuello, arrancarle de mis brazos á pesar de sus gritos, y alejarse con él hácia una llanura sin límites, donde desapareció.

—¡El mar!—repitió el cacique.

—El dolor que desgarró mi corazon me despertó. Mi cuerpo agitado de horribles convulsiones, estaba cubierto de un sudor helado; mis sienes latian como si fueran á romperse; pero abriendo mis ojos ví á mi hijo dormido en mis brazos, abracelo estrechamente, y todos mis terrores se disiparon, reemplazándolos un gozo inmenso, imposible de ser comprendido sino por una madre que haya perdido á su hijo.

Y tomándome en sus brazos me llenó de besos y de lágrimas.

El anciano despues de haber quedado largo rato pensativo, preguntó con inquietud á mi madre:

—¿Dónde está él ahora?

—Fué—respondió ella—á desempeñar en Buenos Aires una de las misiones con que vino á América, y han pasado dos años sin que yo tenga noticias suyas. ¡Ay! padre mio, ¿es de mi amado Fernando, de mi bello conde de Camporeal, de quien me hablan mis funestos sueños y esos mil incidentes de mal agüero que se multiplican en torno mio?

—¿Con que amas mucho á ese español?—preguntó el indio con amargura.

—¡Si le amo!—respondió mi madre con acento apasionado.—Mi corazon, mi alma, todo mi ser le pertenece; y para aumentar su felicidad habria querido que Dios doblara cada una de sus facultades.

El indio fijó en mi madre una mirada de tierna y dolorosa compasion, murmurando tristemente....¡Ella tambien, como sus abuelos, debia caer en los lazos que esa raza impía tiende á nuestros sencillos y afectuosos corazones!

En vano seria, desventurada hija del Cuzco, que yo te descubriese el sombrío porvenir que leo en este momento sobre tu frente y la de tu hijo, porque nadie puede huir de su destino, y ademas la voz del amor, dulce y sonora, cubriria la voz trémula, aunque inspirada, del anciano.

Pero es necesario interponer tu conciencia entre nuestro secreto y la debilidad apasionada de un corazon de mujer.

El cacique se levantó, y dirigiéndose á mi madre con ademan magestuoso y voz solemne—nieta de Atahualpa, esclamó:—¿juras sobre la cabeza de tu hijo, y por la sangre de tu abuelo, que ni el amor, ni el odio, ni las caricias, ni las torturas podrán forzar tu labio á descubrir á nuestros tiranos el secreto que tu padre te legó en su lecho de muerte?

—¡Lo juro!—respondió ella con acento firme, pasando una mano sobre mi cabeza y estendiendo la otra hácia el sol—¡Oh! padre mio, aquella que sentada sobre los inmensos tesoros de nuestros antepasados, ha tiritado de frio y languidecido de hambre y de fatiga para que la pequeña partícula de oro que debia fortalecerla no fuera al poder de los que nos han desheredado, no necesita de juramentos para callar.

La severa magestad del cacique desapareció de sus ojos; lágrimas paternales rodaron en ellos.

—¡Lo sé, hija mia!—respondió—pero la voz del amor es mas poderosa que el hambre, el frio y la fatiga. ¡He cumplido mi deber! Y fijando en el vacio una mirada profunda que parecia penetrar la inmensidad del porvenir esclamó:

¡Vendrá un dia en que la ciencia de los hombres descubra esos tesoros; pero entónces ellos serán libres é iguales, y los harán servir á la dicha de la humanidad.

El reinado de las preocupaciones y del despotismo habrá pasado, y el genio solo dominará el mundo, ya erija por solio la frente de un europeo, ya la de un indio. Entre tanto, hija mia, cúmplase en tí lo que Dios ha dispuesto, dijo—y llevándose á sus ojos su mano seca y arrugada para enjugar una lágrima que corria por su mejilla venerable, se alejó con paso lento.

Mi madre quedó largo tiempo inmóvil, con la frente apoyada en mi cabeza.

Un ruido de pasos precipitados la distrajó de la profunda meditacion en que la dejaron las palabras del anciano. Un caballero alto y apuesto, de rostro hermoso é imponente, entró haciendo resonar sus espuelas en el umbral de nuestra puerta.

—¡ Camporeal !—esclamó mi madre, corriendo conmigo en los brazos, á arrojarse en los del estranjero.

—¡ María !—respondió él estrechándonos á ambos contra su pecho adornado de cruces—¿ Es este mi hijo?

—¡ Nuestro hijo !—dijo ella con acento tímido.

—¡ Oh ! ¡ qué bello es mi hijo !—continuó él, sin advertir al parecer la rectificacion de la pobre madre; y tomándome en sus brazos, á pesar de mi esquiva resistencia me dijo con gran volubilidad:

—Hernan, querido mio, serás un arrogante gentil hombre de cámara algun dia. ¡ Las reinas te disputarán á sus damas ! Entre tanto, es necesario que vengas conmigo á Lima.

—¡ A Lima !—esclamó mi madre, que á las prime-

ras palabras del Conde habia sentido helarse el gozo en su corazon y se habia alejado con los ojos bajos y la frente inclinada:—¡Ah, Fernando! no era eso lo que me habias prometido! ¿Un caballero español falta así á su palabra?

—María,—respondió el conde,—las promesas que se hacen á una mujer, sobre todo á la madre de nuestro hijo, no son como las que median entre los hombres: se hallan en la línea de aquellas que nos hacemos á nosotros mismos, están sujetas á circunstancias imprevistas; y si me amas, y amais á vuestro hijo, debeis comprender que ni él ni yo podemos encerrar nuestro destino en el círculo estrecho de un pais perdido entre desiertos, solo porque un dia os hice una necia promesa. Por lo demás,—añadió en tono resuelto,—mi hijo, y vos si quereis, partireis mañana conmigo. ¡Adios!

Mi madre no exhaló su dolor en quejas y esclamaciones: como todas las almas tiernas, le reconcentró todo en su corazon. Cerró su casa, hizo en la puerta una cruz en señal de despedida, y conmigo en los brazos, fué á pasar el dia entero sobre las alturas que dominan la ciudad, repitiendo entre lágrimas silenciosas estas palabras que el cacique habia dicho en la mañana: ¡el amor es mas fuerte que todo! Y como la hija de Jephte miraba desde la cima de los montes la patria que iba á dejar, y la lloraba.

Partimos.

III.

EL RAPTO.

Al llegar á Lima, el pesar, la fatiga, y quizá tristes presentimientos, que se alzaban en el corazon de mi madre, le causaron una violenta enfermedad. Una fiebre ardiente se apoderó de ella, un delirio terrible extravió su razon creciendo hasta el frenesí cuando me alejaban un momento de su lado. Su sueño del Cuzco se le representaba incensantemente causándole espantosos terrores. Entonces me estrechaba contra su pecho hasta ahogarme, dando furiosos gritos, á los que sucedia una postracion mortal.

Una noche que habia caido en ese entorpecimiento letárgico, del que solo sus ojos no participaban, velando abiertos y atentos como dos centinelas, yo estaba acostado á su lado y posaba mis manos frescas sobre su frente ardiente. El silencio que reinaba en torno nuestro y la inmovilidad de mi actitud, comenzaban á adormecer-

me, cuando ví abrirse la puerta y entrar un hombre alto, envuelto en una larga capa negra, y con el sombrero caido sobre su frente.

A su vista, los grandes ojos de mi madre se dilataron mas todavia; sus miembros inertes se estremecieron con una violenta convulsion; sus lábios se agitaron en un esfuerzo de suprema angustia, y su lengua rompiendo las ligaduras de acero que la sugetaban articuló con un acento que nunca olvidaré:

¡¡El gigante!!

Yo dí un agudo grito, abrazándome estrechamente de su cuello, pero acercándose el embozado, puso una mano sobre mi boca, y separando con la otra los brazos tiesos é inanimados que rodeaban mi cuerpo, me arrebató como á un pobre pajarillo á quien roban de su nido; y envolviéndome en los pliegues de su capa, se alejó conmigo.

Despues de inútiles esfuerzos para desprenderme de las manos que me retenian, la rabia, el dolor y el miedo me hicieron perder el conocimiento.

Cuando volví en mí me hallé solo, en un cuarto estrecho y bajo, acostado en un lecho de forma estraña. Un movimiento lento y uniforme hacia oscilar todos los objetos que me rodeaban; un ruido sordo, semejante á la caida lejana de un torrente, era lo único que interrumpia el profundo silencio que reinaba en aquella especie de sepulcro, en cuya bóveda agonizaba un farol ante la luz del dia que comenzaba á venir.

Mi primer pensamiento fué para el miedo; el segunda para mi madre. Y llamándola con voz lamentable, salté trabajosamente del lecho; corrí por todos lados buscando una puerta que no habia, ví una escalera en el estremo del cuarto y la subí precipitadamente.

¡Qué espectáculo para mí, pobre niño, cuyos pies no habian traspasado el radio que abrazaba la mirada de mi madre!

La tierra de los vivientes habia desaparecido con sus montañas y sus prados, sus árboles y sus poblaciones. Una inmensa llanura azul se estendia ante mis ojos atónitos, perdiéndose entre las densas nieblas del cielo.

¡Oh! nunca olvidaré la horrible pena que despedazó mi corazon en ese momento. El alma del niño siente mas hondamente el dolor que la del hombre, porque carece de la razon, esa ruda consoladora, que no pudiendo arrancar el dolor, lo hiela en nuestro corazon.

Volví mis miradas del horizonte á los objetos que me rodeaban.

El conde de Camporeal, mi padre, estaba delante de mí. A mis gritos desesperados contestaba él con caricias, pintándome la dicha de que iba á gozar en España, hácia la cual navegábamos. Pero ¡oh! si el alma del conde era susceptible de remordimientos, por grande que fuera el crímen que cometió arrebatando á un hijo de los brazos moribundos de su madre, mayor fué todavia su castigo! A cada nombre tierno que me daba, respondia ya con el de mi madre, y me deshacia en llanto.

Despues del llanto vino un pesar sombrío y silencioso, acompañado de un sentimiento de repulsion hácia mi padre, que no han podido vencer despues ni los años ni la razon.

Desembarcamos en Cadiz, y al llegar á Madrid mi padre me colocó en un colegio. Alli pasé tres años tan tristes, tan pálidos que nunca quiero recordarlos, pues me hacen el efecto de una pesadilla. Mi vida esterior no se componia de juegos y de alegrías como la de los otros niños: la habia consagrado toda al estudio, en el que hacia progresos asombrosos; progresos que no escitaban la envidia de mis compañeros, como sucede ordinariamente, porque no viendo en mí ni gozo ni orgullo por mis triunfos, me los perdonaban. Pero yo me sentia tan indiferente á su benevolencia, como lo habria sido á su hostilidad. Un solo sentimiento velaba en mi corazon bajo la forma de un dolor: ¡el recuerdo de mi madre! Desde que el sueño cerraba mis ojos volvia á ver la horrible escena que nos separó, y sentia crecer á pesar mio, ese sentimiento de miedo rencoroso que mi padre habia hecho nacer en mí. Asi cuando él venia á verme, ó yo iba á su palacio, el momento mas agradable para mi era el de la despedida. Èl lo conocia: ¡cuantas nubes de pesar y de despecho ví pasar sobre su frente! Y sin embargo, pensando en el dolor de mi madre; representándomela sola, abandonada y llamando en vano á su hijo, sentia una satisfaccion amarga y punzante del que yo le causaba á él.

Un dia que sentado en el jardin procuraba sonreir á los juegos de mis compañeros que saltaban en torno mio, ví venir por las sombrías calles de árboles una mujer de estatura esbelta, y el rostro cubierto con un largo velo. Parecia agitada de una conmocion profunda, y su pié veloz como el de una sombra, no parecia tocar la tierra. Al llegar al sitio en que nos hallábamos paseó sobre nosotros una mirada rápida, y arrojando hácia atrás su velo, corrió á arrodillarse delante de mí, abrazándome estrechamente, y esclamando en la dulce y cariñosa lengua de mi madre:

—¡Hijo mio! ¡hijo mio! he hallado á mi hijo!

¡Era ella! ¡era mi madre, que, abandonada, sola y moribunda en Lima, habia hallado bastante fortaleza en su amor maternal para triunfar del abandono, del aislamiento y de la muerte, y atravesando distancias inmensurables, y peligros infinitos para venir á ver á su hijo, estaba en aquel momento delante de mi de rodillas, llorando y riendo á la vez, abrazándome convulsivamente y apartándome de sus brazos para contemplarme, repitiendo siempre con una voz llena de lágrimas:

—¡Hijo mio! hijo mio! ¡he recobrado á mi hijo!

Cuando calmados los primeros trasportes de mi gozo, pude contemplar á mi madre, me asombraron los estragos que el dolor habia hecho en ella. De aquella belleza maravillosa que encantaba á cuantos la miraban, y que hacia que se la llamase Mama Oello, solo habian quedado sus largos y negros cabellos, y sus ojos que hundiéndose

en sus órbitas habíanse vuelto mas grandes, embelleciéndose con ese tinte sombrío que deja para siempre el dolor.

Pero yo era muy niño para adivinar nada de funesto en el demudado rostro de mi madre, y enteramente entregado á la dicha de verla, de acariciarla, de escuchar el sonido de su voz y de recojer cada una de sus dulces palabras, no advertia que cada dia traía mas palidez en su frente y languidez á sus ojos; que su voz se apagaba como si se alejara hácia otro mundo, y que sus palabras cada vez mas tristes, adquirian esa solemnidad del último adios de un moribundo.

Un dia vino al colegio, y despues de haber hablado largo rato á solas con el rector, me llevó aparte.

—Hernan, amado hijo mio—me dijo—hoy cumples diez años; y cuando se ha sufrido como nosotros, en esta edad comienza á madurar la razon. Ademas,—continuó con voz conmovida,—yo no tengo tiempo para esperar á que la tuya se fortalezca, y es necesario que me apresure á depositar en tu pecho el secreto que mi padre legó al mio, asi como mi abuelo se lo habia legado á él. Escucha atentamente lo que voy á decirte, querido mio, y graba en tu memoria cada una de sus palabras.

IV.

LA CIUDAD SUBTERRANEA.

Velaba yo á mi padre moribundo en nuestra casa del Cuzco. Era de noche. Profundo silencio reinaba en nuestra pobre morada; ningun sacerdote habia querido abandonar las delicias del sueño para traer una palabra de consuelo á aquel que iba á dejar la tierra. Yo sola oraba llorando de rodillas á la cabecera del lecho de muerte, y á mis gemidos solo respondia el silbido del viento de la noche que gemia tambien entre la paja de nuestro techo.

De repente, el rostro de mi padre, ya desencajado é inmóvil pareció reanimarse por un supremo esfuerzo de voluntad; sus ojos brillaron con ese último resplandor de la vida que se apaga, y fijando en mi una mirada profunda—Hija mia—esclamó—siento que el frio de la muerte invade mi cuerpo; y es necesario antes que llegue á mi

corazon que te revele un secreto conocido solo á los descendientes de los incas, y transmitido del padre al hijo en esta hora suprema. Yo habria querido depositarlo en un pecho fuerte, capaz de resistir su inmenso peso; pero Dios que te me ha dado por única heredera, te prestará, hija mia, la fortaleza necesaria para guardarlo. Escucha.

Cuando los opresores de nuestra desgraciada patria la invadieron, trayendo ante sí el hierro y el fuego, sus sencillos hijos creyeron aplacar su furor poniendo á sus pies montes del funesto metal que codiciaban; pero muy luego conocieron que la feroz avaricia de aquellos hombres crecia con los tesoros que conquistaban, como crece el hambre del tigre con el número de presas que devora. Entonces los habitantes del interior, no habiendo sido sorprendidos como los de las costas, ocultaron todo el oro que poseian, sirviéndoles para ello los inmensos subterráneos que la prudencia de nuestros padres, abrió bajo cada una de nuestras poblaciones. ¿Ves, hija mia, que nuestra ciudad es grande? Pues de igual dimension es la ciudad subterránea que está á sus pies. ¿Ves cuantos millares de habitantes, se agitan en las calles y plazas de la una? pues mayor es el número de estátuas de oro que están guardadas en las tenebrosas galerías de la otra. Alli reposan tesoros tan inmensos que si los alumbrara el sol, su brillo solo sería bastante para alumbrar el mundo. Este vasto receptáculo de riquezas tenia cien puertas, cuyas llaves y secreto poseian ciento de los mas cercanos descendien-

tes de nuestros reyes. Cada uno al morir los legaba á su hijo primogénito; y cuando el muerto no tenia sucesion, la llave era arrojada al lago que se halla en el centro del subterráneo, y la puerta cerrada. ¡Ay! de las cien llaves, noventa y ocho yacen en el fondo de las aguas; y dentro de pocos instantes, las dos que restan se hallarán, una en las manos trémulas de un anciano, la otra en las débiles de una niña. Hija mia,—continuó, con una voz que se apagaba por instantes—tú has visto que he vivido en la miseria y las privaciones, encargando nuestra subsistencia al trabajo de mis manos, al sudor de mi frente, sin que ni aun tus sufrimientos ni los de tu pobre madre, me hayan inspirado jamás siquiera el pensamiento de extraer un solo grano de ese oro destinado á restablecer el trono de nuestros padres, y la antigua gloria de nuestra patria. Imítame pues, amada Maria. En nombre de esa patria te pido que trabajes tú, tambien; que seas sóbria y fuerte, y que cuando seas madre enseñes á tus hijos esas dos tan grandes, y para nosotros tan necesarias virtudes.

Entonces, su mano desfallecida desprendió de su cuello un cordon del que pendia una llave de forma estraña.

—Hija mia—me dijo—escóndela en tu pecho y el secreto en el fondo de tu corazon. Confia solo en aquel que te muestre la otra. . . . Y ahora, pobre huérfana, acerca tu frente para que la bese y te bendiga.

Yo me arrojé llorando sobre la mano, ya fria de mi

padre, mientras él estendia la otra sobre mi cabeza para bendecirme.

Cuando alcé los ojos, espantada del largo silencio que se habia hecho en torno mio, el rostro de mi padre estaba inmóvil y su mirada fija en el vacio, habíase vuelto turbia y vidriosa. Mientras yo besaba su mano, él habia espirado.

Al otro lado del lecho estaba de rodillas y orando un anciano cacique amigo suyo, venerado entre los indios como un profeta cuyos oráculos eran infalibles.

Hija mia— me dijo—acercándose á mí—¿reconoces este objeto? Y descubriendo su pecho me mostró una llave en todo semejante á la que mi padre me habia dado. Yo se la presenté en silencio.—Está bien, hija mia,—dijo él.—Ahora es necesario hacer á tu padre los últimos deberes llevando sus restos al lado de tu madre.

—¡Ay! respondí llorando—yo ignoro donde fué sepultada mi pobre madre. Jamás quiso decírmelo mi padre por mas que yo deseaba ir á orar sobre su tumba.

—Luego lo sabrás—replicó él.

Y cerrando piadosamente los ojos á su amigo, sentóse á mi lado para velar su cadáver.

En la noche siguiente al sonar la última campanada de media noche, el cacique se levantó con ademan solemne, cerró todas las puertas esteriores; y acercándose al cadáver que yacia espuesto sobre su lecho, alzólo en sus brazos con todos los lienzos en que estaba acostado, quedando desnudo el lecho de tierra endurecida, en cuyo

centro me mandó hacer una escavacion hasta descubrir una pequeña puerta que me ordenó abrir con mi llave. Obedecí, y apenas dió esta una vuelta en la cerradura, la puerta se abrió hácia afuera descubriendo un profundo subterráneo, en cuyas sombras iba á perderse una larga escalera de piedra.

El anciano apagó los cirios que habian ardido ante el cadáver, menos uno que me mandó descender al subterráneo, siguiéndome él con su lúgubre carga.

Mi trémulo pié habia contado cincuenta escalones, cuando un espectáculo estraño vino á herir mis ojos. La luz de mi hachon en vez de perderse entre aquellas tinieblas, parecia reflejar en objetos que la centuplicaban. Volvíme llena de miedo hácia mi compañero, pero él me hizo seña de continuar mi camino. Mientras mas descendia, mas vivos se hacian los resplandores que nos enviaba el fondo del subterráneo.

Toqué en fin la centésima piedra de la escalera. Entonces una vision maravillosa me deslumbró obligándome á apoyarme en el hombro del cacique.

Mis pies descansaban sobre masas enormes de oro que cubrian el suelo y las paredes de una inmensa galeria prolongada en círculos interminables. Allí estaba amontonado el oro labrado en estátuas, altares, ídolos, vasos, frutos, flores, y el oro en su ser primitivo en anchas pepas y enormes trozos.

Yo me habia detenido y contemplaba absorta el cuadro mágico que tenia á la vista; pero el anciano im-

pasible ante aquellas maravillas, marchó llevándome delante. Caminamos algun tiempo por aquella via resplandeciente; y luego volviendo sobre la izquierda entramos en una vasta cueva. Allí vino á mezclarse el terror á mi admiracion. A lo largo de aquella cueva estendíanse dos hileras de nichos de oro, y prolongándose hasta el fondo, concluian al pie de un ancho trono del mismo metal. El trono y casi todos los nichos estaban ocupados por cadáveres que parecian haber vivido la víspera, adornados los unos de brillantes vestiduras, cubiertos los otros con los harapos de nuestra actual miseria. El cacique se acercó á uno de los nichos vacíos y colocó en él á mi padre; y sin permitir que me arrodillase para besar sus pies, me llevó de la mano hasta la última grada del trono.

—Descendiente de Manco-Capac—me dijo—saluda á tu abuelo.

Los écos del subterráneo repitieron mil veces las palabras del anciano, cual si las voces de todos aquellos me intimaran esa órden. Prosternéme temblando y mi lábio tocó el pié del ilustre muerto. Entonce el cacique me presentó á todos nuestros antiguos reyes que reunidos allí, dormian el sueño eterno, desde el hijo del sol, hasta el desventurado Atahualpa, cuyos sagrados restos recogidos secretamente por los indios, y depositados en el sepulcro de sus padres, terminaban aquella larga línea de grandezas aniquiladas. Despues de los monarcas, veíanse á sus descendientes; formando un triste contraste sus miserables

andrajos con los resplandecientes sarcófagos en que yacian.

Al volver sobre nuestros pasos, en el nicho cercano al que ocupaba mi padre, reconocí el cadáver de mi madre, tan poco desfigurado por los largos años de sepulcro, como el dia en que, niña aun, la ví espirar en mis brazos. Su vista renovó en mí el dolor de aquella doble pérdida; pero el anciano secó mis lágrimas con una severa mirada. Hija mia,—me dijo—tú y yo somos ahora los únicos guardianes de las reliquias de nuestros reyes y de sus inmensos tesoros. Para cumplir nuestra mision necesitamos valor; y tú comienzas, haciendo á sus augustas sombras, testigos de tu debilidad. Las lágrimas no son para seres cuyo destino es escepcional como el tuyo. Las últimas palabras de aquellos que lloras te han recomendado la fortaleza. Obedéceles pues, y sé fuerte contra el dolor para serlo despues contra la miseria y la persecucion..

En seguida tomó mi brazo y me llevó fuera del subterráneo cubriéndole con la misma capa de tierra.

V.

LA MALDICION Y LA PROMESA.

Cuando, ocho años despues, te ví arrebatar de mis brazos en aquella noche funesta, el exceso de mi dolor produjo una crisis que me salvó.

Entonces tuve miedo de entregarme á la desesperacion que me habria conducido á la muerte, privándote de la vigilancia del amor maternal, ese génio de álas de fuego, tan poderoso que vuela de un polo á otro para llevar un socorro, ó una caricia, sin que puedan detenerlo ni los mares, ni los desiertos. Quise vivir para volver á verte, y pensé estremeciéndome de gozo y terror, que tenia un medio seguro, aunque terrible, de conseguirlo, ¡ desobedecer la última voluntad de mi padre !

Volvíme á pié y sola por aquel mismo camino que pocos dias antes me habia visto traerte en mis brazos. Oh ! cuanto sufrí ! Cada piedra, cada accidente del terreno despertaba en mi corazon recuerdos que lo desgarra-

ban. Bajo de esta roca me habia detenido para que reposáras; sobre esa piedra me habia sentado para dormirte; en aquella fuente apagué tu sed. ¡Oh! cuantas veces abrumada con tan dolorosas memorias pensé en la muerte, que dá fin á todo! ¡cuántas veces, pasando al borde de los precipicios, mi cuerpo se inclinó y mi pié se estendió sobre el vacio! Pero tu imájen se me aparecia siempre como un ángel de guarda para salvarme: tu imájen llenaba mi corazon, ocupaba mi alma, absorvia mi pensamiento, y me hacia insensible á todo lo que no eras tú. El amor maternal es una antorcha mágica cuya llama eclipsa para la madre todas las luces de la creacion, para brillar ella sola en su horizonte.

Al llegar al Cuzco fuí á encérrarme en mi casa abandonada; y rechazando el pánico terror que me asaltaba, levanté la gran capa de tierra que cubria la puerta del subterráneo y la abrí. Una ráfaga de aire húmedo y frio, vino á azotar mi rostro, y me hizo retroceder espantada, pareciéndome que la mano helada de aquel cuya voluntad iba á desafiar me rechazaba, amenazándome con su maldicion. Conocí que se debilitaba la fuerza que me habia conducido allí, y, como siempre, llamé en mi auxilio tu memoria, hijo mio: te me representé como en esa terrible noche, llorando, con los brazos tendidos hácia mi, llamándome en vano, y mis temores y remordimientos se desvanecieron. Descendí con pié seguro la húmeda escalera, y corriendo á la galeria sepulcral, fuí á prosternarme ante las cenizas de mis padres. ¡Oh tú que me le-

gaste la guarda de estos tesoros!—esclamé tu sabes cuan religiosamente he obedecido tus últimas voluntades; tu sabes que he vivido pobre y oscura cubriendo de harapos mi juventud y belleza, cuando el amor me pedia que me elevára por medio del brillo de las riquezas á la altura del objeto que lo hizo nacer en mi corazon. La huérfana ha sufrido pacientemente el aislamiento y la miseria; la amante ha sobrellevado en silencio su humillacion; pero ¡oh! ¡padre mio, la madre no puede resignarse á perder su hijo, y yo quiero recobrar el mio! ¡Tened piedad de la pobre madre! permitid que lleve conmigo un poco de ese oro que vence lo imposible, que debe restituirme mi hijo, y que será para estos inmensos tesoros, lo que una gota de agua es para el océano. Pero si no os apiadais de mi dolor, si sois inexorable, ¡padre! ¡caiga vuestra maldicion sobre mi, pues no puedo obedeceros!

Los écos repitieron en todos los ámbitos del subterráneo: ¡Maldicion! ¡maldicion! Mas yo escuché impasible aquellas voces siniestras, alcéme con resolucion, tomé el oro necesario á mis designios, y saliendo del subterráneo y de la ciudad sin tomar ningun descanso, comencé la larga peregrinacion que me ha conducido cerca de tí. Pero la maldicion paternal me ha seguido; pesa sobre mi cabeza, y como el fuego del cielo, consume mi existencia.

—Hernan, amado hijo mio, ¡prométeme que mi crímen no será estéril; prométeme redimirlo con el bien que tú harás á nuestra nacion!

—¡Hablad! ¡mandad, madre mia!—esclamé regando con lágrimas los pies de mi madre.

—Escucha, hijo mio,—dijo ella haciéndome sentar sobre sus rodillas. . . . Las profecías de nuestro pais nos prometen un libertador que habiendo vivido largo tiempo entre nuestros enemigos, y aprendido de ellos la ciencia de las conquistas, romperá las cadenas de nuestra patria, y la dará mayor gloria y felicidad.

Prométeme que tu serás ese libertador, y que para redimir á nuestros hermanos no emplearás el ódio que pida la sangre de sus amos, sino la ilustracion que los haga sus iguales, la ilustracion, el mas sublime y seguro medio de libertar los pueblos.

Vé, hijo mio, pues nada te liga ya á este suelo; porque tu padre, temiendo sin duda que la pobre india que confió en su fé hiciera valer los derechos de su hijo, se ha apresurado á dar su mano á otra, cuyos hijos serán dueños de tu nombre y de tus títulos.

Estas últimas palabras de mi madre pasaron casi desapercibidas para mí, pues las primeras habian despertado en mi corazon una fibra que hasta entonces no habia palpitado. Apoderóse de mí un estraño entusiasmo; una radiante vision atravesó mi mente. Parecióme ver al hombre de las profecías rodeado de una aureola resplandeciente, blandiendo con una mano una espada de fuego y arrojando con la otra en el abismo los signos de la esclavitud. Y con el corazon lleno de ardiente fé, hice á mi madre el juramento que me pedia.

Ella me abrazó muchas veces llorando; y habiendo desprendido de su pecho el cordon con la llave hereditaria, lo colocó en el mio diciéndome: ¡Gracias! hijo mio, gracias. Cuando regreses á la patria, no vuelvas solo: lleva contigo lo que reste de tu madre: no la dejes en la tierra estranjera. Si el sol del destierro no tiene calor para los vivos, ¿cómo podria calentar las tumbas?...

Vinieron á interrumpirla. Era ya de noche é iban á cerrar las puertas.

Mi madre oyó este anuncio con profundo dolor. Estrechóme largo tiempo entre sus brazos murmurando en voz baja palabras estrañas: su última plegaria quizá; y alzando sus manos sobre mi cabeza, ¡Padre!—esclamó con voz apagada—¡Padre que estás en los cielos, á tí lo confio!

Y desapareció.

¡No volví á verla mas! Habia venido en la agonía á darme su último adios!....

Diez años he consagrado á la ciencia para cumplir su última voluntad; y á los veinte de mi edad venia con el corazon vacio de todo otro sentimiento que la memoria de mi madre, á cumplir la doble mision que me habia dado; sepultar sus restos bajo el cielo de la patria, y libertar á mis hermanos sacándolos del abismo de ignorancia en que por un odioso cálculo, los hunden cada dia mas sus tiranos. Pero mi madre me amaba mucho para hacerme esperar largo tiempo el premio de mi obediencia, y te me ha enviado á tí, ánjel del cielo, para encantar la vida de su

hijo, y que cuando este haya cumplido sus designios y cubiértose de gloria ante su pueblo y la España, seas tú su recompensa.

Un silbido prolongado interrumpió á Hernan.

—¡Dios mio!—esclamó Rosa—es Francisca mi esclava favorita, la depositaria de nuestro secreto que me anuncia que mi padre se ha levantado ya. ¡La hora de la separacion ha llegado! pero antes de alejarte, Hernan mio, perdona la injusticia con que he juzgado tu noble corazon! ¡Oh! si Dios quiere que vuelva á verte y que sea tuya, como tu lo esperas, ¡cuántos tesoros de amor hallarás en mi corazon para indemnizar al tuyo de su pasado aislamiento! Yo seré tu amiga, tu hermana, tu madre, tu amante, tu esclava. Pero ¡ay! no sé que sombrío presentimiento vela para mí el porvenir con un sudario, al través del cual solo entreveo las sombras de la muerte; no sé que voz siniestra se alza en mi alma gritando: «¡Es necesario que uno de vosotros dos caiga! Elije!» ¡Oh! sea yo, sea yo la que muera! yo, pobre flor de un dia, cuya existencia es inútil en la tierra, y vive tú, para realizar tus sublimes designios. . . . y tambien para llorarme. ¡Oh! si como tu madre pudiera dormir mi último sueño cerca de tí! ¡Hernan! dime que si mis presentimientos no me engañan, llevarás el despojo de la que amaste á cualquiera sitio que habites; júrame identificarme con tu existencia, aunque la muerte haya arrebatado mi alma, y no sepultarme en esa tierra tan húmeda y fria, donde no me podrá llegar tu mirada!

Hernan pasó sus brazos al través de la reja y atrajo hácia sí á su amada.

—¡ Rosa mia !—la dijo—el dolor te estravía. Cesa de atormentar tu corazon y de despedazar el mio con tan lúgubres pensamientos. Mira tu rostro radiante de juventud y belleza; mira tus ojos tan llenos de encanto y de vida; siente tu pecho como palpita de sávia y de amor, y dime si es posible que la muerte se acerque á tí ! ¡ Ah ! déjame mas bien embriagarme, en este corto instante que me queda para contemplarte, con la dulce idea de volver pronto ilustre, poderoso, y digno en fin de tí, para obtener del orgullo el corazon que tu amor me ha dado. La voluntad del hombre es todo poderosa, y mientras tú me ames, ella realizará todo lo que yo la ordene. Y ahora, amada mia, ¿ no concederás á tu prometido el primer favor de la esposa, para que saboree esa dicha en la amargura de la ausencia ?

Los lábios rojos y voluptuosos de la vírjen se posaron al través de la reja sobre la boca ardorosa y anhelante del jóven, y un largo y ardiente beso abrasó con su fuego la atmósfera que circundaba á los dos amantes.

Al mismo tiempo el silbido se repitió mas fuerte y prolongado.

Un momento despues la calle se hallaba enteramente solitaria, y sobre la ventana cerrada solo se oían los gorgeos de las palomas de Santa Rosa, que saludaban los primeros destellos de la aurora.

VI.

LA ESCLAVA.

Seis meses despues de la escena que acabamos de describir, en una noche semejante á la primera, un hombre tambien embozado, se detuvo delante de la misma reja. Como el otro, paseó tambien sus dedos sobre la celosía; pero cuando esta se abrió á aquel llamamiento, en vez del blanco, suave y adorable rostro de Rosa, la amante y bellísima novia de aquel afortunado Hernan de Campo-real, se vieron brillar, rodeados de tinieblas, los ojos ardientes y los dientes blancos de una negra.

Como la blanca aparicion de otro tiempo, esta tambien, inclinándose sobre la ventana preguntó á media voz:

—Señor de Ramirez ¿estais ahí?

—Sí, Francisca. He venido á cumplir mi promesa,

pues tu estratajema ha tenido un resultado superior á mis esperanzas.

—¿Qué decís, mi amo?

—La falta de las cartas que has interceptado, tenia lleno de dolorosa inquietud el corazon del amante de Rosa: me escribe el espía que tengo cerca de él; pero la que le has escrito contándole la historia de infidelidad que tan astutamente forjaste, ha cambiado esa inquietud en una desesperacion tan terrible para él como saludable para mí.

—¿Se ha dado la muerte?

—Se ha hecho sacerdote.

—¿Sacerdote? Yo esperaba otro desenlace,—pensó la negra, pero tanto dá. Yo no estaré ya aquí cuando ellos se las avendrán entre sí. Ademas, ese jóven Camporeal no me inspiraba el ódio que los otros blancos. Como á mí, algun grande dolor roía su corazon. Luego dirigiéndose al embozado: En fin, mi amo—le dijo—he hecho no solo todo cuanto me habeis mandado, sino todo lo que mi celo por vuestro servicio me ha inspirado; y ya conocereis por lo costoso de mis sacrificios, si este celo es grande. Figuraos si ha sido necesaria una ilimitada adhesion por vos, para resolverme á llevar al corazon de mi bella y buena ama el dolor mas terrible que puede sentir el alma humana: la muerte del objeto amado. ¡Oh! si al referirle esa lúgubre impostura la hubiérais visto como yo?....

—¡Basta! Francisca ¡basta! No me hables de su amor á ese hombre, porque me haces un mal horrible, y

se lo harias á ella misma; pues sábes que, gracias á tu astucia, ha cedido al fin á la voluntad de su padre; va á ser mi esposa, y yo temeria recordar con demasiada frecuencia que, si un ardid me ha dado su mano, su corazon es de otro quizá para siempre! ¡Oh! no quiero pensar en esto, porque haria sufrir mucho á esa mujer. Hablemos mas bien de tí, Francisca. Hé aquí una muestra de mi agradecimiento, continuó desembozándose y presentando á la negra un inmenso bolsillo. Con este oro podrás recobrar tu libertad y ser feliz donde quieras. ¡Adios! Y se alejó rápidamente.

La negra cerró la celosía, y estrechando convulsivamente contra su pecho el saco de oro, atravesó veloz los espaciosos salones, cruzó el patio, subió corriendo la escalera en espiral del mirador que coronaba el palacio, en cuyo último piso tenia su cuarto, y con los ojos dilatados y el pecho palpitante fué á caer de rodillas delante de una lamparilla que ardia en un rincon, desatando con mano trémula la cuerda que liaba su tesoro. ¡Diez!... ¡veinte!.... ¡cincuenta!.... ciento!... doscientas! doscientas onzas de oro!

Sus ojos se cerraron como deslumbrados por el resplandor del oro, ó de alguna halagüeña vision.

Luego estendió la mano sobre el dorado monton, y volvió á contar: ¡diez!.... ¡veinte!.... treinta!.... ¡Hé ahí tu libertad Zifa ó Francisca, como te llaman los blancos, desde que, haciéndote arrodillar en medio de tus doscientos compañeros encadenados, su sacerdote arrojó

sobre tu frente ese nombre estraño que nada dice á tus recuerdos, quitándote el de Zifa, primera voz que tus hijos balbucearon en tus brazos!

Levantóse precipitadamente, se abalanzó á una ventana, la abrió con violencia, y tendiendo sus brazos hácia un punto del inmenso horizonte que desde allí se descubría: ¡Africa! esclamó ¡hermosa patria mia, que guardas en tu seno de fuego los dos únicos objetos de mi amor! voy á ser libre, y pronto podré besar tu amada ribera! ¡Aibar! ¡Leila! ¡hijos adorados! mis hermosos pequeñitos gemelos! ¿quién me hubiese dicho, cuando para ir á la fuente fatal de donde me arrebataron, os acosté dormidos en vuestra cuna de mimbres á la sombra de los palmeros de nuestra cabaña, que tantas veces he visto en sueños: quien me hubiese dicho que pasarian cinco años sin veros? Pero nuestra buena Fetiche se ha compadecido al fin de mi desesperacion; va á restituiros vuestra madre, y dentro de poco tiempo, llevando como antes uno de vosotros en cada uno de mis brazos, iré á cantar nuestra felicidad á los ecos del desierto, que la repetirán en las cavernas, regocijando el corazon de los leones, menos feroces que los blancos, que respondian á los gemidos desesperados de la madre con injurias y golpes, ahogando en su boca, por medio de la mordaza, aun el consuelo de pronunciar vuestros nombres!

Y los ojos de la negra, llenos de una espresion inefable de amor maternal, centellearon á estas palabras con un fuego sombrío; sus albos dientes se entrechocaron;

hincháronse los músculos de su cuello; y con la mano estendida, semejante á un genio maléfico cirniéndose sobre aquel palacio y amenazándolo: ¡ Blancos ! exclamó ¡ vosotros no tuvisteis piedad de mí; yo no la tengo de vosotros ! vosotros me arrebatasteis mi felicidad, yo la he rescatado vendiendo la vuestra. Por una madre restituida á sus hijos, dos amantes han sido hundidos en una inmensa desesperacion, un padre, una esposa y un marido serán deshonrados. . . . y . . . . ¿quién sabe?, . . . ¡ Me salvo y me vengo ! ¡ Salvarse y vengarse á la vez ¡ cuanta dicha ! ¡ Libertad ! ¡ Venganza ! yo os saludo. ¡ Patria mia ! ¡ hijos mios ! ¡ hasta bien pronto !

Resonó en el aire un beso de fuego, y cerrándose bruscamente la ventana, el palacio quedó sepultado en profundas tinieblas.

VII

EL REGRESO.

Era una mañana ardiente de Enero. El sol reinando solo en un cielo desierto y abrasado, enviaba sus rayos perpendiculares sobre la hermosa Lima, que destacándose graciosamente del delicioso oasis que la cerca, parecia mirar complacida á su radiante padre y sonreirle con coquetería.

En una de las últimas montañas que forman semicírculo en torno suyo, se habia detenido á contemplarla un viajero.

Era un sacerdote jóven y bello; pero en cuya frente habia estampado el dolor su lúgubre huella. Con los brazos cruzados sobre el pecho, fijaba en la mágica ciudad una mirada que espresaba á la vez tristeza, y resignacion.

—¡Dios mio!—dijo, elevando al cielo sus grandes y negros ojos—¡bendito seais por haber permitido que al volver á ver estos sitios testigos de mis dias felices, mi

corazon haya permanecido fuerte, á pesar de la amargura de mis recuerdos! El amante engañado por su prometida, el corazon traicionado por un corazon que creyó tan puro y tan amante, recordó vuestro sublime llamamiento: «Venid á mí vosotros los que sufrís, que yo os consolaré»— corrió á refugiarse en vuestro seno, y vos habeis cumplido vuestra promesa, lo habeis consolado y fortalecido. ¡Acabad vuestra obra, Dios misericordioso! cerrad mi alma á todo lo que no seais vos, y .... ¡perdonad, Dios mio, esta súplica, en memoria de una vida entera de dolor, dignaos aproximar el término de mi camino, tan penoso, aunque corto; llamadme pronto á vuestro cielo, donde mi pobre madre me espera, hace tanto tiempo á los pies de la vuestra!

È inclinando la frente en señal de sumision á la voluntad de Dios, descendió con lentitud la rápida pendiente de la montaña.

VIII.

SACRILEGIO.

Los fieles acudian solícitos un domingo, en las primeras horas de la mañana, al sonido de las campanas que anunciaban la misa. El templo de Santo Domingo se hallaba ocupado por una inmensa concurrencia. Allí se veian reunidas las mas nobles y bellas señoras de Lima, vestidas todas de esa saya tan envidiada de las mujeres del resto de la tierra; medio cubierto el rostro con el misterioso y seductor manto, al través de cuyos pliegues, como estrellas entre nubes, brillaban esos ojos que no tienen rivales en el mundo, y que deben conmover deliciosamente el corazon de Dios cuando se elevan hácia él en la oracion. Cerca de la primera grada del altar se hallaba de rodillas una mujer jóven y de una belleza tan estraordinaria, que ninguna de las hermosuras que se hallaban en el templo podia comparársela. Pero su color de un blanco de ópalo era pálido como el de una muerta; sus

rasgados y bellísimos ojos negros se alzaban al cielo con una espresion de dolor profundo y sin esperanza; su boca adorablemente linda, parecia conservar la huella de los sollozos que la habian contraido; y hasta su vestido de rigoroso luto anunciaba uno de esos dolores inmensos, incurables, que se apoderan de nuestra existencia, estrechándola con su garra de hierro, y que no bastándoles el despedazar nuestro presente, estienden su ponzoñoso soplo, desde los mas lejanos recuerdos de lo pasado, hasta la eternidad de nuestro porvenir.

Aquella mujer parecia absorta en una muda plegaria; y al verla con las manos juntas sobre su pecho, sus sus ojos fijos en el cielo y rodeados de un círculo azulado, se la habria creido la estátua de Maria al pié de la cruz.

De repente sus lábios se agitaron murmurando un nombre.

—¡Hernan!—dijo suspirando—si hallas tan bello el cielo que no quieras dejarlo un momento para venir à ver á la que amabas, muéstrateme al menos en sueños: mírete yo sonreirme en ese mundo fantástico é impalpable, el único en que ahora puedo verte. Y entre tanto, amado mio, une á la mia tu plegaria, pide á Dios que abrevie mi destierro en este mundo, tan triste y lóbrego desde que tú no lo habitas. ¡Oh! si siquiera pudiera consagrarme toda entera á mi dolor, llorar, exhalar gritos desgarrantes, dar paso á los sollozos de que está lleno mi corazon! Pero no! despues de anonadarme el golpe horrible con que me hirió tu muerte, fué necesario que

volviese á la vida para dar mi mano á otro, cuyo ojo vigilante espía mis lágrimas, cuenta mis suspiros, y despues de hacerse dueño de mi ser material, pretende escalar el santuario de mis recuerdos, donde se ha refugiado con tu imájen mi alma que es toda tuya!

Mientras ella oraba llorando; mientras sus ojos buscaban entre las nubes de incienso que se elevaban al cielo la sombra del habitante de otro mundo, cuyo recuerdo llenaba su corazon, un sacerdote jóven, alto y pálido, revestido de los sagrados ornamentos, habia ocupado el altar.

Su esterior manifestaba un profundo y religioso recojimiento, que contrastaba con el aire distraido y despilfarrado con que algunos frailes del convento celebraban al mismo tiempo el santo sacrificio.

Despues de haber recitado con piadoso acento las palabras del rey profeta, volvióse hácia el auditorio para dirigirle el fraternal saludo del apóstol.....

Un doble grito resonó en las bóvedas del templo, ahogándolo los sonidos del órgano y los sagrados cánticos.

—¡¡Vive!!—esclamó la mujer enlutada cayendo desmayada en los brazos de las esclavas que la rodeaban.

—¡¡¡Me ama!!!—dijo el sacerdote, apoyándose pálido y trémulo sobre el ara.

Y al acabarse el divino misterio, aquel que habia comenzado á celebrarlo con un corazon puro y lleno de piedad, llevaba consigo la conciencia de haberse hecho reo de la idolatría del pueblo; ¡¡¡porque el sacerdote habia olvidado las sacrosantas palabras de la consagracion!!!..

IX.

LA REDOMA.

En la noche de ese dia, bajo los cimientos de una casa antigua, perdida entre las huertas del Cercado, dos hombres hablaban misteriosamente en un elaboratorio subterráneo. El uno era un viejo de aspecto repugnante, y cuyo ojo de buitre, nariz encorvada, y delgados lábios revelaban la degenerada raza de Jacob. Embozábase el otro en una ancha capa, y cubria su rostro un antifaz.

La roja llama de un hornillo químico iluminaba la escena con su reflejo fantástico, y rodeaba de una aureola siniestra el grupo que se habia formado por aquellos hombres. Quien los hubiese visto á esa hora en el fondo de aquella negra cueva, al sombrío resplandor de las llamas, los habria creido dos demonios concertando la perdicion de una alma.

—Con que ¿dices que este licor dá la frialdad, la rigidez y la inmovilidad de la muerte? decia el encu-

bierto, mirando al trasluz una redomita de cristal llena de un líquido color de rubí.

—Sí, noble señor—respondió el viejo. Es un poderoso narcótico estraido de las mágicas plantas del yemen, y del que bastan tres gotas para producir el efecto que decís.

—¿Sin ninguna de las condiciones necesarias á la conservacion de la vida?

—Este licor maravilloso las contiene todas.

—Pesa bien tus palabras, maldito judio: pues por Dios vivo, que si me engañas, la hoja de mi daga sabrá alcanzarte al través de tus infames hechizos.

—Os juro por el Dios de Abraham, noble señor, que cuanto he dicho es la mas pura verdad. Bajo la fria apariencia de la muerte ese divino elixir conserva la vida en todo su vigor, en cualquier sitio que se relegue á aquel que se someta á su influencia .... ya sea, añadió el viejo, fijando en el antifaz del encubierto una mirada de profunda malicia, ya sea que un marido celoso, armado de un derecho deslealmente adquirido, pretenda guardar á su esposa en la tumba, ya hacerla morir para su patria y su antiguo amor, y devolverla á la vida bajo el ardiente cielo de las Filipinas.

Apenas pronunciadas estas palabras, el viejo se sintió asido por el cuello, y sobre su pecho vió brillar un puñal.

—¡Miserable! gritó el embozado ¿cómo lo sabes? Dilo, porque vas á morir.

—¡Eh! noble señor, manchariais vuestras manos con la sangre de un judio? Si os conozco, ¿qué importa el que sepais ó no los medios que emplee para ello? Ademas, ¿no soy astrólogo? Pues bien, he hecho vuestro horóscopo; y en vez de ser mi asesino, vais á ser tres veces mi deudor. En primer lugar por el trabajo que me he tomado en consultar vuestro destino á las estrellas; despues por ese fragmento del poder de Dios que encierra esta redoma; y finalmente por el sello de Salomon, concluyó el israelita, llevando el dedo á sus lábios.

El del antifaz, rechazó al viejo con un brutal empellon, arrojóle un bolsillo de oro, guardó la redoma, recatóse aun mas bajo su embozo, y subiendo las espirales de una escalera de caracol, atravesó un huerto, y saltando una tapia tomó la calle y se alejó con presurosos pasos.

Media hora despues se detenia delante de un postigo secreto que daba entrada por la espalda, á una casa de magnífica apariencia. Abriólo con una llave que traia consigo, cerrolo tras sí, y encendió luz. Hallábase en una cámara tapizada de seda y cubierta de costosos adornos.

El embozado arrojó su capa y se quitó el antifaz. Era un gentil y apuesto caballero; pero sus facciones duramente pronunciadas, y el ceñudo entrecejo que anublaba su semblante, revelaban un carácter impetuoso y una violenta emocion. Acercóse á un bufete, dejó sobre él la bugía que habia encendido, y sacando de su pecho la redoma del viejo habitante del subterráneo, contemplóla largo

espacio con sombría espresion. Despues, fuése hacia una puerta, levantó la tapiceria que la ocultaba, y entró en una suntuosa alcoba suavemente alumbrada por una lámpara de alabastro. En el centro de aquella alcoba, alzábase un lecho dorado y cubierto con cortinas de terciopelo color de grana, en cuyo oscuro fondo, bella y pálida como un fantástico ensueño, dormitaba una mujer, reclinada la cabeza sobre uno de sus brazos, y el pecho velado con sus negros cabellos. Tristes imájenes cruzaban, sin duda su adormida mente; porque de vez en cuando, un estremecimiento convulsivo recorria su cuerpo, su labio entreabierto murmuraba un gemido, y en sus largas pestañas brillaba una lágrima.

Al pié del lecho, y sentada en un sillon, velaba, ó mas bien dormia profundamente una esclava negra. Cerca de ella, al alcance de su mano habia un velador con varias preparaciones medicinales, y una copa de oro conteniendo una bebida.

El nocturno visitador se acercó al lecho con cauteloso paso, contempló un momento el bello rostro de la mujer dormida, y yendo hácia el velador, vertió en la copa de oro tres gotas del rojo licor de la redoma. En seguida y despues de asegurarse nuevamente del sueño de la dama y de la esclava, se alejó con la misma precaucion que habia venido desapareciendo tras la tapicería.

La mañana siguiente, la ciudad de Lima estaba consternada por un lamentable incidente. Una de las mas bellas y distinguidas señoras de la corte del virey, la

esposa del oidor Ramirez, gobernador electo de las islas Filipinas, habia muerto en la flor de su juventud y belleza. Su esposo inconsolable, vestido de rigoroso luto, arrastró el duelo en sus funerales y llevó su amor hasta donde se detienen todos los amores: descendió el mismo el cadáver de su mujer bajo la bóveda de la catedral, y la sepultó en una suntuosa tumba cuya llave se llevó en su pecho.

X.

LOS DOS ENCUBIERTOS.

Concluidas las plegarias de la noche y apagados los mil cirios del tabernáculo, el sacristan de la Catedral, solo entre las sombras del vasto templo, ocupábase en cerrar las puertas. Sus tardos pasos habian ya recorrido la triple nave, y detenídose finalmente en el pórtico que se abre sobre el átrio de la plaza. Corria el cerrojo del último postigo, cuando una mano fria, cayendo sobre la suya, paralizó su accion, dejándolo inmóvil de terror.

—¡Jesus! Alma bendita, ¿qué me quieres?—esclamó espantado el sacristan; porque á la oscilante luz de la lejana lámpara habia visto alzarse ante él un fantasma envuelto en un largo manto negro.

—¡Silencio!—dijo entre el lúgubre embozo con una voz imperiosa y breve. Y la misma helada mano arrastró al aterrado guardian del templo hasta la bóveda sepulcral.

Allí se detuvo el fantasma y volviéndose al sacristan le señaló la puerta. Y entre los parasismos de su miedo el pobre bedel oyó decir con un acento del otro mundo: Abre! Abrió pues, la fúnebre puerta, y el fantasma descendió á la mansion de los muertos.—Un vampiro!—esclamó el sacristan, y huyó poseido de un profundo horror. Pero al traspasar el umbral del templo, la poca fuerza que le restaba lo abandonó enteramente; y cayendo sobre sus rodillas quedóse allí yerto, anonadado, y con el solo sentimiento de un inmenso miedo, que turbando progresivamente su cerebro, le representaba una larga procesion de espectros que pasaban y repasaban ante sus ojos, fijando en él torvas miradas. Entre aquellas fantásticas visiones dibujóse de repente una mas distinta y mas horrible. El sacristan con los cabellos erizados lo vió avanzar al través de las sombrías arcadas, y pasando á su lado desaparecer tras las columnas del pórtico. Era el vampiro. Cubríalo siempre su ancho manto negro, y llevaba en sus brazos una forma blanca envuelta en largos velos que flotaban como nocturnas nieblas en torno del fantasma. A su vista, el sacristan cayó con el rostro en tierra; un sudor helado bañó su cuerpo y ya nada vió, nada oyó, sino de allí á largo tiempo las doce campanadas de media noche, que sonaban sobre su cabeza. En el mismo momento una mano, y esta vez muy humana y recia, cogiéndolo por el brazo lo sacudió rudamente, y lo puso en pié; y un hombre embozado, y, á pesar de la santidad del lugar, con el sombrero calado hasta los ojos,

poniendo en su mano un bolsillo y sobre su pecho un puñal, le dijo con una voz mas siniestra que la del fantasma:—Elige.

—¿Qué mandais señor?—contestó el pobre hombre, estrechando la mas pesada de aquellas dos proposiciones.

—Silencio y obediencia—repuso el embozado, impeliéndolo ante sí. Y se encaminó tambien hácia el panteon subterráneo. Llegados al umbral del lúgubre sitio—Escucha—dijo el incógnito—todas las noches á esta hora, me esperarás aquí; y si eres puntual y discreto, recibirás cada vez tanto oro como te he dado esta noche. Pero si me faltas, ó que tu lábio deje escapar una sola palabra... Ya me entiendes. Abre ahora.

Y el embozado sacó debajo su capa una linterna sorda, y como el otro, descendió tambien al lóbrego asilo de la muerte.

El sacristan, en quien las mundanas palabras del desconocido desvanecieron toda aprension supersticiosa, comenzaba á recobrarse completamente, cuando oyó una horrible imprecacion; y á poco vió aparecer al embozado, que arrojándose á él—¡Miserable!—esclamó balbuciente de furor—habla ¿quién ha entrado aquí?

—¡Piedad! señor, gritó el sacristan aterrado ante la hoja del puñal que aquel hombre habia alzado sobre su pecho.

—¡Silencio! ¿quién ha entrado aquí?

—¡Ay! no es culpa mia, señor. Nada podemos contra los espíritus. Una sombra ha visitado los sepul-

cros, y ha desparecido entre una multitud de espectros que poblaron el templo.

—¡ Reconozco tu mano, infame judío !—murmuró el embozado, estrellando contra el suelo una redoma llena de un licor rojo—pero yo sabré encontrarte. Y tú, su cómplice, tú que dejas robar los muertos de sus sepulcros, he aquí el premio de tu crimen.—Dijo, y hundió tres veces su puñal en el seno del desventurado sacristan.

Al siguiente dia el infeliz fué encontrado exánime y envuelto en su propia sangre al pie del altar.

Poco despues de este trójico suceso, el futuro gobernador de Filipinas, se embarcaba para la India seguido de una fastuosa comitiva, en una galera española que hacia el viaje expreso de real órden.

La viajera embarcacion se dió á la vela y desapareció con las últimas luces del dia. Pero algunos pescadores que, tendidas las redes, velaban recorriendo la ensenada del Chorrillo, vieron que la galera, abrigándose tras las rocas de San Lorenzo, echó al agua un bote, en el que se embarcó un hombre solo, y bogó hácia tierra.

XI.

EL ROMANCE.

En uno de los fragosos senderos que se elevan serpeando sobre las nevadas alturas del Illahuaman, vagaba en las últimas horas de un dia de primavera, un hombre al parecer incierto de su camino. Su paso, ora lento y vacilante, ora veloz y seguro, revelaba el combate de una voluntad enérgica contra la fatiga del cuerpo. Vestia la oscura túnica del peregrino, cubria su cabeza un capuchon, y recataba su rostro bajo la negra tela de un antifaz.

Llegado á la cima de la montaña se detuvo y paseó por el ameno valle de Urubamba, tendido á sus pies, una profunda y ávida mirada.

—Hélo allí,—esclamó con acento de concentrado furor, tendiendo la mano hácia un punto del encantado panorama que se perdia en lontananza—hé allí ese pala-

cio edificado sobre ruinas gentílicas, de que hablaba el horóscopo.... Para algo habia de servir tu diabólica ciencia, infernal judio. Prometióme la dicha, y en efecto, va á dármela.... pero la dicha de un alma desesperada: la vènganza! Si, venganza! cumplida, terrible y sin misericordia.

Y, con ademan resuelto, el viajero prosiguió su interrumpida marcha, desapareciendo luego entre los hondos barrancos que forman el descenso de la montaña.

Las últimas escarchas del invierno acababan de fundirse al tibio soplo de la primavera. En lugar suyo, los lirios y las perfumadas azucenas blanqueaban ya al borde arenoso de los arroyos; el junco y la viola se sonreian entre la yerba á la sombra de los sáuces; y en las sinuosidades de los peñascos, la *flor del aire* y el alhelí abrian sus silvestres pétalos á la brisa de la noche. Los floridos huertos exhalaban el acre perfume de sus retoños; y el blando susurro de sus frondas, mezclándose á los cantos del tordo, del ruiseñor y de la *tuya*, añadia un encanto mas á la misteriosa magia de la postrera hora de la tarde.

En una de las caprichosas revueltas del valle, al cabo de una avenida de sáuces y entre un bosque de seibas, cuyas flores color de escarlata contrastan con el verde oscuro de sus hojas, sobre una plataforma de antiguas ruinas, rodeado de sombra y de misterio, alzábase un palacio de árabe arquitectura. Rodeábanlo deliciosos jardines; y los aromas del azahar y del jazmin, de la rosa y del chirimoyo, embalsamaban la atmósfera de sus salo-

nes. Frescas fuentes halagaban el oido con el dulce murmullo de sus surtidores, saturando con una aura húmeda y perfumada el aliento de la noche. Bajo la verde bóveda de un pabellon de arrayanes y madre-selvas, reclinada sobre almohadones de brocado, y las manos cruzadas sobre las cuerdas de un harpa de marfil, hallábase una mujer, bella como el rayo de luna que la envolvia. Cerca de ella, en la sombra estaba sentado un hombre. Era el peregrino de negro antifaz. A su lado habia una mesa cargada de frutas y de vinos.

—Reposad, santo peregrino—decia la dama con celeste sonrisa—reposad, y gustad los frutos de nuestros huertos.... Pero hacedme la merced de descubriros, para contemplar vuestro rostro venerable.

—Deploro profundamente el no poder obedeceros, hermosa dama—respondió con humilde y recatada voz el peregrino; pero, semejante á un sello de maldicion, llevo en mi frente una mancha que he jurado ocultar, hasta borrarla. Entre tanto, mi alimento es amargo, y no me es dado acercarme á vuestro banquete hospitalario.

—Guardad pues, vuestro sagrado voto; pero al menos, mientras descansais, escuchad mi canto.

Sus blancos dedos preludiaron una melodía suavísima, y luego, una voz angélica se elevó en el silencio de la noche cantando en la dulce lengua de los Incas—.

«Entre las riberas del bullicioso Rimac, y las azules ondas del oceano, estiéndese un encantado valle, donde

la primavera dormita perpétuamente en un lecho de flores.

«Cúbrelo un cielo siempre azul; dánle sombra el naranjo y la vid, el plátano y la palmera; y el suelo que lo sustenta es un poderoso iman que atrae desde los estremos del mundo las miradas y los corazones.

«Todo allí sonrie; la vida es un sueño delicioso, del que no querriais despertar, ni aun para entrar al cielo. Si! porque allí como en el cielo, habitan la belleza y el amor.

«Allí descienden á reposarse y renovar sus guirnaldas los ángeles que viajan en el espacio; allí tambien el querube maldecido viene á encantar un momento la inmensidad de su dolor supremo.

«Y por eso las hijas de ese valle bienaventurado tienen la divina mirada de los ángeles y la seduccion irresistible de Luzbel.

«No las mireis, vosotros los que no querais entregarles vuestra alma; porque ella se escaparia de vuestro pecho, para ir á arrojarse en la llama de sus ojos.

«La muger reina allí con un poder absoluto; posee el imperio de los elementos, y es la reina de la creacion.

«Y sin embargo, allí donde todo se inclina ante ellas, donde mandan como soberanas, y donde la felicidad es la atmósfera de su existencia, una muger gemia é invocaba la muerte.

«Era jóven y bella; la sangre de los conquistadores corria por sus venas, y el poder y la opulencia mecieron su dorada cuna.

nidad? O mas bien .... ¡horror! aquella fria y silenciosa lobreguez ¿era la nada? ¡la nada en que iba á desvanecerse esa alma!

«Pero el éco de aquel pecho inmóvil se despierta, y remeda una voz melodiosa grave y triste; voz conocida y amada en otro tiempo, en otro mundo, quizá en el cielo.

«El acento querido resuena cada vez mas dulce, cada vez mas próximo.

«En la profundidad del tenebroso horizonte, dibújanse los contornos de una figura aérea y luminosa. No es el semblante ceñudo del ángel de la muerte, no: es el rostro bello, suave y melancólico de uno de esos espíritus de amor que vagan recojiendo en su seno las lágrimas de la tierra.

«La celeste aparicion se acerca; su mano aparta el blanco sudario de la muerte, y su labio se posa sobre la frente helada del cadáver, que al divino contacto se estremece.

«El fuego de la vida, oculto en el fondo del corazon, se esparce y recorre sus venas en ardientes oleadas; sus pálidos lábios se enrojecen; su pecho se ajita en voluptuosos suspiros, y sus párpados se entreabren, derramando en torno una fulgurosa mirada.

«¿Dónde se halla? ¿en el cielo? No! el cielo no tiene en sus tesoros la deliciosa embriaguez que arroba su alma.

«Bajo las doradas bóvedas de un encantado palacio perdido entre el follaje de una selva de verjeles, Chaska-Naui la estrechaba entre sus brazos ....»

—Sí,—gritó el peregrino, alzándose de repente, y cambiando su humilde acento con el acento airado del terrible viajero del Illahuaman: ¡sí!—bajo esas misteriosas cúpulas, á la sombra de esos callados verjeles se entregaba ella á las delicias de un amor culpable, sin presentir la presencia de aquel que habia encadenado su cuerpo, que la habia escondido en la tumba; y que con un puñal en la maño y la venganza por guia, deslizóse con la astucia silenciosa de la culebra entre los muros que la guardaban, y alzándose de repente ante ella.—Héme aqui—la dijo—Tú has dado á otro tu alma, pero tu vida es mia, y vengo á tomarla.

El peregrino habia arrojado su antifaz, y estaba allí de pié, implacable, terrible. La dama palideció ante aquella siniestra aparicion; pero luego alzando al cielo sus hermosos ojos, rasgó los velos de su seno, y dijo con la espresion sublime de los que ceden á la fatalidad.

—Hé aquí mi corazon, herid.

Brilló en la sombra la hoja de un puñal y se hundió tres veces en aquel desnudo pecho. Y el blanco rayo de la luna que alumbraba á la bella moradora del encantado palacio, alumbró ahora solo un cadáver ensangrentado . .

. . . . . .

XII.

LA QUENA.

El viento de la tempestad habia descendido. Su soplo destructor desembocando por las estrechas gargantas de una elevada cordillera, y barriendo la seca yerba que hallaba á su paso, habia ido entre torbellinos de granizo, á estrellarse mugiendo furiosamente contra los muros de un pueblo de indios que se estendia al pié de las montañas. Torrentes de agua y de nieve habian anegado sus estrechas calles; y el estallido del trueno, repetido á lo infinito por los ecos de aquellas cumbres, habia llevado el espanto bajo de sus pacíficos techos. Mas la tempestad habia pasado. Una noche lóbrega cubria las montañas, el pueblo y la llanura; y la doble oscuridad que nivelaba todos los objetos solo era interrumpida á largos intérvalos por la luz amarillenta y fugaz de los lejanos relámpagos. La naturaleza entera parecia dormitar despues de la ter-

rible crisis que la habia agitado; y todo lo que tenia vida sufria la reaccion del miedo: reposaba.

Ningun ruido esterior revelaba la vida en aquel negro hacinamiento de edificios, y sin embargo en lo alto de uno de ellos se veía la luz brillando como un faro en aquel océano de tinieblas.

De repente una melodía estraña, dulce, desgarrante y aterradora á la vez, se elevó de aquel sitio, atravesó los aires, llenó los ámbitos del valle, y fué á despertar los ecos de las montañas.

Era una música sublime, cuyos mágicos acentos, ora tiernos y apasionados como el adios de un amante que se aleja, ora melancólicos y dolientes como los suspiros de la ausencia, ora sombríos y lúgubres como la voz del *de profundis*, remedaban, uno á uno, todos los gemidos que el amor ó el dolor pueden arrancar al corazon humano. Era una voz? ¿era un instrumento? Angel ó demonio, ¿quién era el autor de esa melodía?

Era un hombre que sentado á los pies de una muger en un gabinete enlutado y alumbrado por una gran lámpara de plata, tañía un instrumento de forma estraña.

Aquel hombre vestido de negro, como todos los objetos que lo rodeaban, era de estatura alta y llena de distincion, de facciones bellas, aunque cubiertas de una palidez sepulcral. Sus grandes ojos negros de largas pestañas tenian el brillo de la juventud, aunque precoces pero profundas arrugas la hubieran hecho desaparecer de su frente.

La mujer á cuyos pies se hallaba, envuelta en una túnica blanca, y recostada en un ancho divan, tenia medio cubierto el rostro con las ondas de su cabellera negra, que descendiendo á lo largo de los pliegues de su ropa llegaba hasta el suelo. Una de sus manos descansaba en su rodilla, y la otra, sostenia su cabeza reclinada sobre los cogines del divan.

Nada mas plácidamente bello que el grupo que formaban, la mujer vestida de blanco como la virjen que sube al lecho nupcial y el hombre que puesto á sus pies y alzando hácia ella sus tan hermosos y apasionados ojos, parecia dirigirla todas las notas de aquella celeste armonía. Pero si algun ser viviente hubiera podido penetrar en ese sitio y mirar de cerca aquel grupo, habria sentido erizarse los cabellos sobre su cabeza y hubiera huido espantado; porque la larga cabellera de aquella mujer tenia una aridez metálica; sus manos de forma tan bella, estaban secas; aquella alba túnica era un sudario; el rostro que el jóven contemplaba, habia recibido hacia largo tiempo el horrible sello de la muerte, y el instrumento mismo cuya voz tenia una tan divina melodia, era un despojo de la tumba, era el fémur de aquel esqueleto.

CONCLUSION.

El tiempo que incesantemente estiende su guadaña sobre la creacion para destruirla y renovarla, y mas que todo, el terror supersticioso, hicieron de aquel pueblo un desierto. El viajero distingue apenas el sitio que ocupó en la árida llanura, por algunas ruinas ennegrecidas por las lluvias y los helados vientos de la cordillera. Pero ni los años, ni los omnipotentes rayos del Vaticano han podido borrar la memoria del amor infortunado y del estraño duelo del cura Camporeal, cuyos gemidos repite eternamente durante el silencio de las noches, en lo hondo de nuestros valles y en las plazas de nuestras ciudades la voz del instrumento que él consagró á su dolor, y al que los hijos del Perú dieron el nombre de *Quena*, palabras que en la *quechua* antigua significa: pena de amor.

Si en la felicidad escuchais la voz de ese instrumento sentireis esa dulce melancolía tan necesaria para templar lo que aquella tiene de demasiado deslumbrante y fatigosa para nuestra alma. Pero, oh vosotros, los que llevais

en el corazon un grande dolor, ¡ guardaos de escucharla ! porque para vosotros tendria un poder terrible, que como un espejo mágico os hará ver de nuevo todo lo lúgubre de vuestro pasado; develará á vuestros ojos la pálida imájen del siniestro porvenir, y el dolor se agrandará en vuestro pecho hasta romperlo.

EL GUANTE NEGRO.

I.

LA PRENDA DE AMISTAD.

Era una de esas deliciosas noches del pais arjentino. La luna bañaba con sus blancos rayos las encantadas riberas del Plata y hacia brillar entre la sombría verdura de los huertos y alamedas de las mil bellísimas quintas, y los palacios de campo que circundan Buenos Aires. Aunque la hora no era avanzada, todo estaba silencioso y desierto en derredor de la gran ciudad, y solo se oía el murmullo de las ondas del vecino rio, y el silbido del viento entre las hojas de los sáuces.

De repente vino á mezclarse á estos rumores de la naturaleza una voz humana, una divina voz de mujer, que elevándose suave y cautelosa del fondo de una de esas espesas avenidas de árboles, comenzó á cantar con indecible melodia aquella adorable música de Julieta y Romeo—

Sei pur tu che ancor rivedo?

El canto fué interrumpido por el ruido de un carruaje que se acercaba.

Una elegante berlina se detuvo al pié de la escalinata de una quinta. Un cazador vestido de lujosa librea abrió la portezuela y presentó la mano á una bella jóven de talle esbelto y flexible, de mirada rápida é imperiosa, que saltando del estribo, lijera como un pájaro, subió las gradas de la escalinata, y entró en el vestíbulo.

A su vista, el portero que velaba en la primera antesala, se inclinó profundamente.

—Amigo mio, le dijo ella, paseando en derredor su inquieta mirada: ¿ duerme su jóven amo de usted ?

—Mi amo está herido, señora, y.....

—Lo sé, lo sé, y por eso estoy aqui. Condúzcame usted á su cuarto.

El portero hizo una reverencia, y guió á la jóven por una galería abierta sobre un jardin interior, y deteniéndose delante de una puerta, iba á abrirla para anunciar á la dama, pero ésta le apartó sonriendo, abrió ella misma la puerta, atravesó corriendo un elegante salon, y entró en un dormitorio alumbrado por una lámpara de gas, y en cuyo fondo, entre dos manoplas de armas habia un lecho en donde estaba acostado un jóven de bella y simpática fisonomía. Su frente alta y espaciosa llevaba el sello de la altivez y de la intelijencia, en sus grandes ojos negros sombreados por largas pestañas, habia relámpagos que revelaban el choque de pasiones fuertes y encontradas. Sus brillantes cabellos caian en abultados bucles sobre su

cuello, y un bigote negro y sedoso capaz de matar de envidia á todos los leones del mundo, se retorcia graciosamente sobre una boca que habria hecho palpitar á una mujer de miedo ó de amor.

La jóven corrió hácia él, y apartándose con una mano el velo de su linda cara,—Wenceslao! le dijo, presentándole la otra—¿No es cierto que he tardado mucho?

—¡Que veo! Manuelita! ¡vos aquí!

—¿Me habeis llamado ingrata? ¡Oh! es que aunque moria de impaciencia y de deseo de venir á veros, no podia sustraerme un momento á las miradas de mi padre, y de esa inícua turba de pretendientes y aduladores que me rodean.

—¡Llamaros ingrata! ¡yo! ¡oh! no, Manuelita! Yo sé que habeis pensado en mí, y vuestros mas lijeros recuerdos son tan preciosos para mí corazon, que no creeria poder pagarlos, ni aun dando por vos mi sangre y mi alma..... Pero permitid que me convenza que no es un sueño la dicha de veros aquí, á esta hora, asi, inclinada sobre mi lecho.

Y quitando él mismo el guante de tul negro bordado de arabescos, que cubria la linda manó de la jóven, imprimió en ella un beso que debió ser muy apasionado, porque Manuelita retiró vivamente su mano, sus ojos se bajaron al suelo, y una nube de rubor cubrió su alta frente.

—¡Lisonjero!—dijo ella, haciendo un esfuerzo para serenarse y sonreir—¿que hay de mas natural que el que

yo me encuentre aqui, á esta hora, asi inclinada sobre vuestro lecho? Un mal caballero atacó mi honor, creyendo desacreditar asi la administracion de mi padre; como si la deshonra arrojada sobre la frente de una jóven, pudiera eclipsar el brillo de la estrella de Rosas el fuerte; vos tomásteis la defensa de vuestra amiga de infancia, desarmásteis á vuestro contrario y le obligasteis á desmentirse desde Montevideo; pero quedasteis herido, y es de mi deber no solo el venir á veros, sino el ser vuestra enfermera. ¡Qué dulces habrian sido para mi corazon los cuidados que os prodigara! pero me encadenan lejos de vos, la necesidad que mi padre tiene de mí, y el terror de ese mundo que se ha apoderado de mi vida para destrozarla, como sino fuera aun bastante triste y contrariada! Oh! Wenceslao! ¡porqué no estamos aun con mi madre y la vuestra bajo las frescas sombras de Lujan!

Y la hija del Dictador elevó sus ojos al cielo para hacer quizá retroceder sus lágrimas, reclinando tristemente su linda cabeza sobre una de las columnas del lecho.

Wenceslao se incorporó sobre su almohada, y estrechando la mano de la jóven sobre su pecho herido: ¡Manuelita, hermosa flor nacida entre zarzas!—esclamó;—la sociedad que os posee no es digna de vos; no pudiendo comprenderos, os calumnia, pero si un hombre leal, decidido y enérjico puede algo contra la desgracia de vivir en un mundo que no os comprende, mandad, mi vida es vuestra; este corazon que palpita bajo vuestra mano está

lleno de adhesion por vos. Confiaos á él, dadle su parte de vuestras penas.

Manuelita estrechó la mano del jóven sonriendo melancólicamente.

—¡ Ay ! amigo mio, le dijo—el destino tan envidiado de Manuela Rosas, la ha condenado á la soledad y aislamiento del corazon, alejando de ella uno á uno á todos sus amigos. Aquellos que no han emigrado se hallan en el ejército de Lavalle, ese implacable enemigo de mi padre; y aunque yo sé que ellos guardan una tierna memoria de mi amistad, el deber me ordena arrojar de mi corazon el recuerdo de la suya. Vos mismo, Wenceslao, el último y mas querido de todos, muy poco tiempo estareis cerca de mí; pronto dejareis de ser edecan: he visto en el bufete de mi padre vuestro despacho de segundo jefe del rejimiento que manda el coronel Ramirez, vuestro padre, y la órden para que marche al Norte aquel rejimiento.

—¿Que decis? alejarme de .... vos! ausentarme de Buenos Aires; oh ! esclamó Wenceslao revelando en su acento un dolor misterioso.

La jóven lo comprendió, levantóse vivamente, y cubriendo su rostro con el velo—Adios, Wenceslao, le dijo, estendiendo la mano sobre la cubierta de la cama, para buscar el guante que aquel habíale quitado. Son las once y me queda poco tiempo para llegar á Palermo ántes que cierren las puertas .... Pero .... ¿qué he hecho de mi guante?

—Yo lo tengo, dijo Wenceslao, descubriendo su pe-

cho y mostrando el guante sobre el corazon. Manuelita, deseo conservarlo eternamente en memoria de esta noche. ¿Como quereis que lo guarde? ¿como una conquista ó como una prenda?

—Como prenda de amistad, respondió ella, alzando con graciosa coquetería la extremidad de su velo, y enviando un beso á Wenceslao desde la puerta.

—Me ama! dijo él cuando la puerta se hubo cerrado detrás de Manuelita—me ama y yo podia ser su esposo, y realizar de este modo la dicha y prosperidad que sueño para mi patria hace tanto tiempo, si un amor fatal no hubiese venido á oscurecer con un soplo tempestuoso el brillante horizonte de ambicion y de gloria que se abria para mí. ¡Isabel! ¡Isabel! por qué te conocí! por qué tu mirada y tu voz penetraron tan hondamente en mi corazon!

En aquel momento la voz que cantó en la alameda se hizo oir otra vez.

—¡Es su voz! ¡es ella!—esclamó Wenceslao, incorporándose y oprimiendo el resorte de una puerta secreta que estaba á la cabecera de la cama.

II.

EL GUANTE NEGRO.

La puerta se abrió, dejando ver la campiña alumbrada por los rayos de la luna, y dando paso á una figura blanca, vaporosa y aérea como las Willis de las baladas alemanas. Era una jóven envuelta en un largo peinador blanco, y con la cabeza cubierta con un velo de gasa. La estatura era algo elevada; su larga y suelta cabellera, brillante y negra como el azabache, descendia en sombrías ondas hasta tocar el suelo; sus rasgados ojos negros de anchas pupilas, tenian esa larga y profunda mirada que se atribuye á aquellos que leen en el porvenir.

Al verla, el recuerdo de Manuelita y con él las ideas de gloria y ambicion, huyeron de la imajinacion de Wenceslao.

—¡Isabel! mi ánjel hermoso, mi hada benéfica! esclamó—Ya estás aquí! Oh! que mi madre perdone la ingratitud de su hijo; pero ¡cuanto bendigo su ausencia,

que te obliga á venir como mi ánjel guardian, entre las sombras y el silencio de la noche á curar con tus manos mi herida, é inundar mi corazon de delicias con la májia de tu mirada, de tu voz y de tu sonrisa! . . . . . Pero . . . . ¡tu estás pálida! . . . trémula! ¡no tienes ni una caricia, ni una palabra de amor para el que te adora ¡Isabel! ¿que pesar oscurece tu frente, amada mia?

—Nada ha cambiado en torno mio, respondió ella arrodillándose al pié del lecho, y obligando á Wenceslao á recostarse en su almohada; nada ha cambiado,—el sol ha sido brillante; las flores me han enviado sus mas suaves perfumes; los pajarillos me han hecho oir las melodías que han callado en mi arpa desde que tu sufres; las hermosas estrellas de nuestro cielo me sonrien como siempre; tú á quien amo con idolatría estás ahí, cerca de mí, y yo leo en tus ojos tu amor; y sin embargo ha habido en ese sol, en esos perfumes, en esas melodías, en la noche, en las estrellas y en tus ojos, algo de lúgubre que pesa como plomo por sobre mi corazon!

Escucha, Wenceslao. Cuando mi madre me llevaba en su seno, me oyó llorar una noche que velaba, pensando en el ser que iba dar á luz. Una creencia de nuestro país, supersticiosa si quieres, enseña que cuando un niño llora en el vientre de su madre, si ésta guarda el secreto, el niño poseerá el don de adivinacion. Mi madre calló creyendo darme la dicha; ¡pobre madre! ella ignoraba que funesto presente legaba al destino de su hija! Encadenada como todo lo que existe á ese órden eterno lla-

mado fatalidad, siento llegar la desgracia, sin poder evitarla; conozco su aproximacion en el aire, en la luz, en las sombras; pero ignoro de donde viene, y el momento en que me herirá. Cuando mi padre cayó bajo los golpes de la Mas-horca, esa asociacion de caribes, ya habia yo visto en sueños toda aquella escena. Cada uno de los infortunios de mi vida se ha revelado anticipadamente á mi corazon. Hoy, durante todo el dia me han perseguido las mas espantosas alucinaciones; mi espíritu ha visto espectáculos horribles en los que el asesinato ejercía sus sangrientas funciones; he oido la voz de los celos, esa funesta enfermedad de mi alma, gritarme con acento lúgubre: ¡perfidia! ¡traicion! Ahora mismo, Wenceslao, al entrar en tu cuarto he sentido cerca de mí una sombra, un espíritu enemigo que me cerraba el paso, y que como la mano de una rival me rechazaba lejos de tí; y era tanto lo que sufria mi corazon, que al acercarme á tu lecho, al hallarte solo esperando la presencia y los cuidados de tu Isabel, he bendecido tus heridas que te entregan esclusivamente á mi amor, y he deseado que se prolonguen tus sufrimientos por toda una eternidad.

—Amada mia, respuso Wenceslao, besando con ardor las manos de la jóven, hay palabras que solo deben escucharse de rodillas; tales son las que acabas de pronunciar. ¿Qué he hecho yo para merecer el amor de un ser tan hermoso y sublime como tú? Y cuando poseo esta dicha que me envidiarán los ánjeles del cielo, ¿habia de pagarla con la perfidia, en vez de una eterna adora-

cion? ¡Oh! ¡Isabel mia! destierra esos insensatos temores como una injuria hecha á tí misma y á tu amor.

Hablando así Wenceslao era sincero, pues como hemos dicho, sus ideas de ambicion se habian desvanecido á la presencia de Isabel. La jóven se sonrió con ternura, moviendo tristemente la cabeza.

En ese momento el reloj del salon dió las doce.

—¡Dios mio! dijo Isabel, es media noche, y yo no he pensado aun en curar tu herida.

Un terrible recuerdo brilló como un relámpago en la memoria de Wenceslao, que llevó vivamente las manos al pecho.

Era tarde! Isabel lo habia descubierto para levantar el apósito de la herida.

Un profundo silencio reinó entónces en el cuarto. Wenceslao inmóvil de confusion y terror, miraba á Isabel que pálida como una muerta tenia entre sus manos un guante negro que examinaba con mirada fija y devorante.

De repente sus grandes ojos se abrieron desmesuradamente; de su pecho se exhaló un grito ahogado, sus brazos se deslizaron inertes á lo largo de su cuerpo, sus piés vacilaron, y cayendo sobre sus rodillas, ocultó su frente en el suelo.

En la parte interior del guante, sobre la cinta que contiene el resorte, Isabel habia leido el nombre de Manuela Rosas.

—¡Isabel! amada mia, dígnate escucharme un momento! no me condenes sin oirme! esclamó Wenceslao,

tendiendo los brazos para levantarla. Ella le rechazó en silencio, volviendo á su primera actitud.

Largo rato quedó así inmovil, silenciosa é insensible á las súplicas de Wenceslao.

Despues alzó su frente; pasó por ella la mano, como para avivar un recuerdo, y poniéndose en pié:

—¡Oh! padre mio! exclamó, cruzando los brazos y elevando al cielo su profunda mirada, este golpe que hiere mi corazon, es el castigo de la hija culpable que infiel á su juramento, dejaba vagar olvidada vuestra sangrienta sombra, cambiando impiamente vuestra venganza con el amor de un federal.

¡Ah! ha sido necesario que él me arroje de su corazon, para que vuelvan al mio el recuerdo de vuestra funesta muerte y el sentimiento de mi deber. Pero aun no es tarde, padre mio. El juramento que os hice bajo las negras bóvedas de vuestro calabozo, no habrá sido hecho en vano: yo renuevo aquí el voto de consagrar la sombría existencia que me espera á vuestra venganza, y al triunfo de esa causa, cuyo testimonio sellásteis con el martirio!

Y volviéndose hácia su amante, que la escuchaba consternado—¡Adios, Wenceslao! le dijo. Esta es la última vez que pronuncio vuestro nombre, ese nombre que mi lábio se complacia en repetir sin cesar por que resonaba en mi corazon como una deliciosa música. Adios para siempre! Amad en paz á esa Manuela Rosas cuyo gaje de amor llevais sobre el corazon; y cuando penseis en Isabel, recordadla sin remordimientos, pues

vuestra perfidia la ha conducido al camino del deber, al mismo tiempo que á vos al de los honores y la dicha.

Al escuchar este terrible sarcasmo, Wenceslao que permanecía agobiado bajo el peso de una irremisible prueba, alzó con orgullo su pálida frente, y estendiendo la mano con un gesto de autoridad, dijo á la jóven, que daba ya un paso hácia la puerta: ¡Isabel! en nombre de tu padre, escúchame una palabra, una sola!

Isabel volvió hácia él su pálido rostro.

—Todo se ha acabado entre nosotros, dijo ella con voz triste pero firme. Un abismo nos separa; en uno de sus bordes estais vos con Manuela Rosas, en el otro Isabel y la sombra de su padre.

—¡Oh! ¡Isabel! ¿rehusas escucharme? Dígnate entónces decir tu misma, amada mia, qué podré hacer para convencerte de que ninguna otra imájen se ha acercado jamás al santuario que tienes en mi corazon? ¡Habla! Si es necesario descender al infierno para rescatar tu amor, alli bajaré.

Un profundo sollozo elevó el pecho de Isabel, que vacilante y trémula bajó los ojos para que Wenceslao no leyera en ellos su amor.

De repente su mirada cayó sobre el guante negro que estaba en el suelo. Un estremecimiento convulsivo recorrió su cuerpo, en sus negros ojos brilló un rayo de tremenda cólera, y uno de esos malos pensamientos hijos de los celos, que convierten al ánjel en demonio, surjió en su mente y mordió su corazon.

—Que muera para mi amor, murmuró, con tal que se aleje para siempre de ella!

Y fijando en Wenceslao una mirada fascinadora:

—Hay un sitio, le dijo, desde donde podriais persuadirme que lo que he visto esta noche ha sido solo un sueño, uno de esos malos sueños que bajàn á torturar el corazon, pero ese sitio está.... entre las filas del ejército unitario!

Y desapareció entre las sombras que se estendian al otro lado de la puerta.

Wenceslao quedó un momento anonadado bajo el peso de aquellas terribles palabras. Los ojos se cerraron, su corazon cesó de latir, un sudor frio bañó sus sienes. Luego una desesperacion inmensa invadió su corazon, sacudiéndolo con su terrible fuerza.

—La he perdido para siempre! esclamó hiriendo su frente; no me ama ya, pues quiere mi deshonra! quiere que abandone la causa que desde la niñez ha defendido mi espada, la causa de mi ilustre bienhechor.... la de la compañera de mi infancia! ¡quiere que me haga un traidor, en fin! Oh! Isabel!... jamás.. jamás... Pero ¿qué haré en adelante de esta existencia vacía y silenciosa, que no iluminará ya tu amor? ¿como atravesaré esas horas, esos dias que encantaba tu presencia? por que perderte á ti no es solo perder el corazon de una mujer: ¡es perder el aire, la luz, el cielo.... Oh! es mejor morir!

Y llevando á su pecho una mano homicida, arrancó el vendaje de su herida, y la desgarró.

La sangre corriendo á borbotones sobre el lecho, adormeció poco á poco la desesperacion que devastaba el alma de Wenceslao. Una niebla azul se estendió ante sus ojos, un rumor confuso invadió sus oidos, que cesaron de percibir los ruidos esteriores; el frio de la muerte comenzó á helar sus miembros, y en su corazon se difundió ese sentimiento de paz que debe hallarse al otro lado de la tumba, y que se pinta en el semblante de los cadáveres.

III.

UNA MADRE.

De repente una voz dulce y suave vino á interrumpir el silencio de su agonía.

—Oh, Dios mio! esclamó entre sollozos, tú me has traido para salvarlo! ¡Wenceslao!

—Isabel! murmuró la voz exánime del moribundo.

Al lado de aquel sangriento lecho se hallaba de rodillas una mujer de estatura elevada, de rostro dulce y bello, á pesar de la gran palidez que lo cubria. Se conocia que aquella alma habia sentido mucho, y que la hoguera que ardia en su pecho habia consumido su vida.

Reclinada la cabeza de Wenceslao sobre su pecho, le rodeaba con sus brazos y se esforzaba en restañar la sangre que se escapaba de la herida, regando con sus lágrimas la frente del jóven y llamándole en voz baja y cariñosa.

—Ay! dijo, cuando oyó en sus lábios el nombre de Isabel ¡no me reconoce, el ama á otra, no importa! ¡bendito sea el nombre que le vuelve á la vida! Dios mio, ¡restituídmelo! y aunque me posponga á todas sus otras afecciones, pues yo sé que aunque él ocupa toda mi alma, no soy yo quien debe ocupar la suya.

¿Quien era esa mujer, que amaba tanto, pero cuya santa abnegacion era superior á los celos, ese poderoso demonio que ha hecho su infierno en el corazon humano?

Era una madre.

IV.

LA CARTA.

Algunos dias despues, aquella misma mujer se paseaba sola, ó mas bien vagaba como una sombra bajo los elevados árboles del jardin de la quinta. Su frente estaba aun mas pálida, y en sus miradas se pintaba una sombría inquietud.

—Dios mio! decia—¿cuál será el oríjen de ese pesar profundo, de esa espantosa cólera que se ha apoderado de mi esposo, desde que un espía del gobierno le entregó aquella carta. Ha murmurado el nombre de Wenceslao, acompañándolo de horribles imprecaciones. Ay! qué desgracia amenaza todavia á mi idolatrado hijo? Vírjen Santísima! continuó besando un relicario que contenia la imájen de María y los cabellos de Wenceslao, tú que padeciste tanto en esta tierra de lágrimas, ¡tén

piedad de los sufrimientos de una madre en memoria de tus propios sufrimientos! proteje á mi hijo! Si hay algun peligro bajo sus pies, sálvalo, como lo has hecho otra vez! házlo á él feliz, y dadme á mi toda su parte de los males de la vida....

Pero es imposible quedar en esta terrible incertidumbre que me hace padecer un siglo en cada instante. Esa carta debe estar ahí.,... en su bufete.... El no está allí,... se ha encerrado en el salon.... Si yo fuera á buscar esa carta! ¡Si iré! ¡Oh Ramirez! ¡perdon! no soy una esposa indiscreta que vá á escudriñar los secretos de su marido: soy una madre que vela sobre el destino de su hijo.

Y atravesando las largas calles de árboles, cubiertas ya con las sombras de la noche, abrió una ventana baja, y mirando cautelosamente hácia dentro:

—¡Nadie! murmuró, ¡nadie! y entró en un cuarto ocupado por estantes de libros, panoplias de armas, y un bufete cargado de papeles, sobre el que se elevaba en un rico marco el retrato del general Belgrano.

La mirada de la madre reconoció entre mil cartas, aquella que deseaba y temia leer, tomóla con mano trémula y mirando la letra del sobre-escrito ¡Dios mio! dijo abriéndola, es de mi Wenceslao, es de mi hijo.

Un guante negro se deslizó de entre los pliegues de la carta, y cayó á los piés de la madre de Wenceslao que dió un grito.

—¡Oh! ¿porqué me ha causado tanto terror este

objeto? Se diria que es la mano de la muerte que viene á posarse sobre mi corazon!

Tendió una mirada en torno suyo y leyó:

«Isabel.

«El hombre á quien has puesto en la horrible alternativa de hacerse un traidor ó de vivir sin tí, ese hombre fuerte, á quien sus compañeros llaman el leon de los combates, ha sucumbido miserablemente en la lucha del amor con el deber. ¡Oh vergüenza! Honor, deber, amistad, gratitud, todos los sentimientos nobles del corazon han callado ante la idea de perderte para siempre, de renunciar á la dicha de contemplar tu rostro, de arder bajo el fuego de tu mirada, de sentir el contacto de tu mano, de escuchar el sonido de tu voz.

«Tu amante para quien el honor era la vida, llevará pronto sobre su frente el sello de la desercion, ese bautismo de oprobio, que la muerte misma no podrá borrar. El ejército de Lavalle se halla á dos jornadas de aquí, y el sol de mañana me verá en sus filas, volviendo mi espada envilecida contra la causa que tenia mis simpatías, contra mi protector, y contra mi mismo padre.

«En esta carta hallarás ese guante, orígen de tantos dolores. Envíalo á Manuela Rosas, y hazla decir que el amigo de su infancia, el hombre en cuyo corazon habia ella buscado un asilo contra la calumnia, no es ya digno de poseer ese don de la amistad, porque se ha hecho un traidor.

«¡Isabel! ¡tú lo has querido! ¡Así sea!»

La pobre madre no pudo leer las últimas palabras de esta carta. Un temblor convulsivo sacudió sus miembros; el hielo del espanto invadió su corazon; la carta se escapó de sus manos, sus rodillas se doblaron, y cayó en tierra como una masa inerte. Al volver en sí de su largo desmayo, su oido entorpecido todavia percibió dos voces que hablaban cerca de ella. La debilidad que embargaba sus miembros la impedia moverse, y permaneció oculta bajo los largos pliegues de la carpeta.

—¡Bracho! decia el coronel Ramirez á su criado favorito, llamado asi por haber nacido en el ardiente desierto de este nombre, aunque tengo en tí una confianza ilimitada, necesito que hagas un juramento.

Bracho saludó militarmente y respondió:

—¡Mandad, mi coronel! vuestro antiguo soldado está pronto á obedeceros.

El coronel se acercó á él, y estrechando fuertemente su mano, puso la otra sobre su propio corazon, y le dijo con voz solemne:

—¡Bracho! júrame por nuestros dias de fatigas y de gloria, y por los inmaculados laureles que durante treinta años hemos recojido juntos sobre los campos de batalla, que guardarás un silencio sepulcral sobre todo lo que vá á pasar aquí.

El rostro bronceado y grave de Bracho se volvió mas grave todavia; su mano respondió á la presion del coronel, y colocándole igualmente la otra sobre su pecho, respondió con voz firme.

—¡ Yo lo juro !

—Bracho, continuó el coronel, señalando un azadon y una pala que estaban en el suelo, toma esos instrumentos que te he mandado traer, y abre en ese ángulo del cuarto un hoyo de siete piés de lonjitud y seis de profundidad.

Bracho, con esa sangre fria, unas veces admirable y otras espantosa que caracteriza á los hijos de aquel suelo, desclavó una de las extremidades del tapiz y obedeció á su señor. Durante largo rato solo se oyò la respiracion oprimida del coronel y los acompasados golpes del azadon de Bracho.

Un horrible presentimiento atravesó el alma de la madre que contuvo su aliento y escuchó.

Cuando el hoyo estuvo hecho, Bracho apoyándose en el azadon se volvió hácia su jefe.

El coronel se acercò á la negra boca del hoyo, y midió con la vista su profundidad.

—¡ Bracho ! dijo con una voz lúgubre que llevó un frio mortal al corazon de la madre, dentro de pocas horas ese abismo se cerrará sobre un cadáver ! ¡ Escucha ! prosiguió; hoy, en este mismo sitio, tendrán lugar el juicio y el castigo de un gran crímen, desconocido entre los soldados arjentinos, y que todavia no ha manchado nuestros anales militares: ¡ la traicion !

Vé ahora á la ciudad, busca en el cuartel de mi rejimiento á su segundo jefe, y dále de mi parte la órden de venir inmediatamente á encontrarme aquí, recomendán-

dole el mayor secreto sobre el lugar donde se dirije.

Bracho hizo un movimiento involuntario de dolorosa sorpresa, al escuchar aquella órden. Vaciló y miró á su amo, como si quisiera hablarle; pero una severa mirada de este le hizo obedecer en silencio.

V.

AMOR DE MADRE.

—¡ Desertor ! esclamó el coronel, cuando quedó solo, ¡ desertor ! ¡ Un soldado arjentino, un Ramirez desertor ! ¡Sombra de Belgrano ! continuó él con dolor, dirijiéndose al retrato de aquel héroe, sombra augusta de Belgrano— ¿ no os estremeceis de indignacion al oir aliar con la infamia el nombre de vuestro amigo, repetido con honor en el detal de cien batallas ? ¿ no jemis de dolor, al ver deshonradas las cicatrices de vuestro antiguo compañero ? Deshonradas nó, gracias al cielo, el crímen no ha sido consumado todavia; y esa tumba, y este puñal lo sepultarán para siempre con el culpable.

Al ruido metálico que produjo el ancho puñal del coronel, al caer sobre la mesa, se estremecieron las entrañas de la pobre madre, que hasta entónces procuraba persuadirse de que todo aquello era un sueño. Su corazon

sintió el frio del acero destinado al corazon de su hijo, y exhalando un grito desgarrador, alzóse de repente pálida como un espectro, á los ojos de su marido, que retrocedió espantado esclamando:

—¡ Margarita ! ¿qué has venido á buscar aqui ?

—¡ Ramirez ! gritó ella, con acento lamentable ¡por piedad ! dime que estoy loca, y que son efecto de mi delirio las palabras atroces que te he oido pronunciar ! Ramirez ! Ramirez ! en nombre del cielo, dí que esa tumba, ese puñal, esa espantosa sentencia, son solo las alucinaciones de una horrible pesadilla que ajita mi mente ¡ dí que no es cierto que tu quieras hacerte el asesino de mi hijo, de nuestro hijo !

—Tu hijo ! nuestro hijo ! esclamó el coronel en una esplosion de dolor y de indignacion. Ya no le tienes, desventurada mujer; el que fué nuestro hijo es un traidor, que subyugado por una pasion abandonaba el estandarte sagrado de la patria. Los momentos de su existencia están ya contados, y solo pertenece á mi justicia. Margarita ! vé á orar por él, y olvida para siempre el nombre de tu hijo.

—Oh ! esclamó la madre con acento profundo y desgarrador, que ore por él como por un difunto ! ¡ que olvide el nombre de hijo, ese dulcísimo nombre, que hace veinte años es el objeto mi existencia ! quien lo ha dicho ? ¿ quien ? . . . . Oh, nadie ! . . . . nadie ¡ gracias al cielo, estoy loca ! . . . . estoy loca !

Y la infeliz recorria el cuarto retorciendo sus brazos,

y comprimiendo con ambas manos la frente, como para hacer estallar la locura que invocaba.

La tremenda voz del honor ofendido que habia sofocado la del amor paternal en el alma del coronel, enmudeció ante aquella desesperacion de madre. Ramirez sintió despedazarse el corazon y vacilar su terrible resolucion. Tendió los brazos á su mujer y la dijo tristemente:

—Margarita ¡ pobre madre ! ¡ vén á llorar en el seno de tu esposo, de tu amigo ! yo tambien tengo necesidad de derramar lágrimas !

Pero de repente sus ojos encontraron la mirada de Belgrano, que destacándose fija y penetrante del fondo sombrío del cuadro, parecia echarle en cara su debilidad.

La vergüenza cubrió entónces de púrpura el rostro desencajado y lívido del coronel. Sus ojos despidieron llamas; y una ancha cicatriz recuerdo de sus glorias, dibujándose pálida sobre el rubor de su frente, le coronó como una aureola siniestra.

—No ! esclamó, rechazando á su mujer, y yendo á colocarse ante el retrato de su antiguo jefe, aquel á quien visteis á vuestro lado arrastrar con serenidad la muerte entre la metralla de los combates, no desmentirá su valor ante el cumplimiento de su deber, por terrible que este sea. Si este corazon se revela, continuó golpeando su pecho, yo le romperé; pero el honor se habrá salvado, porque el culpable perecerá !

—Oh ! gritó la madre, lanzándose hácia su marido y apretanto convulsivamente su brazo, ¿ era verdad ? ¿ mis

oidos me engañaban? Ramirez! Ramirez! ¿es cierto que ese horrible pensamiento que mi labio rehusa espresar, ha hallado lugar en tu alma? ah! continuó, cayendo á los pies del coronel y abrazando sus rodillas, si necesitas sangre—hé aquí la mia! Toma ese puñal, abre una á una todas mis venas, martirízame, arráncame el corazon, sepúltame viva en esa ignorada tumba, pero ¡ tén piedad de mi hijo! respeta su vida, esa preciosa vida que recien comienza á florecer. Oh ¡ Ramirez! si has olvidado que eres padre, acuérdate que eres hombre, compadécete de su juventud, de su belleza, de su porvenir, ese hermoso horizonte de promesas y esperanzas que tu quieres robarle... El crímen no ha sido sentido aun: todavia hay lugar para el arrepentimiento. ¿Con qué derecho, quieres ser mas severo que Dios, que siempre dá tiempo al culpable para reconocer su falta?

La hora de debilidad habia pasado para el coronel. Sus lábios pálidos y severos sonrieron amarga y desdeñosamente.

—¡ El arrepentimiento! esclamó ¿ puede redimir un crímen que deshonra, aunque éste solo haya existido en el pensamiento? ¡Margarita! tu sabes que nó! tu, que novia todavia, decíais á tu esposo, cuando sin guardias se hallaba en capilla bajo su palabra de honor—¡ Ramirez! muere, pero no te deshonres faltando á la palabra! ¡ Nada puede borrar las manchas del honor!

—Ah! respondió ella llorando, era esposa, ahora soy madre! Oh! tu á quien una mujer llevó en su seno y

alimentó con su sangre, en memoria suya ten piedad de la madre que te pide de rodillas la vida de su hijo.

Los pasos de algunos caballos resonaron en el patio de la quinta.

El coronel, tomando entónces violentamente á su esposa en sus brazos, procuró llevarla fuera del cuarto: pero ella se asió de uno de los pies del bufete, y los dedos finos y transparentes de aquella mujer, se convirtieron en otros tantos resortes de acero en que se estrelló la fuerza del coronel.

—¡No! no me arrancarán de aquí, decia ella con voz ahogada, quiero librar á mi hijo de la muerte, y á tí de un horrendo crímen! quiero interponer mi pecho entre el tuyo y los golpes de un asesino!

—¡Margarita! esclamó con voz solemne ¡quiéres ver morir á tu hijo! ¡Sea! lo verás morir, porque juro que nada puede salvarlo!

Á estas palabras los ojos de la madre centellaron como los de una leona herida, sus lágrimas se secaron de repente, y poniéndose en pié, pálida y terrible como la imájen de la fatalidad: ¡Ramirez! gritó acercándose á su marido—¡es cierto que nada puede salvar á mi hijo del horrible destino que le reservas!

—Nada! respondió con firmeza el coronel.

—Nada! replicó ella, con acento estraño ¡nada, ni mis ruegos, ni mis lágrimas, ni la memoria de los dias felices que nos ha dado en los veinte años de su existencia!

—Nada! repitió él con voz lúgubre. Soy un juez,

he condenado á un criminal, y yo mismo ejecutaré la sentencia.

—Pues muere tú! gritó la madre, muere tú, porque yo quiero que mi hijo viva, aunque sea sobre las ruinas del mundo.

Y arrebatando el puñal que estaba sobre la mesa, lo sepultó en el corazon de su esposo.

Al mismo tiempo se abrió la puerta, y un grito doloroso y aterrador resonó en el cuarto.

—Madre mia! ¡qué haceis! esclamó Wenceslao, precipitándose sobre el cuerpo del coronel, que habia caido muerto sin exhalar un suspiro.

La madre se volvió hácia él con la impasibilidad de la desesperacion.

—Mi esposo habia jurado matar un traidor, dijo ella, ese traidor era mi hijo, y yo he matado á mi esposo para salvar á mi hijo!

Al dia siguiente, á la cabeza de su rejimiento Wenceslao pálido, sombrío, y llevando en el corazon un triple duelo, marchaba á reunirse con el ejército del jeneral Oribe.

El deber habia interpuesto entre él y la felicidad un voto terrible. Sobre el cadáver ensangrentado de su padre, y en las manos de su madre moribunda, habia jurado olvidar para siempre á Isabel.

VI.

QUEBRACHO HERRADO.

La noche del 28 de noviembre habia estendido su sombra sobre el campo de ese nombre.

El sol de aquel dia habia visto el triunfo de Oribe, y la derrota del ejército unitario, que compuesto de guerreros tan jenerosos como valientes, aceptó la batalla con fuerzas inferiores y en un terreno desventajoso, antes que desamparar con una marcha forzada, la emigracion que le seguia. Pero la suerte recompensó mal el denuedo y la sublime abnegacion de aquellos héroes, y coronó con el laurel de la victoria las sienes de sus enemigos, que quedaron dueños del campo.

Entónces se vió una escena espantosa, en que el pillaje, el asesinato y la violencia saciaron su horrible sed, en esa inmensa emigracion compuesta de venerables ancianos, de hermosas vírjenes y de niños inocentes.

Mas á aquella hora, el tumulto de las armas, los gritos de los combatientes y los jemidos de los que sangre habian cesado. La cubrian la tierra; la brisa de la noche esparcia en el fúnebre campo el delicioso perfume de los vecinos bosques de aroma; la dulce luz de las estrellas reflejando sobre el rostro de los cadáveres, daba á su actitud la apariencia de un dulce sueño: nada en fin, revelaba allí un campo de batalla, si no era el profundo silencio que reinaba por todas partes, silencio solo interrumpido por el prolongado y lamentable canto del *coyuyu*, que oculto entre el negro ramaje de los algarrobos, parecia llorar el destino de aquellos héroes.

VII.

LA PREDICCION.

De repente el éco lejano de una voz dulce y triste, hizo callar la lúgubre melodía del insecto. La voz se aproximaba entonando el último canto de Julieta:

Oh! sfortunato atendimi.....
Non mi lasciare ancor.....

Una forma blanca, de forma vaporosa y vaga, se dibujó entre las tinieblas. El centinela avanzado del ejército vencedor, que vivaqueaba á algunos centenares de pasos, viéndola acercarse se santiguó y cerró los ojos, creyendo que era el alma de uno de aquellos muertos.

La sombra blanca entró en el recinto del campo de batalla. Era una mujer jóven y bella, apesar de la estrema estenuacion de sus formas.

Sobre su larga túnica blanca se esparcia con admirable profusion una cabellera negra, que ajitada por

el viento de la noche, tenia la apariencia de un ancho velo de luto. La mirada de sus grandes ojos negros era vaga y estraña, cual si una sombra se interpusiera entre ella y los objetos esteriores; sus lábios murmuraban alternativamente el canto de la Julieta, las plegarias de los difuntos y el nombre de Wenceslao, deteniéndose delante de los muertos.

¡Lezica! dijo, inclinándose sobre un cadáver y apartando suavemente los sedosos cabellos castaños, que ocultaban un rostro jóven cuya belleza habia respetado la muerte. Lezica! pobre niño que al ver la luz encontraste en torno tuyo el lujo y la riqueza, ¡quién habria dicho á tu madre, cuando te mecia en cuna de oro y seda, que dormirias tu último sueño sobre el árido suelo de un desierto! y cuando besaba tus bellos ojos azules, cuán lejos estaria de imajinar que habian de ser de los buitres!

Varela! esclamó contemplando el rostro yerto é inmóvil de un hombre tendido á corta distancia, y anegado en su sangre, noble vástago de esa familia de cisnes que ha encantado con sus melodías las riberas del Plata. ¡La muerte ha puesto su negro sello entre los laureles de vuestras frentes; porque! hé ahi que mientras el chacal lame tu sangre jenerosa, mientras el tigre devora tu corazon donde ardieron sublimes inspiraciones, el puñal del asesino se prepara en la sombra para sofocar con un solo golpe el canto del poeta y el grito de la libertad del patriota! Ay! ay! y comenzando de nuevo su fúnebre canto, prosiguió su camino.

El terreno por donde se dirijió estaba sembrado de centenares de cadáveres, y regado con arroyos de sangre, que mojaban los piés y el blanco ropaje de aquella fantástica peregrina. Se habria dicho que la espada del ánjel esterminador habia pasado por allí, ó que la mano humana que habia segado la vida de tantos hombres, habria tenido que ejecutar una grande venganza ó redimir una gran falta.

A lo lejos, y al cabo de aquella via sangrienta, rodeado de cadáveres, de fusiles descargados, de lanzas y espadas rotas, yacia el cuerpo de un guerrero, cuyo noble y hermoso rostro conservaba aun despues de la muerte una espresion de amenaza. Aunque todo indicaba que era él quien habia hecho aquel estrago en las filas de sus enemigos, el acero de estos no habia osado acercársele; pues aquel cuerpo esbelto y elegantemente vestido estaba ileso, una sola bala le habia muerto, atravesándole el corazon. Su mano estrechaba aun la guarnicion de su espada, y el viento de la noche hacia ondear sobre su pecho esa terrible divisa roja, que contenia el retrato de Rosas, y la sentencia de muerte de los unitarios.

La estraña viajera se acercaba, paseando su mirada sobre los rostros sangrientos y mutilados de los muertos, y llamándolos con voz lúgubre:

—Mons! Torres! Bustillos!

—Wenceslao! Wenceslao! gritó en un trasporte de gozo insensato, cayendo de rodillas, y abrazando el cadáver del bello guerrero. Héme aquí, amado mio! llego tar-

de: pero es que tú habias dejado tu lecho perfumado de las orillas del Plata, para venir á recostarte en este suelo lejano, abrasado por el sol y mojado con la sangre.

Yo oí tu voz que me llamaba, y las tinieblas que de repente habian envuelto mi intelijencia se disiparon, la mirada de mi alma te mostró recostado en un lecho nupcial, tendiéndome los brazos y gritándome: Isabel! amada mía, esposa mía, vén! Y yo rompí fuertes cadenas que sujetaban mis pies, y caminé largo tiempo guiada por la voz que me llamaba siempre:—Isabel! Isabel! y héme aqui que llego cubierta con el blanco cendal de la desposada para unirme á tí en un abrazo! en un abrazo eterno!....Pero....Oh! Dios!.... su pecho está frio é inmóvil, sus lábios pálidos y yertos, su mirada fija y velada por una sombra siniestra.... ¡¡Ah!! es ese funesto talisman, ese funesto guante negro cuya vista introduce el dolor en el corazon, y cuyo contacto trastornó mi ser.

Y reclinando sobre sus rodillas aquella cabeza inanimada, descubrió con mano presurosa el pecho del cadáver.

—Oh! gritó, señalando una herida profunda, de forma circular y bordes negros. ¡Hé ahí la mano de Manuela Rosas, que le ha destrozado el pecho para robarme su corazon! Héla allí que se acerca para disputármelo todavía, para arrojar otra vez entre él y yo, como un desafío á nuestro amor, ese guante negro que nos separó. ¡Atrás! gritó alzándose, y estendiendo sus brazos sobre el cadáver, ¡atrás! mujer fatal para los que te aman! ¡tu blanco ve-

lo de virjen está salpicado de sangre ¡ sobre tu cabeza está suspendida una nube de lágrimas! Aléjate! continuó adelantándose, como para cerrar el paso á el fantasma que le presentaba su imajinacion, no le toques! porque el puñal de la Mas-horca caerá sobre él. . . . Ah! no, es la sombra de mi padre que vaga jimiendo entre los despojos helados de sus compañeros! Padre mio! no es este el último golpe que la mano de hierro del destino descargará sobre los defensores de la libertad! ¿Vés esos arroyos de sangre que corren por este campo? Asi correrá por largo tiempo en toda la estension de nuestro hermoso suelo. Pero la tierra no puede absorverla! ¿Vés como se eleva al cielo, para hacer descender despues, cual rocio benéfico, la clemencia de Dios? Mira allá, á lo lejos, en los límites del horizonte. . . . ¿No vés un bizarro guerrero que se destaca de las filas del ejército federal? El mundo asombrado le contempla tambien, porque es el héroe que levantará sobre sus hermanos encadenados el estandarte de la libertad; arrojará á la tirania de su trono ensangrentado, y restituirá á la patria su antiguo esplendor y gloria.

Vuelve á dormir en la almohada de paz el sueño de la muerte, mientras mi esposo me estrecha entre sus brazos en nuestro lecho de bodas.

Y el silencio reinó otra vez en el campo; el *pampero* mezcló los perfumes de los aromas con las emanaciones mefíticas de la sangre; los algarrobos dejaron caer sus flores sobre el rostro desfigurado de los cadáveres, y el *coyu-*

yo volvió á comenzar su triste canto . . . . . .

. . . . . .

Es fama que todas las veces que el tirano de Buenos Aires iba á decretar alguna de esas sangrientas ejecuciones, alguna de esas horribles carnicerías que la desolaron, se aparecía en las altas horas de la noche una mujer de aspecto estraño, que cubierta de un largo sudario, y con los cabellos esparcidos al capricho de los vientos, daba vuelta tres veces en derredor de la ciudad, cantando con voz lúgubre las sombrías notas del «*De profundis*.»

GUBI AMAYA.

HISTORIA DE UN SALTEADOR.

I.

UNA OJEADA A LA PATRIA.

Era una tarde ardiente de octubre. El cielo estaba oscurecido hácia el Este por densas y tempestuosas nubes, incesantemente surcadas por el rayo, y abrasado en el ocaso por los fuegos del sol poniente. La electricidad agitaba las hojas de los árboles, que se estremecian produciendo un rumor sordo, semejante al lejano murmullo del mar. El aire era cálido y sofocante. La cigarra oculta en las sinuosidades de los troncos hacia oir su chillido monótono; bandadas de pájaros de todos tamaños y matices, rozando con su ála veloz las copas de los árboles, huian de la tempestad que se acercaba con lúgubre magestad.

¡Cómo espresar lo que pasaba en mi alma, mientras sola y á pié atravesaba el bosque que en otro tiempo me vió pasar entre aquella brillante familia que arrebatada

del suelo natal por la borrasca de un infortunio inaudito, devorada en su flor por la muerte, quedaba ya solo reducida á cinco débiles vástagos, arrojados á inmensas distancias los unos de los otros!

Todas las ideas que pueden atormentar la mente y destrozar el corazon, pesaban sobre mí. Caminaba con la cabeza inclinada sobre el pecho, y absorta en los mas dolorosos pensamientos, cuando alzando los ojos, ví clarear los árboles y conocí que llegaba al límite del bosque, y á la pradera que en forma de anfiteatro rodea la colina en cuya pendiente se eleva nuestra antigua morada.

Detúveme sobrecojida. Mi corazon dió saltos espantosos en mi pecho, y tuve miedo de mi soledad en ese momento supremo, como si fuesen á abrirse ante mí las puertas de la eternidad.

Despues, bajo la influencia de una fascinacion semejante á la que abre nuestros ojos cerrados al aspecto de un objeto doloroso, atravesé corriendo los últimos grupos de árboles....

Mis ojos se fijaron con una mirada profunda de indecible gozo, de indecible dolor, en aquel encantado panorama, que presente incesantemente á mi memoria, se desarrollaba en ese momento ante mí.

En ese mi pequeño universo de otro tiempo, yo sola habia cambiado: todo estaba como en el dia, como en el instante en que lo dejé. Las colinas que costean la pradera por el norte, se estendian siempre verdes, siempre floridas, pobladas de árboles y risueñas, co-

mo en el tiempo que alegre y confiada en el destino las recorria yo saltando. Hácia el sur, el rio seguia impasible y sonoro su límpido curso en el mismo lecho de arena y pintadas piedrecillas. Enfrente de mí, sobre la roca solitaria, alzábanse las ruinas del castillo jesuítico, cuya venerable torre, intacta aún y ennegrecida por los últimos rayos del sol, se dibujaba en el tempestuoso horizonte; y mas abajo, en fin, en el suave declive de una colina, la linda casa que edificó mi padre, y que tambien albergó mi infancia, se mostró á mis ojos, blanca y resplandeciente como en otro tiempo, cuando volviendo del baño me detenia á contemplarla con la distraida mirada del dichoso.

Cada árbol, cada hoja, cada recodo del camino despertaba en mi alma un mundo de dolorosos recuerdos. De este algarrobo que ahora derrama sus flores sobre mi cabeza, habia yo arrebatado un nido de pequeños pajarillos; y despues que hube llorado toda la noche, pensando en el dolor de la madre, me habia levantado al amanecer para restituírselos.

Aquel llano interminable á la vista conduce á Ortega. Allí ibamos con frecuencia; y en esa verde esplanada haciamos correr, caracolear y dar saltos á nuestros caballos alrededor del coche de nuestra madre, de cuyo fondo la oiamos dar gritos de miedo á cada nueva locura, exhortándonos inútilmente á tener juicio, é invitándonos á mis hermanas y á mi á encerrarnos en la insoportable monotonía de su carruaje. ¡Pobre madre! ella no presentia en-

tonces los verdaderos peligros que á lo lejos amenazaban ya á sus hijos; no percibia aún la negra nube de dolores y de lágrimas suspensa sobre esas risueñas cabezas. ¡Cuan misericordioso sois, Dios mio, velándonos el porvenir! Asi, ella gozó largos dias de dicha tranquila sobre las flores que ocultaban el abismo que nos ha devorado.

La tempestad entre tanto habia comenzado á descargar con violencia, envolviendo en su lúgubre velo las colinas y el llano.

Pero ni las anchas gotas de agua que azotaban mi frente, ni la voz poderosa del huracan, ni el terrible estampido del trueno, nada era bastante á arrancar mi alma á su dolorosa contemplacion. De pié é inmóvil, conteniendo con una mano los latidos de mi corazon, y apoyándome con la otra en el antiguo tronco, me habia trasportado en espíritu á los pasados tiempos, cuyas escenas, como reflejadas por un espejo mágico, se presentaban una á una á mi mente contristada. Volvia á ver á mi padre en medio de sus numerosos hijos en esa hermosa galeria, donde agrupados en torno suyo y ocultos entre los pliegues de su capa mirábamos con curiosidad mezclada de terror los torrentes de agua y las columnas de fuego con que las tempestades desgajaban los árboles del bosque. Volvia á oir los gritos de alegria con que saludábamos el primer soplo de viento, el primer rayo de sol que barria las nubes y hacia brillar las gotas de agua pendiente, como los diamantes de una diadema, de las verdes hojas de los árboles. Miraba las carreras y saltos con que cada uno de no-

sotros se apresuraba á acudir al jardin y á los prados, para ver cuantas flores se habian abierto, y si los pajaritos necesitaban de nuestra intervencion para reformar sus nides destruidos por el agua, y cuantos zorros habia matado el rayo.

¡Ah! ¿dónde estaba la brillante juventud que habitaba ese Edem! ¡Tadeo! ¡Pedro! ¡Celestina! ¡Severa! ¡Julian! ¡Antonina! Teresa! que habia sido de vosotros?

Y á cada uno de estos nombres, un eco lúgubre respondia en el fondo de mi corazon: pregúntalo á la tumba.

De todos esos seres llenos de vida, cuyos corazones palpitaban de juventud y de esperanzas á las puertas de un inmenso y halagüeño porvenir, yo sola habia vuelto con el mio desolado á llorar, como el profeta de las lamentaciones sobre las ruinas de lo pasado; y estranjera en la casa paterna que contemplaba, no me quedaba de la herencia de mis padres, ni una piedra en que reposar mi cabeza. Todo habia sido cambiado por el amargo pan de la tierra estranjera.

Una voz áspera y una vigorosa mano que se posó en mi hombro, me volvieron á mi misma. Un hombre de cincuenta años, alto y fuerte, de tez morena y encendida, de cabellos grises, ojos negros y espesas y crecidas cejas, se hallaba á mi lado.

—Caballero, me dijo, engañado por mi vestido—gustais de mojaros, ó quereis hacerme un insulto?

—¡Yo, señor!—respondí asustada con aquel ade-

man de salvaje familiaridad, y sintiendo palpitar mi corazon de mujer bajo las pistolas con que heroicamente habia adornado mi cinto.

—Sí, replicó él, porque á dos cuadras de mi casa os refugiais bajo un árbol, como si estuvierais en los desiertos de la Arabia.

Estas palabras y el acento de aquel hombre me revelaron un español. Era el actual propietario del pais.

Aquella invitacion tan sencilla como benévola, propia del carácter franco y generoso de los hijos de España, produjo en mí una dolorosa impresion. Mi casa, habia dicho él, señalando aquella donde se meció mi cuna. Creí verme de nuevo desheredada, y me pareció que los muros de esa morada me rechazaban diciéndome: Estranjera, vete! no te conocemos.

A mi entrada en la casa, voces suaves y hospitalarias desterraron mis tristes pensamientos. Las señoras de la familia salieron á mi encuentro, y me saludaron dándome la bienvenida con tan amable sencillez; ocupáronse en aliviar mi cansancio con tan tierna solicitud, con tan franca cordialidad, que por un momento dudé si el pasado era un sueño, y si esa familia era la mia.

Ah! solo el proscrito, el enfermo, el huérfano y el peregrino, pueden apreciar lo que hay de noble, generoso y tierno en el alma de mis bellas compatriotas. El poderoso las encuentra soberbias é indomables, porque, como el verjel cerrado del Sagrado Libro, ellas guardan los tesoros de su corazon para el desvalido.

Hijas del Plata, ángeles guardianes de ese Eden sembrado de tumbas, y entregado por tanto tiempo á matanzas espantosas, nada hay comparable á vuestra evangélica caridad, á vuestra sublime abnegacion. Vosotras olvidais vuestros infortunios para consolar á los que sufren; madres y esposas desoladas, sofocais los sollozos de vuestro propio duelo para dirijir suaves palabras de esperanza al prisionero; y aún proscritas y sin hogar, vais sobre los campos de batalla á arrebatar de entre las garras de los buitres al moribundo, cuyas heridas vendais con los velos de vuestro casto seno. Dios os bendiga, y os lo tenga en cuenta para la redencion de nuestra patria desventurada. (1)

Escrito en 1850.

II.

Mis huéspedes, despues de haber provisto á todo lo que yo podia necesitar, me dejaron sola en el departamento destinado á los estranjeros. Todo estaba allí como antes: adornaban sus paredes algunos cuadros de mi hermana, entre los que encontré una obra maestra de mi lapiz, un ángel custodio con el cual yo que no conocia ni una línea en dibujo pretendí igualar el diestro pincel de esta.

Contemplando aquella imájen, admiré el poder de la voluntad, que guiando solo mi mano ignorante, habia dado á la figura de ese númen protector de nuestro lóbrego camino, los contornos aéreos de una belleza misteriosa y triste, y una espresion inefable de melancólica ternura con que parecia sonreir á la pobre peregrina.

Ah! ¡qué diferencia de aquel tiempo al presente! qué diferencia entre la niña de cabellos rubios y mejillas sonrosadas, que charlando turbulentamente hizo ese cuadro y la viajera pálida, fatigada y enferma que ahora lo miraba silenciosa!

Mientras mis ojos y mi pensamiento vagaban de objeto en objeto y de recuerdo en recuerdo, la tempestad habia pasado y bramaba á lo lejos sobre las agrestes cordilleras del oeste.

Acerquéme á la ventana, que se abria sobre la campiña, y vi llegar la noche y alzarse la luna detras la cordillera del Colorado.

Todo era serenidad y silencio en torno de la casa; y solo se oia el lejano mugido de las vacas y el ligero ruido del agua que destilaba gota á gota de los tejados. Una brisa húmeda y cargada de aromas mecía con dulce murmullo los grandes árboles que crecian cerca de la ventana, y sus móviles sombras parecian jugar con los rayos de la luna entre las tinieblas del cuarto.

Los criados, que entraron con luces, rompieron el encanto de aquella escena.

Cuando quedé otra vez sola, salí cerrando cautelosamente la puerta de la habitacion hospitalaria; deslicéme á lo largo de la galeria, descendí la escalinata, y tomé con paso rápido el sendero sombreado de algarrobos que conduce al manantial y á las ruinas.

Mientras caminaba, como si hubiera en mí dos personas diferentes, la una, hija agreste de aquellas selvas, la otra, viajera que de lejanos paises habia venido á contemplarlas, me referia á mi misma la historia de todos esos sitios, que conocia, desde la caverna del tigre hasta el albergue de la gacela, desde el árbol gigantesco hasta la menuda grama. He allí—me decia, para persuadirme

de que todo aquello no era un sueño—he allí los nopales, donde esconden sus crias esas víboras que con sus silbidos remedan pérfidamente el canto de un pájaro para morder con seguridad la mano incauta, que deseando apoderarse del ave, se deslice en la cavidad de los troncos. Hé aquí las cuevas de los zorros; mas allá está el barranco de los chacales. En la copa de ese nogal me refugié una vez huyendo de un enorme toro que imprudente llamé con un pañuelo rojo, y que me sitió la mitad de un dia, pegado al tronco, cavando el suelo y mugiendo con rábia.. Y ese gemido lastimero que se eleva de lo mas profundo de los bosques? Ah! Es el canto del pacui, ave nocturna tan uraña que nadie la vió jamás y solo es conocida por su canto, y por la fantástica leyenda que de ella se refiere.

Dos pastores de los bosques, Pascual y Maria, se amaron; y desde ese momento, siempre juntos, apacentaron deliciosamente sus rebaños y su amor en los floridos prados y las intrincadas selvas; y no hubo en toda la comarca seres tan felices como ellos.

Pero Pascual era celoso, y le hacia sombra aún la de un alcornoque.

Un dia, al acercarse á su amada, que descansaba á orilla de una fuente, creyó oir el ruido de una persona que huia.

Quizá era un siervo que bajó á apagar su sed. Mas Pascual tornóse sombrío y taciturno, y miró á su querida con una mirada estrañamente profunda, cual si quisiera

alcanzar al fondo de su alma. ¿Qué leyó en ella? Los ojos de un amante son muy certeros!

Pascual llevó á Maria al centro de un apartado bosque, y la hizo ver en la cima de un árbol de prodigiosa elevacion, una flor colosal como él y maravillosamente bella. Sus anchos pétalos tenian todos los colores del prisma, y el sol hacia brillar como estrellas las gotas de rocio que la noche habia depositado en su ancho cáliz.

Maria adoraba las flores; y dando un grito de admiracion se abalanzó al árbol y lo escaló. Al tocar la cima cogió con ávida mano el codiciado tesoro. Pero la hermosa flor, desprendiéndose sin esfuerzo de una liana que la sugetaba, se deshizo entre los dedos de la jóven, convirtiéndose en mil florecillas reunidas por una mano engañosa.

Maria creyó que su amante habia querido divertirse con su decepcion, ó probar su agilidad, y envió á Pascual una mirada y una sonrisa. Pero esta sonrisa se heló en sus lábios, y su mirada atónita se fijó con espanto en el árbol que la sostenia, de cuyo elevadísimo tronco habian desaparecido todas las ramas que la ayudaron á subir, presentando una superficie lisa y aterradora. Llamó á Pascual, y solo le respondieron los ecos, repitiendo ese nombre como una satánica burla.

La desdichada lloró toda la noche, pronunciando entre sollozos el nombre de su amante. Pero cuando los primeros rayos de la aurora vinieron á iluminar los bosques, encontraron el árbol desierto. Maria habia

desaparecido. Desde entonces, al tender la noche su triste manto, se oye siempre la voz doliente de la jóven que canta un nombre.

—¡Jesus María! va á pasar el puente!—esclamó una voz al mismo tiempo que yo ponia el pié en el madero que servia para atravesar el manantial: miré hacia abajo y vi á una negra vieja que llenaba su cántaro, y que dejándolo en la orilla del agua, subia donde yo me hallaba. Acercóseme con esa solicitud benévola, casi maternal que las ancianas de su raza tienen por la juventud, y poniendo su mano en mi hombro, me dijo, mirando con recelo en torno suyo:

—Si tiene V. intencion de ir á las ruinas, desista V. de ello, en nombre del cielo!

—¿Por qué, pues?

—¡Cómo! ¿no lo sabe V?

—¡Yo no!

—¿No sabe V. que Él—é hizo una cruz en su boca—que Él ronda las ruinas del castillo todas las noches?

—Y ¿quién es Él?

La negra hizo un gesto de espanto, y acercándose mas á mí—Un.... un brujo!—dijo con acento de terror. Ah! caballero, si estima V. en algo su vida, no vaya V. allá.

Y santiguándose medrosamente, la negra alzó su cántaro y se marchó.

III.

El terror de la pobre negra me hizo sonreir. La historia de su brujo, era, sin duda, una de las mil espantosas consejas que con respecto al castillo saben las gentes de la comarca, y que yo, cuando lo habitaba con mi familia, antes que el soplo devastador de la guerra civil lo convirtiera en ruinas, habia oido referir á las viejas, en las noches de luna, bajo los árboles de las vecinas cabañas.

Aquel castillo era una construccion jesuítica, una de esas fortalezas que, disfrazadas con el humilde nombre de Reducciones, levantó la Órden de Loyola en los últimos tiempos de su reinado. Despues de su espulsion, el castillo con las riquezas que encerraba y la ancha estension de terreno á él anexa, fueron confiscados; y mientras sus dueños, como barridos por los cuatro vientos, los *situados* llevaban á España el oro que ellos habian amontonado en esos baluartes de su poder en América.

Sin embargo, un anciano contemporáneo de aquellos acontecimientos, que habia pertenecido, de niño, á la servidumbre de los jesuitas, y que vivia aun, pegado

como una antigua mata de yedra á los muros del castillo, cuando oía hablar de la confiscacion, movia la cabeza sonriendo con socarroneria; y mezclando los delirios de la decrepitud á alguna realidad que recordaba, formaba de todo esto una estraña historia que referia á los niños y á los criados.

Los jesuitas de aquella congregacion—decia él—algunas horas antes de su espulsion, habian sido avisados. Entónces celebraron un consejo secreto, como todos los actos de la vida de esos hijos del misterio. Al salir del consejo cerraron todas las puertas del segundo recinto, habitado solo por ellos; y cuando las abrieron, y los criados entraron para servir la cena, encontraron el patio inundado de vino, y la bodega que contenia grandes cubas de este licor, completamente vacia.

Nadie supo nunca lo que hicieron de aquellas cubas; pero, añadia el viejo, con su misteriosa sonrisa, nadie tampoco, escepto los *padres* sabian hácia donde estan situados los subterráneos del castillo.

Y al llegar aquí, dando rienda suelta á su chochez, comenzaba á divagar absurdamente, y decia:

—Asi, mientras los nuevos poseedores del castillo duermen tranquilos bajo la llave de sus puertas cerradas, los *padres*, sus legítimos dueños—porque todo aquello que ha vendido la *Patria* es robado—los padres, sus legítimos dueños, vienen de dos en dos como antes; atraviesan el cementerio tan silenciosamente, que ni aun con la orla de sus largas sotanas, tocan siquiera la margaritas

y pasionarias que lo cubren; dan en la grande puerta tres golpes simbólicos; y á esta señal, él Reverendo General de la Orden, que duerme hace dos siglos bajo su epitafio en el presbiterio, levanta lentamente la hoja de mármol que lo oculta, ó mas bien la hace girar sobre algun gozne del otro mundo, y va á abrir, con ademan solemne, la puerta de la iglesia á los vivos, que, precedidos por él, descienden uno tras otro al sepulcro donde permanecen hasta el amanecer. Pero antes que el lucero palidezca en el horizonte, vuelven, siempre de dos en dos; y el muerto, despues de cerrar la puerta, se vuelve á su tumba.

Cada vez que el viejo, acurrucado en la cocina, y estendiendo sus trémulas manos sobre el fuego contaba esta historia, el entusiasmo de la codicia se apoderaba de los criados, y á la mañana siguiente, en todos los rincones del castillo resonaban fuertes golpes de pison aplicados al suelo y á las paredes en busca de la puerta que debia conducir á los subterráneos, es decir, á las deseadas cubas, y al oro que las llenaba.

Mi padre puso fin á estas investigaciones, prohibiéndolas severamente.

Amaba el castillo no solo por sus tradiciones, sino por la pintoresca situacion que ocupaba, en la cima de una elevada peña, dominando el mas delicioso paisaje que han contemplado mis ojos. Asi, sin hacer en él ninguna innovacion, lo cuidaba esmeradamente; y al comprar al Estado esta hermosa posesion, esperaba reposar allí

de las fatigas de la guerra de la independencia. Pero Dios no lo quiso asi. El castillo yacia allí en ruinas; la tierras pertenecian á un estraño, y el viejo veterano no vió amanecer para él un solo dia de reposo, hasta aquel en que descendió á descansar eternamente en el sepulcro bajo un cielo estranjero.

Meditando asi, habia subido sin apercibirme de ello la rápida pendiente de la roca, y me hallé de repente á la puerta del cementerio.

Allí reposaban seres que yo habia amado y llorado. El rayo arjentado de la luna alumbraba sus tumbas tranquilas y blancas como lechos de verano.

Aquí duerme Urbana, aquella niña á quien su padre en la agonía me confió, á mí, que niña como ella, la acogí en mi cuna, de donde voló al cielo. Allí está Manuel, el hermoso niño de mi hermana, que murió de pesar, porque su nodriza lo abandonó. Mas allá está el sepulcro de Enrica, la bella y despiadada coqueta, á quien Dios, en un dia, volvió todos los tormentos con que ella se habia complacido en torturar á otros durante su vida. Sí, porque llegó un momento en que el amor que ella habia parodiado para engañar á tantos, se despertó en su corazon, y entonces ya no fué coqueta: volvióse tímida y desconfió del poder de su belleza. Y á fé que tenia razon; porque aquel á quien ella amó, y que la adoraba cuando uncido á su yugo gemia entre la turba de sus rivales, la rechazó con desprecio desde el momento que fué digna de ser amada.

Aquel hombre era bueno, compasivo y generoso; mas por una estraña inconsecuencia, se complacia en despedazar sin piedad el corazon que lo amaba, buscando para herirlo sus fibras mas sensibles con la infernal destreza de un verdugo. Pero aquel pobre corazon, infatigable en su amor fatal, se apegaba cada vez mas al ser que lo rechazaba. A cada nueva decepcion, á cada nueva herida, retrocedia gimiendo; pero luego lo olvidaba todo, besaba sonriendo la mano que lo heria y volvia á seguir su camino de dolor.

Yo era entonces una niña; y cuando á favor de la négligente confianza que inspira esa edad pude sondear las tinieblas en que se hundió aquella alma, y contemplé con la medrosa admiracion de la infancia las tempestades que la devastaron, esas terribles y para mí incomprensibles escenas, esos trances del amor que se obstina en vivir en un corazon donde quieren matarlo, tendia en derredor una mirada inquieta, preguntándome que podia causar tan espantosos estragos en la existencia de esa jóven, hermosa, rica, amada y mimada de todos.

Despues, cuando los años y el dolor trajeron las borrascas á mi cielo, y cambiaron en gemidos los alegres cantos de la infancia, la imájen de esa mujer apareció en mi memoria. Víla como tantas veces la habia contemplado, pálida, trémula, palpitante, con sus negros cabellos esparcidos sobre sus hombros; y en la amarga sonrisa que contraia sus lábios, parecia decirme: Héme aquí ya tranquila! la almohada en que reposo no tiene insomnios

ni pesadillas. Pero tú, que conoces ahora el secreto de mi dolor, dí, ¿no es cierto que es horrible el decir: soy jóven, soy bella, tengo una alma llena de poesía, puedo dar y recibir torrentes de amor y de felicidad; y sin embargo, la desesperacion habita en mi seno, y yo la siento devorar mi corazon?

En otro tiempo, cuando venia á visitar estas tumbas, lloraba mucho; habria querido que mis sollozos despertaran á Urbana, á Manuel y á Enrica; pero ahora envidié su inmovilidad y su eterno silencio; y aun con el poder de volverlos á la vida, les habria dicho: ¡dormid en paz!

Dejé el cementerio, y atravesando la iglesia, cuya bóveda se habia desplomado, me interné en aquella inmensa masa de ruinas.

IV.

Profundo silencio reinaba en contorno mio, silencio solo interrumpido por el lejano gemido del *coyuyo* y el susurro del viento de la noche entre las mutiladas arcadas, y la crecida yerba del cementerio. La luna de lo alto del cielo enviaba su luz pálida é incierta, como la mirada de un moribundo, sobre aquella escena de desolacion, dándole prestigios tan fantásticos, que exaltada mi imaginacion, comencé á dudar si yo misma no era una sombra que dejando un momento el lecho de la tumba, venia favorecida por las tinieblas á visitar el sitio de su cuna. Pero los latidos de mi corazon me volvieron luego á mi misma, haciéndome sentir que aun pertenecia toda á esta tierra de lágrimas, en la que cada hora trae consigo un dolor, y cada objeto que contemplamos el recuerdo de una felicidad desvanecida.

Me acerqué á la torre, que blanca y magestuosa, se alzaba entre el grupo de edificios abatidos; y sentándome á la sombra, *aquella antigua amiga que habia quedado sola en medio de las ruinas*, lloré como *Chactas* sobre la destruida y solitaria morada de mis padres.

Cuánto tiempo permanecí allí inmóvil, y con el pensamiento abismado en lo pasado, lo ignoro.

Los pasos de un caballo disiparon bruscamente mi profundo letargo.

Un ginete de estatura atlética se habia detenido delante de mí.

Aquel hombre estaba envuelto, á manera de manto, en un gran *poncho,* cuyos anchos y fantásticos pliegues descendian hasta sus pies, calzados de enormes espuelas.

Ocultaba sus facciones una inmensa barba gris que descansaba en su pecho. Un sombrero exageradamente pequeño dejaba enteramente descubierta su larga y rizada cabellera. Su mano izquierda llevaba con distraccion la brida de su fogoso caballo, y la derecha se apoyaba en el mango de un largo puñal.

En cualquiera otro momento, al ver á tal hora y entre las ruinas aquella sombría figura, muda é inmóvil tan cerca de mí, habria tenido un miedo horrible; pero las fuertes emociones que entonces agitaban mi alma, me hacian inaccesible á todo temor.

Miréle fijamente, é iba á preguntarle qué buscaba en aquel lugar á esa hora avanzada de la noche, cuando de aquella masa prodigiosa de barbas salió una voz fuerte y cavernosa, arrebatándome la pregunta.

—Soy un viajero—le respodí—y visito estas ruinas.

—Y no os han dicho que estas ruinas son durante la noche mi propiedad? ¿no os han hablado, señor forastero, de Miguel el Domador?

Al oir este nombre, mi mano ahogó un grito que iba á exhalarse de mi pecho. Miguel el Domador! Tenia delante de mí, sin que mi corazon lo hubiese reconocido, sin que el suyo lo presintiera, al amigo de mi infancia, á un hombre que habia consagrado su vida y su alma á mis hermanos y á mí, con un afecto inmenso, infatigable, cual no se encuentra en la raza humana. La memoria de aquel fiel servidor jamás se habia separado de nuestro corazon, y en nuestras pláticas del destierro, el nombre de Miguel era repetido incesantemente. Recordábamosle como un ser tutelar, cuya misteriosa y protectora adhesion echábamos de ménos con amargura.

Lágrimas de alegria y de dolor ahogaban mi voz; pero él, atribuyendo mi silencio á un ataque de miedo, procuró tranquilizarme tendiéndome su mano y un cigarro, signo de alianza entre aquellos hombres sencillos y leales.

—Amiguito—me dijo con acento triste—tranquilizaos. Miguel vale mas que su fama; gusto de hallar solitarios estos sitios durante la noche para evocar fantasmas, como dicen allá abajo—añadió desdeñosamente, y mostrando sus blanquísimos dientes. ¡Cierto!—prosiguió—fantasmas queridos á mi corazon vienen á visitarme en estos muros destruidos, y me sonrien tristemente, recordándome dias que están ya lejos, muy lejos. Mas, pues os hallais aquí, quedad; pues, ¡cosa estraña! Miguel, que durante quince años ha anegado su corazon para impedir el llanto á sus ojos, y cuyos lábios no han

dejado escapar un ¡ ay ! siente en este momento una inmensa necesidad de quejarse.

Y desmontándose del caballo vino á sentarse á mi lado en un trozo de columna.

Largo rato permaneció silencioso, con el codo apoyado en la rodilla y la mano perdida entre su barba.

Yo tambien callaba. Mis miradas vagaban de la imponente figura de mi amigo, al espectáculo solemne que la naturaleza presentaba en aquella hora. La brisa de la noche traia á mis oidos el sordo murmullo del rio como un éco lejano del tiempo pasado, de aquel tiempo en que ese Miguel que estaba á mi lado sin reconocerme, venia por la noche á ver á sus niños, y despues de habernos abrazado y repartídonos las flores, la miel y los pájaros que nos traia, decia algunas veces para hacernos desistir de nuestro empeño en detenerlo:

«Es necesario que parta; de lo contrario, se ahogaria mi caballo. ¿No ois que el ruido del rio ha disminuido? Es porque está de avenida. La luna va á ocultarse, y no podria hallar el vado.»

Los mismos objetos que entónces, se alzaban en torno nuestro. Nos rodeaban las mismas colinas, mirábamos elevarse en el horizonte las mismas montañas: sobre nuestras cabezas centellaban con igual fulgor los astros de la noche; la misma brisa tibia y perfumada acariciaba nuestra frente, trayendo á nuestro oido los lejanos rumores de los bosques. La escena era la misma, pero los actores eran solo dos ahora; y al representar el desenlace

del lúgubre drama, el hombre fuerte y el risueño niño llegaban ya encorvados, el uno bajo el peso de los años, el otro bajo la garra del dolor.

V.

Miguel, como todos sus compatriotas, al hacer cualquiera narracion, comenzó la suya con una pregunta.

—Señor—me dijo—si, separado del trato humano por una vida criminal, rechazado y maldecido de todos, encontrais un hombre que, arrancándoos al estado miserable en que yaciais, os rehabilitara con su estimacion, os consolara con su amistad, asilándoos bajo su propio techo, y confiándoos la guarda de sus hijos; y cuando os hubiereis acostumbrado á esa existencia de paz, de honradez y de dicha, os arrebataran de repente ese amigo, esa familia, ese asilo, dejándoos solo y aislado como antes, ¿qué hariais?

—Lloraria mucho, y echaria siempre de menos á ese amigo y mi perdida ventura; pero me resignaria á la voluntad de Dios, que es dueño de nuestra felicidad y de su duracion.

—Habeis hablado como una mujer, señor—dijo

Miguel, midiéndome con una mirada desdeñosa. Resignarse, teniendo aquí—y señaló su pecho—teniendo aquí un corazon que pide venganza, y dos brazos fuertes que pueden ejecutarla! Niño, la resignacion es la virtud de los cobardes. Dios dice—Ayúdate y te ayudaré. Tened presente esto, que os servirá de mucho en el porvenir.

En cuanto á mí, yo no me resigné. Mi amigo estaba muerto, sus hijos espatriados, yo perseguido; pero mi ánimo no desmayó. Busqué á su enemigo, logré acercarme á él, y algunas horas despues, una inmensa multitud reunida en torno de un cadáver, contemplaba con espanto la profunda brecha que la bala de mi fusil habia hecho en su corazon.

—¡Lo asesinasteis!

—Lo maté lealmente, señor. Miguel no ha asesinado á nadie, gracias á aquel que duerme en la tumba, y que convirtió en Miguel el honrado á ..... al infame Gubi Amaya.

—¡Gubi Amaya!—esclamé yo, evocando con terror un formidable recuerdo, y pareciéndome que la figura de Miguel crecia y tomaba á mi vista proporciones horribles.

—Sí:—replicó él, con triste y solemne acento—yo fuí ese bandido de terrible memoria: este hombre que ha mecido la cuna de los niños, y velado su dulce sueño era en otro tiempo el terror de las comarcas y la pesadilla de la *justicia*.—¿Veis ese cementerio?—prosiguió él tendien-

[illegible] al lugar de eterno reposo—Mi puñal ha [illegible] [illegible].

Pero antes de que se [illegible] la segunda parte de la [illegible] [illegible] la primera.

VI.

HISTORIA DE UN SALTEADOR.

Miguel recorrió con una mirada sombría el inmenso horizonte, como buscando allí algun doloroso recuerdo de su pasado. Despues, sonriendo con una espresion tan amarga y terrible que me dió miedo, acercóse mas á mi y continuó:

Vosotros, los que haceis las leyes, señor forastero, los que habeis formulado la pena que condena el crímen á la muerte, no habeis, antes de sancionarla, pensado en las causas que pueden llevar al hombre á ese fatal estremo. Cuando el fiscal os refiere la historia de un delincuente, presente y encadenado ante vuestros tribunales, y que de allí lo enviais al matadero, os contentais con decir: nació malvado.

¡Ah! por dicha de la humanidad, y para gloria de Dios que la formó, eso no es cierto. El bien y el mal

existen en nosotros, y desde la infancia los tenemos delante cual dos caminos igualmente desconocidos. Nosotros no elegimos: el destino decide, y trae circunstancias felices ó fatales que nos arrojan en el uno ó en el otro. He aquí un ejemplo.

Veis en el flanco de aquella cordillera esa montaña cortada verticalmente desde su cima, y cuyo inmenso despeñadero blanquea á la luz de la luna como las cúpulas de una ciudad fantástica? A su pié, y en medio de una deliciosa cañada sombreada de verjeles, alzábase en otro tiempo una cabaña solitaria, y visitada solo por la paz y la virtud. Habitábanla una anciana y un jóven.

La anciana habia empleado su vida entera en amar á Dios y á su hijo.

El jóven amó exclusivamente á su madre, hasta el dia que esta lo dejó para volver al cielo.

El jóven quedó solo, y este fué su primer pesar. Mas los pesares de la juventud son como las nubes de la tarde: dóralos el sol de la esperanza, dándoles prestigios májicos que nos hacen amar el dolor.

El jóven, sin cesar de llorar á su madre, pedia con todo el anhelo de un alma ardiente, un ser á quien amar; y un dia encontró un hombre amenazado de muerte. Arrojóse ante el peligro que amagaba á ese hombre, y lo salvó.

Tuvo ya pues un amigo.

Pero luego, sintiendo que en su corazon habia un santuario vacío, tendió en torno suyo una mirada, bus-

cando el ídolo que debia llenarlo; y sus ojos se encontraron con los de una mujer.

¡Natalia!—esclamó Miguel, con acento apasionado. ¡Natalia! continuó, con voz sombria—¡Natalia!—repitió, en un largo sollozo que despedazó su pecho—¡Ah! ¿porqué apareciste á mis ojos tan hermosa y pura, si habias de caer del etéreo pedestal donde yo te adoraba, al cieno de las mujeres vulgares? por qué me hiciste soñar una perfeccion que no se hallaba en la tierra? Miguel apoyó la frente en su mano, y se hundió en dolorosa meditacion...

—¡Ah! ¡ah!—dije yo, procurando atraer su atencion, y dar á aquella historia un colorido menos lúgubre, pues sin saber por qué tenia miedo—¡ah!—erais vos el habitante de la cabaña y el amante de Natalia?—Sí:—respondió—ese hijo sumiso y tierno, ese amante que idolatró en la belleza material la belleza que viene del alma, era yo. ¡Ah!—continuó él fijando una mirada en mi rostro, y engañado por mi disfraz—vos sois todavia muy niño para comprender la vehemencia del primer amor en una alma fuerte, ardiente y pura.

Natalia pertenecia á una familia ilustre. Su padre era un hombre poderoso, cuyo orgullo habria encontrado criminal la mirada que un plebeyo osara alzar sobre la frente de su hija; y sin embargo, yo la amé; y aunque todo parecia separarnos, el amor que ardia en mi corazon era inmenso, y debia comunicarse al suyo. Ella me amó....

Me amó? ¡Ah! en la duda que ha consumido mi alma como el fuego del infierno, he repetido largo tiempo esta demanda insensata á todas las fuerzas de la creacion. Me amó?

¡Sí! necesito creerlo, porque esa certeza es el único rayo que ilumina mi alma en la lobreguez de sus recuerdos. Sí, me amaba entónces. ¿Por qué descendia de su dorado palacio para ir á buscarme en el fondo de los bosques, desafiando los temores de la noche y de la soledad? ¿qué decian esas largas y profundas miradas que ella detenia sobre mi frente, en mis ojos, en mis lábios, reclinada la cabeza en mi seno, y su pecho sobre mis rodillas? qué esas castas pero ardientes caricias, cuyo recuerdo hace estremecer mi corazon, aun ahora, bajo el hielo de los años?

Sí, me amaba; y en la embriaguez de ese amor, lo olvidé todo, el mundo, la memoria de mi madre, y.... á Dios mismo. Ella era mi universo, mi cielo, mi Dios. Cuan brillantes eran mis dias, iluminados por su recuerdo! cuan hermosas las noches, que la traian á mis brazos!

Hablando así, la voz de Miguel vibraba armoniosa y jóven; la huella de los años desapareció de su frente, que se alzó orgullosa y radiante, cual si reflejara todavia el sol de esos dias de amor que evocaba.

Y yo, inclinada ante él contemplaba con admiracion aquel hombre con afectos tan profundos, y dotado sin embargo de tan heróica serenidad. Habria deseado

que fuese un estraño, para sondear con la fria mirada del filósofo los pavorosos abismos de esa alma.

De repente el semblante de Miguel se oscureció; un fulgor sombrío iluminó su mirada, sus labios se contrajeron con una risa sarcástica, y remedándose á sí mismo, se puso á repetir con amarga burla sus propias palabras.

—Ella era mi universo, mi cielo, mi Dios! ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Y el eco de aquella risa resonó lúgubre y siniestro entre las ruinas. Y él continuó:

—Una noche que mi corazon ajitado por una estraña inquietud, la llamaba con mas ansia que nunca, Natalia no vino. La luna, asomando sobre la cima de los árboles en la mitad de su carrera, me encontró solo todavia.

¡Ha muerto!—me dije—¿qué sino la muerte la retendría lejos de mí? No ha venido á buscarme en el delirio de la fiebre, entre los torbellinos del huracan, y los relámpagos de las tempestades? ¡Natalia ha muerto!

Y agitado de invencible terror, lancéme hácia la suntuosa morada que ella habitaba.

El palacio estaba iluminado; y yo creí ver en cada una de esas luces, lúgubres cirios que ardian en torno de su ataud.

Ofuscado por aquella estraña alucinacion, atravesé, corriendo como un loco las praderas, salvé con pié lijero los altos setos, y bañadas las sienes de un sudor helado, con la vista estraviada y herizados los cabellos, llegué al pié de una de las ventanas que derramaban torrentes de

luz en las tinieblas del campo. Alcéme por entre las doradas rejas, y dejé caer en el interior mi ansiosa mirada.

¡Ah! ¡ah! ¡ah!—y su risa era sarcástica, aguda y fria como una espada de dos filos.—¡Ah! ¡ah! ¡ah! Aquella mujer que iba á buscarme, desafiando el huracan y los lampos fragorosos de las tormentas; aquella mujer que pasaba las noches recostada en mi seno, embriagándome con sus caricias; la que yo creia muerta, estaba allí, bella, fresca, risueña, coronada de rosas, en medio de un brillante círculo. A su lado se encontraba un hombre á aquien ella daba la mano, jurando amarlo siempre. Delante de ellos un sacerdote bendecia ese juramento.

Miguel se interrumpió; fijó en mi una larga mirada, y me dijo con su tenebrosa sonrisa:

No me preguntais quien era ese hombre? Era aquel que me llamaba su amigo, aquel á quien yo habia salvado la vida.

Al escuchar la historia de esa espantosa traicion, recuerdos dolorosos se alzaron en mi alma palpitantes y desgarradores.

Yo tambien habia despertado un dia á la luz de una terrible realidad; las manos heladas por la muerte que calenté en mi seno habian despedazado mi corazon; y en ese momento sentí sus heridas abrirse otra vez y verter sangre.

Miguel notó mi emocion.

—¡Pobre niño!—dijo—¡llora! ¿Será de compasion por ese corazon traicionado, ó de terror por el castigo

de los culpables? Tranquilizaos, su crímen quedó impune. ¡Oh! no confieis jamás vuestra venganza á la cólera, porque no la cumplirá. En el momento que la reja de hierro se torció y deshizo entre mis crispadas manos, en el momento que acariciando la hoja de mi puñal, me lanzaba á devolver herida por herida, muerte por muerte, una ola de sangre inundó mi pecho, ahogó en mi garganta un grito de rabia, cegó mis ojos, y me derribó sin sentido.

Cuando volví en mí, la vision fatal habia desaparecido. Era ya de dia; los tintes rosados de la aurora coloreaban el cielo; una brisa fresca y perfumada mecia los tallos de las flores, y las cornizas del muro. El palacio estaba silencioso, y á lo lejos, en el camino real, una brillante comitiva marchaba rápidamente, enviando al aire gozosas aclamaciones.

Alcéme furioso, y pálido, trémulo, con los puños apretados, eché á correr tras el alegre convoy.

¿Qué queria yo? Lo ignoro. Estaba loco y corria, siempre gritando con voz ronca y ahogada por una rabia insensata—¡Natalia! ¡Natalia!

Muy pronto alcancé el carruaje, y deslizándome entre el numeroso acompañamiento, abalanzéme á la portezuela y quise abrirla. El esposo de Natalia se interpuso entónces entre ella y yo; y cogiendo de su cinto una pistola la descargó en mi pecho.

El golpe fué certero, y yo cai exánime en medio del camino.

Nada sentí ya, sino una ardiente oleada que bañó mi cuerpo, y paralizó los latidos de mi corazon.

Ignoro cuanto tiempo permanecí allí, tendido en tierra, anegado en mi propia sangre, entre la vida y la muerte. Al través de la doble sombra que oscurecia mis ojos y mi mente, veía las aves de rapiña cerniéndose sobre mi cabeza, en vertiginosos círculos, y mi oido entorpecido, percibia, sin embargo, los siniestros graznidos con que celebraban mi agonía.

Llegó la noche y su frescura me reanimó: sobre mis lábios secos por la fiebre, habíanse detenido algunas gotas de rocio que aspiré con ánsia, devorado de sed.

Alcéme trabajosamente en el lago de sangre en que yacia, y arrastrándome sobre las rodillas, con una mano apoyada en tierra y la otra en mi herida, llegué hasta el pié de un árbol, al borde del camino, donde caí de nuevo, falto de fuerzas para ir adelante.

Allí, la memoria, que me habia abandonado, vino de repente á asaltarme con su espantoso séquito de recuerdos. Quise refugiarme en el fondo de mi corazon, y solo hallé en él un monton de ruinas. Amor, fé, esperanza, ¡ todo destruido ! y un mar de dolor entrechocaba sus amargas olas en las tinieblas de mi alma. Y entregado á los trasportes de una rábia impotente, lloré; y mis lágrimas eran gotas de fuego que quemaban mis mejillas, y mis gemidos rugidos espantosos á que respondieron los tigres desde el fondo de las florestas. Y rasgando con las uñas la herida que bandeaba mi pecho, arrojé mi

sangre á la faz del cielo con horribles imprecaciones, y abismado en aquel estraño paraxismo, pasé horas tan largas como los siglos amontonados en la eternidad de los réprobos.

De repente, un ruido sordo, insólito, aterrador, estalló en las entrañas de la tierra, llenó los ámbitos del espacio del Oriente á Occidente, y acalló todas las voces de la creacion. La tierra se estremeció con horribles sacudimientos; los árboles azotaron el suelo con sus altas copas; el aire se impregnó de mefíticos vapores; los abismos se abrieron, y de su seno se escaparon raudales de agua hirviente y torbellinos de llama; y la montaña dividiéndose desde la altura de su cima hasta la profundidad de su base, cayó deshecha como una muralla, cubriéndolo todo con su inmensa mole.

Las aves del cielo, ahuyentadas de sus nidos, revoloteaban con vuelo incierto en el espacio; y las bestias feroces, escapándose de bajo los desmoronados peñascos de sus cavernas, ahullaban, mezcladas confusamente en la llanura.

Y de toda esa multitud de seres que elevaban sus voces pidiendo misericordia, solo aquel que poco antes yacia allí, poseido de rabioso dolor, se alzó tranquilo, sereno; y llevando en el lábio una sonrisa impia, guió sus pasos hácia los lugares testigos de su pasada ventura.... Pero al llegar á la cañada, encontré solo un vasto monton de peñascos. La cabaña y el palacio, sus prados y sus jardines, todo habia desaparecido.

A esa vista, un regocijo infernal estremeció mi corazon. El trastorno de la naturaleza habia borrado en la tierra la huella del pasado: yo quise que el crímen la borrara tambien de mi alma.

Con los brazos cruzados sobre mi pecho ensangrentado, abrazé con una mirada la vasta ruina, y reí con carcajadas lúgubres que repitieron, cual voces de la eternidad, los ecos del inmenso despeñadero.

Y sentado sobre los escombros de la montaña, como Luzbel en su caida, llamé al *mal*, y me puse á soñar en él.

Mientras estaba allí inmóvil y entregado á horrendos pensamientos, una tropa de hombres de salvaje aspecto, montados en lijeros caballos, estrañamente vestidos, y aun mas estrañamente armados, invadieron aquel paraje, y se arrojaron sobre las ruinas como una bandada de aves de rapiña, procurando con insensatos esfuerzos levantar los amontonados despojos del cataclismo.

Hallábame tan absorto en mis pensamientos que tardé mucho tiempo en comprender la intencion de aquellos hombres; pero cuando creí adivinarla, cuando vi que querian desenterrar para robarlo, el palacio cuyas aplastadas bóvedas pisaba yo con tan rencoroso placer, fuíme al encuentro de aquel que parecia el jefe de aquella banda, y cruzé con él mi puñal.

Era un hombre de aventajada estatura, de atezado color y miembros hercúleos, que al ver mi actitud amenazante se puso á contemplarme con irónica risa. Pero

muy luego conoció que el jóven de quien se burlaba estaba animado por una fuerza infernal, cuando en medio al círculo formado por las sinientras figuras de sus compañeros, comenzamos una lucha espantosa. Su sarcástica risa se convirtió entonces en rugidos de rábia, ahogados pronto en el estertor de la agonía. Mi puñal habia atravesado su pecho, y yacia á mis pies.

A la vista de su jefe muerto, los bandidos se inclinaron ante mí poseidos de temerosa admiracion.

—¿Quién era este hombre?—pregunté.

—Nuestro capitan.

—¿Cómo se llamaba?

—Gubi Amaya, el terror de Tucuman. Habíanos traido para asaltar las haciendas de la vecina frontera.

¡Gubi Amaya! Al nombre de este bandido célebre en aquella época, la luz de un diabólico pensamiento alumbró mi mente.

El bien me ha abandonado— me dije—y ha aquí el mal que viene á mí; consagrémonos á su culto; encarnémonos en él, y de hoy mas seamos inseparables.

Y volviéndome á la desalmada tropa,

—¿Quereis ver reemplazado á vuestro jefe?— pregunté.

—Sí—exclamaron unánimes—con tal que lo sea por tí.

—Y bien—grité, tendiendo hácia ellos el brazo armado del sangriento puñal—en nombre del poder destructor que acaba de asolar la tierra, juro engrandecer el

nombre de Gubi Amaya y dejar muy atrás sus mas espantosas hazañas. Aun mas: para sellar este juramento, quiero un bautismo solemne que me dé este nombre.—

Los bandidos exhalaron un ahullido de gozo que repitió el eco formidable de la montaña; y sobre el cadáver de su jefe, cogiendo la sangre que brotaba á torrentes de su herida, la derramaron sobre mi frente, y me bautizaron en nombre de la violencia, del robo y del homicidio.

Desde ese dia, y durante dos años llevé una vida de horrores y de exterminio. Jamás perdoné; y aquellos que tuvieron la desgracia de encontrarse en mi camino, nunca pudieron referirlo. Celoso de mi venganza, no combatia con mi banda sino cuando era asaltadò: cuando yo era el agresor mi brazo solo bastaba; y mis compañeros sabian que en estos encuentros debian ellos reducirse á simples testigos. Muchos perecieron á mis manos por haber infringido esta consigna.

Asi, si hubo ferocidad en la guerra que juré à la humanidad, jamás hubo cobardia....

¡Una vez, sin embargo!....

Y la voz del bandido tornose trémula y la sombra del remordimiento oscureció su frente.

—Una vez!.... Era un dia de primavera, uno de esos dias en que el alma se abre á la dicha ó al dolor con pasmosa avidez. Yo estaba solo. Acostado á los piés de mi caballo bajo un grupo de sáuces á la vera de un sendero solitario, pensaba en los dias de mi pasada existencia. Las cálidas emanaciones de los prados traian al co-

razon en ondas de perfumes el recuerdo de su extinguida ventura. Una imájen amada y aborrecida, la imájen de la dicha, vagaba en torno mio, ora mezclándose al susurro del viento, al gorgeo de las aves, al estremecimiento de las hojas, ora sonriendo en cada una de las flores que se mecian al blando soplo de la brisa; mientras mi cuerpo yacia inmóvil, en mi alma ardia un mundo de tumultuosas sensaciones. En el aire, en la tierra, entre el follaje de las frondas habia murmullos, palpitaciones, suspiros misteriosos; la dulce savia que circulaba en la naturaleza discurrió por mis venas; un profundo enternecimiento invadió mi corazon por vez primera despues de mucho tiempo: pensé en mi infancia, en mi madre, en Dios; tuve horror de mi vida presente, deploré los dias perdidos en el culto del mal, y el alma encenagada en el crimen sintió de repente sed de amor.

De súbito oi una voz dulce y melodiosa que cantaba á lo lejos una tierna endecha; y á poco, al fin del sendero, apareció una jóven vestida de blanco y cubierta con un velo que el viento rizaba en torno suyo como una azulada niebla. Caminaba lentamente con los brazos caidos y los ojos fijos en el cielo. Parecia absorta en algun dulce pensamiento, y todo su ser respiraba ternura, abandono, pasion.

Al verla, mi corazon se estremeció cual solia estremecerse en otro tiempo, cuando la felicidad lo habitaba.

Bondad divina! —exclamé—me envías en esta mujer un ángel de redencion?

[illegible]

[illegible] para ella.

[illegible] no la desconocen.

[illegible] fija [illegible] en mi amiliar [illegible] en este mismo [illegible] que habe [illegible] en mi nombre [illegible] y [illegible] y en este [illegible] recuerdos de ese [illegible]

[illegible] mi alma te ima- [illegible] en sus celes- [illegible] en el que era codi- [illegible]

[illegible] como una cerrada [illegible]

[illegible] la memoria de la perdida [illegible] en ese mas- [illegible] que mataron mi alma se [illegible] a mirada en el [illegible] alma que te [illegible] de tu [illegible]

[illegible] a aquella mujer, y

abrí su pecho y la arranqué el corazon, y lo arrojé palpitante á un buitre que asentado cerca de allí esperaba una presa, llenando despues el sangriento vacio con todo el oro que llevaba conmigo....

Y la voz de aquel hombre, vacilante y trémula al comenzar la narracion del espantoso episodio, se precipitaba ahora como un torrente, y vibraba con una melodía terrible.

Tres veces engañado por el bien—continuó él, cuando su exaltacion se hubo calmado—juré no creerlo, y me hundí de nuevo, pero mas profundamente que nunca en el crímen: asolé las comarcas, incendié las poblaciones, é hice intransitables los caminos.

Las gentes de la justicia me perseguian con actividad; pero yo me burlaba de ellos y ayudado de la pasmosa velocidad de nuestros caballos robados á las mejores crias de las vecinas provincias, desaparecia cuando me creian ya en sus manos, é iba á mostrarme instantáneamente á largas distancias acompañado de mi temible bando y llevando conmigo la muerte y el estrago.

Así, no tardó mucho en mezclarse la supersticion al espanto que inspiraba mi nombre. Creyóseme un ser sobrenatural enviado por el infierno; y en las veladas de las cabañas hablábase de Gubi Amaya en voz baja y con profundo terror.

Un dia hallábame apostado sobre un camino en los bosques de la *Ciénega*. Era el nueve de Noviembre—añadió él, alzando la frente con un ademan solemne, y

enviando al cielo una mirada vaga que parecia perderse en los recuerdos de aquel lejano dia.

El sol iba á ponerse, mi banda me esperaba á tres leguas de distancia, y ya me disponia á retirarme, cuando sentí el ruido que hacia entre las ramas el peso de gente que se acercaba; y á poco ví aparecer un hombre montado en un caballo magnífico que codicié desde luego, y me propuse conquistar en el momento.

Salté al medio del camino y grité con fuerza: Alto !—

A esta voz, el ginete, que caminaba distraido levantó la cabeza, y nuestras miradas se cruzaron.

—Tú eres Gubi Amaya—exclamó él—al fin te encuentro, malvado.—

Y se arrojó sobre mí, no con la cólera del agresor que ataca sino con la serenidad enérgica del juez que sentencia.

Habia en el semblante y en la voz de aquel hombre, jóven aun, algo tan imponente y majestuoso que, ¡ cosa estraña ! yo el salteador desalmado, que habia matado al miedo y hecho pacto con el arrojo, sentíme la única vez de mi vida, helado de temor, y eché á huir por el bosque con toda la velocidad de mi caballo.

El me seguia de cerca; pero menos habituado que yo á la carrera entre las intrincadas asperezas de las selvas, llevaba gran desventaja, á pesar de la flexible lijereza de su corcel.

Habiamos llegado así á un corto escampado en medio del bosque, donde mi perseguidor haciendo dar un

poderoso bote á su caballo, creyó seguro el alcanzarme.

Yo preví su intento; y *sentando* de pronto el mio hice un cuarto de conversion á la derecha, é iba ya á internarme de nuevo en el bosque, cuando mi enemigo llevando de repente la mano al bolsillo de su gaban, cogió un puñado de onzas y me lo arrojó á la cabeza con prodigiosa fuerza, gritándome con su voz sonora y aterrante: *¡Infame! querias oro? Pues toma oro!* . . .

Esas palabras mas aun que el horroroso golpe que abrió mi sien, me hicieron caer exánime en tierra, porque eran las mismas que yo habia pronunciado al ejecutar la sola accion cobarde que marcaba los crímenes de mi vida; palabras que ahora llegaban á mi oido fatídicas y solemnes, cual si las pronunciara la mística trompeta del juicio.

Al través del sincope que embargó mis facultades sentia yo la tremenda mano que me habia derribado, convertida en instrumento de salud pasar suave y caritativa sobre mis miembros magullados, restañando la sangre que brotaba de mi herida con la destreza de un facultativo y la solicitud de un hermano.

Pero luego hízose mi letargo tan profundo que ya nada sentí, sino un movimiento brusco y continuo que sacudia mi cuerpo, y el dolor que este movimiento causaba en mi herida.

Cuando volví en mí estaba acostado sobre una cama en un cuarto débilmente alumbrado por una lámpara, á cuya luz un hombre leia con la frente apoyada en su ma-

no. Dábame la espalda; sin embargo lo reconocí: era él.

A un suspiro que se escapó de mi pecho, aquel hombre se volvió y viéndome despierto, se levantó, cogió una taza que tenia á su lado, y acercándose á mí hízome beber una pocion refrigerante. Consultó en seguida mi pulso, y arreglando las almohadas y la posicion de mi cabeza, volvió á continuar su vela y su lectura.

Qué diré á V? Así continuó cuidando de mi durante los siete dias que tardó en cerrar mi herida. Al octavo habiéndome ayudado á vestir hízome sentar en un sillon; sentóse él á mi lado, y fijando en mí una mirada grave y triste,

—Te sientes, me dijo—con fuerza bastante para escucharme y responderme?

No la tenia, porque aquel hombre egercia sobre mí una estraña fascinacion; y desde que caí en poder suyo estaba temiendo ese momento. Sin embargo, mi orgullo se rebelaba contra esa misteriosa influencia: quise vencerla: y apartando mis ojos de la severa mirada que me contemplaba:

—Es inútil—respondí—gastar el tiempo en palabras: nada tienes que saber de mí: mis hechos están escritos por todas partes, y te los dirán las casas incendiadas, los talados campos, y las numerosas cruces que se alzan al borde de los caminos. Maté, robé, destruí; me hallo á la merced de tu voluntad. Y bien, qué te resta hacer? Claro está! enviarme al patíbulo.

—Sí:—repuso él—mataste, robaste, destruiste, é hi-

ciste del estrago la huella de tus pasos, cual un tigre carnicero; pero yo sé que hay en el fondo de tu alma una voz que en vano has querido ahogar, desdichado; una voz que habla mas alto que tu sed de sangre y tu ansia de oro. Atrévete á negar que la oyes á todas horas: en el silencio de la noche, entre el tumulto del pillaje y en los gemidos de tus víctimas.

—Sí:—interrumpí yo con vehemencia—hay una voz que clama sin cesar en mi alma; que se mezcla al silbido del viento nocturno, y al tumulto del pillaje y á los gemidos de mis víctimas; voz de una herida profunda y sangrienta, abierta por la mano humana ¿Sabes lo que me dice?—¡Venganza! venganza!

¡Ah! te has constituido mi juez y quieres interrogarme? Pues escucha, y á tu vez osa decir que no habrias hecho otro tanto en lugar mio!—Y yo que un momento antes rehusaba responderle, arrastrado por el irresistible ascendiente de aquel hombre, le revelé el drama entero de mi vida.

Escuchóme grave y silencioso; y en seguida me habló así:

—Casi al mismo tiempo que tú comencé yo á abrir mis ojos á la vida y el corazon á la esperanza. Tu soñabas la dicha en el amor, yo en la ciencia. Amábala con pasion, y niño aún, consagrele todos los momentos de mi existencia. Hijo de un rico negociante, la fortuna de mi padre me franqueó las puertas de las universidades, donde bebí á plena copa las delicias del saber humano; el

cielo y la tierra me abrieron el tesoro de sus misterios, y yo comenzaba á saborear esa existencia de fruicion infinita que hace de la vida del sábio un extasis eterno. ¡Quién sabe hasta donde me hubiera elevado en la luminosa region donde mi alma se cernia entre los astros! . . .

Un dia sinembargo fué necesario arrancar la mente á esa beatífica vision para volver al fango de la vida vulgar.

Mi padre, envuelto en la fraudulenta quiebra de un socio, vió desaparecer en un dia su inmensa fortuna, y murió de pesar. Su numerosa familia, víctima de los acreedores, fué arrojada á la calle y sus bienes puestos en pública subasta.

A esta fatal nueva, desvaneciéronse mis dorados ensueños: la voz severa del deber me ordenó renunciar á ellos para correr al socorro de los mios.

Pedí, y obtuve un plazo para redimir el honor de mi padre y el bienestar de mi familia, abandoné las investigaciones del geólogo y el telescopio del astrónomo para empuñar la azada del agricultor; confinéme en un desierto, labré la tierra, fertilicé los campos, recibí inmensas invernadas, crié numerosos ganados, y en dos años pagué todas las deudas que grababan la memoria de mi padre, y restablecí el esplendor de mi familia.

La revolucion americana vino á ofrecerme un nuevo campo en la carrera del bien. Unido á la falanje de los libres salvé mil veces de su venganza á nuestros antiguos opresores; y otras tantas despues de haberles servido de es-

cudo, hube de perecer víctima de su perfidia...

Un dia—fué esto en los tiempos de la revolucion, cuando Liniers, con un cuerpo de tropas marchaba sobre las provincias del sur, un hombre cubierto de polvo y pálido de fatiga y de terror entró de repente en mi casa y vino á caer á mis piés.

¡Salvadme!—exclamó— El virey con todos los suyos ha sido hecho prisionero en su marcha, y se halla en poder de los insurjentes que no lo perdonarán. Yo soy el tesorero de la expedicion: logré fugar á favor de las tinieblas, pero me siguen de cerca, y muy luego llegarán aquí para reclamarme. Poseo una inmensa fortuna que tengo depositada en Potosí. Este documento lo acredita, tomadlo, haceos dueño de ella, y libradme del patíbulo que me espera.

Apenas tuve tiempo de rechazar el papel en que aquel hombre me ofrecía su fortuna, cuando la casa fué cercada por un destacamento, cuyo jefe me pidió la entrega del prisionero. Dí en lugar suyo una carta en la que ofrecía por él mi garantía á la Junta Gubernativa de Buenos Aires.

Aquella misma noche, dándole un pasaporte y un guia seguro lo hice huir al Perú.

Vé en paz con tu fortuna usurpada—le dije al despedirle—y acuérdate que quien te ha dado hoy la vida es el hijo de aquel á quien tú se la quitaste con tu infame banca-rota.

Aquel hombre era el asesino de mi padre: la fortuna

que me ofrecia por precio de su vil existencia era la fortuna que le habia robado.

He aquí una ante otra, tu vida y la mia: caminos antípodas, sembrados, el uno de monumentos, el otro de ruinas. Mira cuanto has destruido tú y cuanto yo he reedificado! La honra de mi padre, la opulencia y la dicha de los mios, y hasta la felicidad y el bienestar de la familia de ese hombre que habia hundido á mi padre en el sepulcro.

Dios ha premiado mis obras, y me ha dado una esposa digna de mi. Daráme hijos y seré completamente feliz.

En cuanto á tí, conjúrote en nombre de lo único bueno que ha quedado en tu alma: la lealtad, que me digas si es posible que el arrepentimiento entre en tu alma. Sino, hoy te daré la libertad porque eres mi huesped; pero mañana iré á buscarte hasta las entrañas de la tierra para entregarte al brazo de la justicia.

Dios es testigo de que no fué el temor sino el arrepentimiento, que las palabras de aquel hombre hicieron nacer en mi corazon, lo que me hizo caer á sus piés, y exclamar golpeando mi pecho:

¡Pequé! perdon! misericordia!

Imposible seria pintar la espresion de santa alegria con que brilló en ese momento el noble semblante de ese hombre. Alzóme con bondad, me abrazó llamándome su hermano y me ofreció su amistad.

—¡Ah!—dije yo entónces como Cain—tu me has

perdonado en nombre de Dios; pero los otros?....Me mirarán con horror!

—Nadie sabrá quien eres—respondió él—tu secreto quedará entre Dios y yo. Gubi Amaya ha muerto, y tu eres Miguel. Todo lo he previsto; ó si nó mira. . . .

Abrió la puerta y me hizo ver el lugar en que nos hallábamos.

Era Gualiama, *puesto* desierto donde estábamos solos él y yo.

A estas palabras recordé con espanto que aquella terrible historia referida á un estranjero era para mí un secreto que sorprendia traidoramente á favor de un disfraz, secreto que mi padre habia guardado y llevado consigo á la tumba.

Parecióme que iba á oir su voz alzarse de entre las ruinas para acusarme de impiedad.

Tuve miedo y abrazando las rodillas de Miguel esclamé.

—¡Perdon!

—¿Quién eres?—dijo.

—¿No me conoces ya, Miguel?

—Nó!—respondió él estrañamente conmovido con el eco de mi voz, y fijando en mí una ansiosa mirada.

—Has olvidado al mas rubio de los niños que tanto amábas?

—¡Mi niña Emma!—esclamó con un gemido profundo. Y arrojándose á mí, alzóme en sus robustos brazos á la altura de su rostro para contemplar el mio.

—Mi niña Emma!—repitió dejándome en tierra.

Y reclinando el rostro sobre mi cabeza, lloró amargamente.

Despues, tomándome por los hombros me alejó para mirarme.

—Si—dijo—eres mi niña! Mas porque se han tornado negros tus rubios cabellos? por qué se ha vuelto triste tu risueño semblante?

Hablando así, se sobresaltó de repente, y mirando en torno:

—¿Y los otros?—dijo mas que con la voz, con la espresion de su mirada.—Donde están tus hermanos?

Yo incliné la cabeza y guardé silencio.

Debió comprenderme; porque alejándose de mí fué á apoyarse en una columna desmoronada cubriéndose la cabeza con los largos pliegues de su poncho.

¡Lloraba!

En el silencio de la noche llegaban á mí oido de vez en cuando murmullos lúgubres: eran sus sollozos. ¡Ah! él no sabia que de esos niños á quienes amó tanto, los mas felices eran los que *yacian en paz!* . . . .

El caballo de Miguel pareció inquietarse por la prolongada ausencia de su dueño y lo llamó con fuertes relinchos.

A la voz de este amigo, Miguel alzó lentamente la cabeza; y viniendo hácia mí:

—Mi compañero se impacienta—me dijo—y quiere volver á la *Banda.*

Este no es el *Lobuno*—añadió suspirando—pero es bueno, fuerte y corredor cual ninguno. Mira esa estampa sino!

Y me mostraba á lo lejos su magnífico y bien enjaezado corcel de color cebruno oscuro, larga crin y finísimo jarrete. La luna hacia brillar anchas medallas de plata en su freno y su pretal.

—Sin embargo, yo echo de menos al otro, á mi Lobuno! El pobre tuvo menos resistencia que yo. Cuando vió que por la noche en vez de vadear el rio para venir á *Sala* lo llevaba á batir á los federales, y que á las alegres voces de los niños sucedieron los disparos del fusil y los roncos gritos de aquellos diablos, no pudo ir mas lejos: murió de pena.

Este viene tambien todas las noches; pero no hay quien lo acaricie; y solo oye el grito del buho que llora en lo alto de la torre.

Y mirando al cielo.

—Ya es tarde—dijo, cual solia decir en otro tiempo. Las *tres Marias* y el *Crucero* se van á ocultar, y no habrás olvidado que es hora de retirarse.

Vámonos á nuestra casa.

Que dulces fueron á mi corazon esas dos últimas palabras! Hacia tanto tiempo que no las habia oido decir! hacia tanto tiempo que yo no tenia casa, y que el hogar paterno se habia convertido en un monton de cenizas!

De súbito, en lo alto de un monton de escombros, las

fantásticas siluetas de dos ginetes se dibujaron negras sobre el azul profundo del cielo.

Aquellos aéreos paseantes dirigieron en derredor una mirada inquieta, y creyéndose solos echáronse á tierra y se arrojaron sobre el caballo de Miguel que relinchó con angustia agitándose entre las trabas de su *manea*.

Verlos, enroscar su poncho en torno á la mano derecha, blandir el puñal con la izquierda y cargar sobre ellos, fué la accion de un momento para Miguel, que se eclipsó completamente, apareciendo en lugar suyo el terrible Gubi Amaya en toda su sombría grandeza.

Los ladrones, que se habian preparado á sostener su encuentro, cuando vieron enderezarse aquella hercúlea figura, y sus airados ojos brillar en la sombra como carbunclos, retrocedieron aterrorizados; y saltando en sus caballos con pasmosa agilidad, huyeron gritando:

—¡El brujo! el brujo!

Miguel, arrancándole la manea, saltó á su vez sobre su veloz Sebruno y se arrojó tras ellos con la rapidez del pensamiento; y los tres ginetes desaparecieron en las sombras como un misterioso torbellino, dejándome inmóvil de sorpresa y terror.

Cuando volví de mi estupor, la luna comenzaba á palidecer á los primeros rayos del alba. Hallábame sola, sentada en el trozo de columna donde Miguel me habia referido su tenebrosa historia; el rocio de la noche mojaba mis cabellos, y en torno mio no habia ni la mas ligera huella de las estrañas escenas que pasaron á mis ojos.

Habrialas creido un desvario de la mente si la imponente figura de Miguel, destacándose en poderoso relieve, no viniese á imprimir en ellas el sello de la realidad.

[illegible]

[illegible] mi

[illegible] señala el

[illegible] una

muelle embriaguez. Bandadas de *charatas* cantaban respondiéndose bajo la espresa fronda; y en torno de los inmensos corrales que se estendian á espaldas de la casa mugian centenares de vacas en busca de sus crias encerradas en los *chiqueros* de la quesería. A lo lejos los camperos corriendo entre los bosques en pos del ganado entonaban con su magnífica voz las endechas que ellos improvisan con ardiente inspiracion. El ligero temblor con que hacen vibrar la nota es uno de los encantos de aquellas patéticas melodías.

De vuelta á la casa, encontré en ella nuevos huéspedes. Un viejo militar acompañado de su hija y á quien esperaban desde la víspera habia llegado en la noche. Era un coronel, antiguo compañero de San Martin, uno de los pocos valientes que volvieron de esa inmortal cruzada que hizo libres á Chile y al Perú.

Su hija era un ángel de belleza. Llamábase Azucena. Blanca, blonda y *cenceña* tenia en sus celestes ojos, asi como en toda su persona, algo aéreo, sobrenatural, que oprimió mi corazon al contemplarla, cual un triste presentimiento. ¡Ah! no me engañaba. Azucena se encontraba atacada de esa enfermedad inexorable que se ceba con preferencia en la juventud y la belleza; que camina lenta como la lava de los volcanes, pero que alcanza y devora con inflexible seguridad.

Nacida en las orillas del Plata, Azucena pidió en vano á sus perfumadas brisas alivio á su dolencia. Los médicos la habian ordenado respirar los aires del Norte; y su

padre que oyó hablar del magnífico clima de M.... la trajo allí alentado por la esperanza á que se aferraba su alma. Cuanto habria dado el pobre padre por transmitir al pecho de su hija los torrentes de vida que respiraba el suyo ancho y fuerte.

En cuanto á ella, risueña y contenta solo pensaba en divertirse. Desde que me vió se vino á mí sonriendo con malicia; y cuando mis huéspedes me presentaron con mi nombre masculino, echó sus brazos en torno de mi cuello y me besó diciéndome—Dios te guarde, Emma. . . nuel— Desde ese momento fuimos inseparables. La llevaba sobre mis hombros á pasear bajo los *mistolares*; mi mano ordeñaba el vaso de leche que le llevaba á la cama, y en la mesa no comia sino aquello que yo le cortaba. Pero ¡ ay ! mis cuidados y los de su padre iban á estrellarse impotentes á los pies de ese terrible ángel de álas negras que se llama Tisis !

Durante el dia Rosalba se encontraba bien: el cálido viento Sur que reina en nuestros llanos mientras el sol está sobre el horizonte, vigorizaba su pecho. Pero desde que llegaba la noche, desde que los vapores de la montaña descendian á las praderas y que el rocío comenzaba á liquidarse entre los gramadales, la pobre niña sentia venir el fatal ahogo que la atormentaba, y corria de un lado á otro, angustiado el semblante y las sienes latentes, en busca del aire que faltaba á sus pulmones aniquilados por la inexorable enfermedad.

El coronel pasaba las noches paseándola en sus bra-

zos á lo largo de la galeria y solo asi podia ella respirar con libertad. Reclinada la cabeza en el seno de su padre Rosalba dormia largas horas, abandonándole el peso de su cuerpo con ese confiado egoismo que tanto amamos en nuestros hijos.

Yo acompañaba siempre al coronel en aquellas veladas. Sentada en un taburete al estremo de la galeria, escuchábalo referir las aventuras de su larga vida, épicas leyendas que en el prestigioso lenguaje del veterano parecian pinceladas de fuego en el fondo tenebroso de la noche. Aquel anciano alto, seco, imponente, llevando en sus brazos á una niña blanca, vaporosa, frájil, cuyos largos cabellos blondos se mezclaban con los suyos canos y lo enlazaban como la yedra al añoso tronco, aquella voz que yéndose hablaba á lo lejos de hombres y de sucesos ya olvidados, sumergian mi mente en un estraño desvarío: parecíame ver el fantasma del pasado elevando en sus brazos la sombra del porvenir.

Un dia que Rosalba sufria mas que nunca, vínome al pensamiento aconsejar al coronel que la llevara á las aguas termales del Rosario.

Mi idea habria parecido absurda á quien ignorase las propiedades maravillosas de esas aguas célebres en nuestro pais. Son una panacea universal que cura todo, desde la lepra hasta la fiebre, la apoplegía, la hidropesía, la gota y las enfermedades pulmonares.

Solo el atraso que una larga guerra civil mantiene entre nosotros, puede esplicar la poca atencion que se dá

á la necesidad de caminos y posadas en ese importante lugar, verdadero santuario de la salud.

Numerosas caravanas van allí de todos los puntos de la república á probar la eficacia de las aguas. Allí el lazarino, el cataléptico, el paralítico, ven desvanecerse su horrible mal; y enfermos deshauciados por la ciencia y traidos moribundos en camillas desde largas distancias, recobran la vida y la salud en aquella agua milagrosa.

Brota en raudal hirviente entre las sinuosidades de un peñasco al pie del cerro de *Fuente de Plata*; derrámase en un cauce rápido cortado por anchos pozos destinados al baño, y córre entre las selvas ennegreciendo las piedras y los árboles, y señalando su paso con una larga cinta de vapores que disminuyen en densidad á medida que las aguas se enfrian bajo la húmeda sombra de los bosques, hasta perderse en el rio de Orcones.

El coronel acogiò mi receta con una esclamacion de gozo, y Rosalba se arrojó en mis brazos, sin que la arredrara mi blusa de garzon.

—Quizá!—esclamó; y la mirada radiante que acompañó esta palabra encerraba fé y esperanza.

Hicimos de prisa nuestros preparativos.

El coronel ensilló los caballos; yo y la criada de Rosalba cargamos en un carro todo lo que esta llamaba su regalo; alfombras, cojines, perfumeros; en fin, un equipaje de princesa oriental; y aquel mismo dia á la caida de la tarde nos despedimos de nuestros buenos huéspedes y partimos llevándonos á las dos niñas de la casa, frescas y

turbulentas muchachas que corrian siempre á vanguardia haciendo resonar los bosques con alegres risas, y arrastrando en su trisca infantil á la pálida enferma, que parecia una romántica ilusion entre aquellas dos robustas realidades.

Eran las seis. El sol se habia puesto, y la luna comenzaba á blanquear sobre la florida grama de los campos. Habiamos vadeado el rio y marchábamos costeando la playa por un sendero pedregoso que mataba de impaciencia á las niñas precisadas á sujetar sus cabalgaduras al insoportable vaiven del paso llano

Nuestro guia, viejo redomado, verdadero hijo del polear, de piel bronceada y ojo de buitre, marchaba delante en su potro gateado, provisto de enormes espuelas y sonoros guardamontes, cuyo ruido espantaba al ganado que pacia entorno. Antiguo habitante del *pago* sabia de memoria la historia de aquellos sitios, que referia en su pintoresco lenguaje mejor que el mas aventajado cronista, poniendo muchas veces por testigo á su caballo de la exactitud de su aserto.

Jeñor, pasemos pronto este tuscal; es un paraje *pesado*: deslinda las tierras de dos hermanos ya finados; hermanos que se querian mucho pero que eran caudillos de partidos enemigos: el uno unitario, el otro federal. Vaya *ujté* á ver eso jeñor! Asi cuando se *juntaban* á solas se abrazaban y lloraban. . . .digo, lloraba el uno; que el otro era muy hombre y se tragaba las lágrimas. Pero si se encontraban á la cabeza de sus partidas, Dios nos guarde!

se *trenzaban* hasta dejar la tierra *coloreando*. *Allicito* hay todavia un monton de huesos donde penan. La otra noche no mas *jeñor*, se enderezó de ahí un *pantasma* que me dejó tiritando. Mi *gateao* puede decir si no dió una *tendida* de media legua que me hizo perder la *manea* y tres chapas del pretal.

—Cuidado, amigo Contreras—le dijo Rosalba riendo—que si no derribó á usted aquella tendida lo derribe esa *bola*.

—¡Naá! La niña no creé en pantasmas! Como la pusiera en Esteco por una noche de cuarto menguante para que viera salir de esos escombros tan horribles *apariencias* que se le cuajara el alma.

—¡Esteco! y dónde es eso?—preguntó Rosalba haciéndome una seña.

—Allicito, niña, en la cabecera de aquel cerro al otro lado del rio. ¿No ha oido usted hablar de esa ciudad de gentes tan soberbias que solo querian vistir de oro y plata y tan crueles que asaban á sus esclavos? Pues allí estaba; y de aquí habriamos oido el ruido de sus jaranas que diz que duraban meses; porque esa gente no tenia necesidad de trabajar: en lo alto del cerro tenian minas de oro en barra que cortaban á cincel. Pero, jeñor, *si Dios consiente no es para siempre;* y una noche *como quien no hace la cosa*, la tierra se los tragó.

Ni uno solo volvió á aparacer jamás; pero sí sus vajillas de oro y collares de diamantes, que las *avenidas* arrastran al fondo de los barrancos. Yo he hallado muchas

veces anillos de piedras verdes y platos que brillaban como el sol; pero nunca quise recogerlos, y los arrojé á lo lejos para que no tentasen á un cristiano esas prendas malditas de Dios. Cierto, jeñor! Ahi esta mi gateao que estuvo presente, y no me dejará mentir.

Y Contreras acentuaba gravemente su apelacion, seguro de que el pobre gateado no habia de decir—esta boca es mia.

Entretanto la noche adelantaba. El viento habia caido y solo de vez en cuando una brisa tibia y cargada del aroma embriagante del heliotropo venia á morir en los jarales de la playa.

Yo iba al lado de Rosalba que hacia rato guardaba profundo silencio. Oíla suspirar muchas veces, y aspirar con ansia el aire cálido de la noche. Parecia oprimida, inquieta, y se volvia con frecuencia para mirar á su padre que se habia detenido á encender su mechero para nuestras compañeras que fumaban. De súbito, apartando bruscamente mi mano que se apoyaba en el cuello de su caballo, Rosalba alzó la brida, y haciéndolo saltar sobre las altas yerbas lo echó adelante y se alejó en una carrera desesperada.

Seguíla de cerca, apesar de la gran desventaja que me daba la velocidad prodigiosa de su cabalgadura.

Despues de haber corrido una hora por los oscuros senderos de un *sevilar*, Rosalba se detuvo al fin en el fondo de una cañada cubiérta de sombra y de salvajes

perfumes. Estaba en estremo pálida, y sin embargo sonreía.

—Confiesa al menos, Emmanuel—me dijo, dando una carcajada que vibró como el canto de una ave en la atmósfera sonora de la noche—confiesa que por esta vez te asustaste. Perdon! Tú no sabias que cuando el ahogo viene, mi mejor remedio es la carrera. Sí: huyo de mi feroz enemigo y lo dejo á larga distancia, dijo, volviendo el rostro con una mueca burlona cual si desafiara en efecto la saña de un adversario.

—Qué bello paraje!—continuó ella paseando una mirada en torno—qué soledad! qué frescura! ¿Sientes esta suave corriente de aire que ensancha el pulmon? ¡Qué bien se respira aquí. Mira las ruinas de ese rancho. Cuan felices serian los que vivieron bajo su techo de cañas, á la sombra de esos algarrobos que en la primavera derramarian sobre ellos sus nevadas flores!....

Pero ¿qué tienes, Emmanuel? pareces preocupado, sueñas,... qué sé yo!.. pero de seguro, tu alma está lejos.

Sí, lejos estaba mi alma, lejos. Vagaba en los espacios del pasado; reconocía esa cañada, esos árboles, ese rancho. Allí habia estado yo otra vez, en una noche de luna como aquella.

Un dia, mi hermano y yo, contrariados en casa, resolvimos solemnemente retirarnos del mundo é ir en romeria á Jerusalem para de allí pasar al desierto, y á semejanza de San Gerónimo y Santa Paula, hacernos

ermitaños. Aunque santa Paula solo tenia ocho años y San Gerónimo seis, no tardaron una hora en ejecutar su proyecto. Unas buenas mujeres habian venido trayendo miel y patay para nuestra madre. Nosotros nos apoderamos de sus caballos, y cabalgando con devoto recogimiento, partimos á trote largo y nos internamos en la selva.

Todo fué á maravilla mientras el sol hilaba sus alegres rayos entre la fronda. Pero el dia comenzó á declinar y nosotros á conocer que Jerusalem estaba mas lejos que lo que habiamos imaginado, y nuestros piadosos designios se convirtieron en miedo, y nuestra ascética sobriedad en una hambre que habria sido inmensa si no la embotara una sed devoradora. Llorábamos, y nos espantábamos uno á otro con gritos de terror. Y la noche adelantaba y nosotros nos internábamos mas y mas en la profunda selva.

En uno de esos momentos en que el terror nos dejaba silenciosos, oimos á lo lejos los ladridos de un perro. Comenzamos á alegrarnos y dimos voces pidiendo socorro, cuando á poco, un espantoso rugido hizo estremecer el bosque dejándonos mudos de horror. [No podiamos equivocarnos: era el tigre: solo de sus tremendas fauces podia salir ese bramido. Sin embargo, nuestros caballos marchaban tranquilos, cual si no le hubieran oido.

Nuestros lamentos comenzaron de nuevo, y el rujido se repitió mas terrible; pero entonces percibimos una voz que gritaba á distancia.

—Antolin! Antolin! muchacho! válgame Dios! Te envio á llamar á esas criaturas y te diviertes asustándolas! Por aquí, niños, por aquí.

Y los árboles clarearon, y divisamos en el fondo de la cañada el techo pajizo de un rancho; y al lado del fuego que ardia en el guarda-patio, una mujer vestida de blanco que nos hacia señas con el estremo de su rebozo azul.

Vimos entonces venir á nuestro encuentro un rapazuelo de catorce á diez y seis años, verdadera estampa de bandido—ojo avizor, mirada impudente y sonrisa desvergonzada.

Saltó con la ajilidad de un gato á la grupa del caballo de mi hermano, cojió la brida, y guió hácia la casa, donde abrumados de cansancio caimos en los brazos de la mujer, que se acercó á desmontarnos.

Nuestra huéspeda, viéndome con los lábios secos y la lengua pegada al paladar, entró un momento á la casa volviendo luego con dos anchas copas formadas con las cáscaras del huevo de avestruz y llenas de *aloja* de algarroba. Hízonos acostar al lado del fuego en dos bancos de madera, y en seguida ensillando un caballo que pacia maneado allí cerca, echó á la grupa á su hijo por miedo de que nos hiciera alguna mala pasada, y tomó el camino que nosotros habiamos traido. Iba á delatar en casa nuestra edificante cruzada y hacer que vinieran en busca de los asendereados peregrinos.

Mi madre la despidió cargada de regalos, y siempre

que hablaba de aquella mujer era con profundo reconocimiento.

Cuatro años despues, en 1831, cuando la frontera del Sur se levantó en masa contra el gobierno constitucional; cuando los sublevados, entregándose al mas feroz vandalaje, paseaban por todas partes el robo, la muerte y el incendio, y que mi padre, armado de la ley marcial que habia votado el poder lejislativo, fué enviado con fuerzas contra ellos, presentáronle un dia, despues de una sangrienta refriega, á uno de los caudillos de la sublevacion, que despues de una resistencia desesperada habia sido hecho prisionero. Era este un famoso asesino que se habia señalado en aquel motin por el refinamiento de sus crueldades. Llevaba por nombre de guerra el *Carneador*—nombre que añadia una sombra mas á las que oscurecian su historia. Los crímenes de que era reo y la ley marcial, lo condenaban sin apelacion; y mi padre, que á pesar de su severidad en el cumplimiento del deber, habia encontrado efugios para salvar á muchos de aquellos ilusos, nada pudo en favor de aquel hombre, por mas que le interesara su estrema juventud. Tuvo pues que abandonarlo á la suerte funesta que le aguardaba en algunos momentos, y se retiró deplorando el fatal error que nos induce á cimentar con sangre el edificio social.

De repente una mujer pálida y trémula, se precipitó en la tienda gritando— ¡Hijo mio! ¡Antolin! Y divisando á mi padre iba á arrojarse en sus brazos, cuando

[illegible]

[illegible]

[illegible]

provisiones, y era esperada con suma impaciencia.

Vémosla venir en fin. Montaba un potro bayo, y corria como una endiablada, apartando con la mano las ramas de los árboles, llevándolas en pos suyo largo trecho, y soltándolas con locas carcajadas. Traía á la grupa un costal repleto que dejó caer en tierra antes de llegar al campamento, y deslizándose ella misma de la silla, corrió al encuentro de la colonia que salió en masa á recibirla con gritos de alegría. Abrazó á todos, mujeres y hombres; dijo á cada uno aquello que le habia encargado averiguar; dióles noticia de todo—del cura, de los vecinos del pueblo, de las fiestas, del paso de las dilijencias por el camino real. Y volviéndose á las jóvenes, añadió, haciendo sigilosos ademanes—Ahí viene un italiano *bello e mesto come un trovatore*; pero mudo, hijas mias como un topo. Lo alcancé en la bajada del rio; y aunque hice lo increible porque hablara, solo pude saber de él, que venía de Tucuman y viajaba por donde lo llevaba el paso de su caballo.

Yo miraba á aquella mujer y no podía creer á mis ojos. Era María Montenegro, amiga y contemporánea de mi madre, y sin embargo, bella y jóven todavía como cuando tenia veinte años. Y no obstante, María no habia sido feliz: grandes desgracias habian caido sobre ella y el porvenir se le mostraba señudo, pero era un alma valerosa que sabia sonreir al dolor, y este se habia deslizado por su frente sin dejar huella alguna en su tersa frescura.

Cuánto deseaba yo abrazarla y decirla mi nombre; pero me era forzoso permanecer incógnita, y solo Azucena y su padre debian conocer su secreto !

Otra sorpresa me esperaba todavia.—Miguel estaba allí. Habia alcanzado á los ladrones; se habia apoderado de ellos y conducídolos al Rosario, donde los entregó al alcalde. Allí encontró á algunas señoras de la colonia de los baños, Estas le rogaron que las acompañara, y se hallaba allí hacia dias, muy á gusto de las jóvenes, á quienes custodiaba en sus correrias, y por la noche las servia de tenedor de las prendas en los juegos de la velada. Ese dia había ido en busca de lechihuanas, y cuando regresó por la tarde, cargado como en otro tiempo, de miel y de flores, tuve el grandísimo contento de correr á él, y como de niña, saltarle al cuello y arrebatarle su dulce botin.

Poco despues, el taciturno italiano se presentó en nuestro campo. Saludó con grave cortesía y nos pidió licencia para pasar con nosotros la noche. Los hombres se apresuraron á ofrecerle sus tiendas; y las señoras, enamoradas del aire de tristeza esparcido en su bello semblante, lo acojieron con estrema amabilidad.

Sin embargo, por mas que hicieron, no pudieron conseguir que nos acompañara á la espedicion que proyectamos para la mañana siguiente á Cerro-Colorado, y que emprendimos al amanecer, dejando á nuestro huésped solo en el campamento.

Aquel dia fué verdaderamente delicioso. Vagamos

durante todas sus horas par las estrechas gargantas de esa cordillera que el vulgo puebla de apariciones y encantamientos. Esos parajes tienen en efecto un aspecto salvaje, imponente y siniestro como las tribus nómadas que los habitan. Arboles de corpulencia y elevacion gigantescas, de ramaje estraño en colores y formas, alzan aquí y allí sus inmensas copas sacudidas eternamente por ardientes é impetuosos vientos, que agitando las añosas lianas que los entrelazan les dan en la noche la apariencia de fantasmas que danzan ahullando entre las tinieblas. Altas yerbas, casi todas venenosas aun al tacto, crecen con un lujo prodigioso de vegetacion sobre la arena roja y abrasada de aquel suelo que en las noches de estío presenta fenómenos increibles de electricidad. Las tempestades jamas abandonan esas montañas. El rayo estalla sin cesar en sus cimas; y al estruendo del trueno responden en lo hondo de los valles los rugidos del tigre y el silbido de la serpiente. El águila y el gavilán tienen su nido entre esas rocas; y se les vé á cada momento elevarse lanzando chillidos y surcar el aire en mágicos círculos llevando entre sus garras un lagarto ó una culebra de cascabel.

Sinembargo, nada hay tan risueño como el aspecto lejano de esos montes que vistos de cerca despiertan en el alma un invencible sentimiento de terror. Elévanse como una muralla azul de recta silueta que limita el horizonte. Adorna su base un verde cordon de bosques, y mas abajo el caudaloso Pasaje estiende su plateada

cinta añadiendo sus cambiantes reflejos á las ricas tintas con que el alba colora esta admirable perspectiva.

Cuando llegamos á nuestro campo, despues de la prolongada escursion al Colorado, hacia largo tiempo que habia anochecido. La luna llena, alzándose detras las montañas que habíamos recorrido durante el dia, alumbraba las copas de los árboles; y sus rayos deslizándose oblícuamente entre el ramaje, se cruzaban como hilos luminosos en la oscuridad que reinaba en lo bajo de la selva. Habríase creido qua eran redes de plata tendidas por los génios para aprisionar á las auras.

Con la brida de mi caballo en la mano, de pie é inmóvil, oontemplaba yo enteramente embebecido aquel mágico contraste, aquella escena compuesta de dos principios opuestos: la luz y las tinieblas. Poco á poco la fijeza de mi mirada comenzó á presentarme singulares fenómenos de óptica. Unas veces veía ajitarse en la espesura las álas diáfanas y el ropaje ondulante de una sílfide; otras brillar como áscuas los ojos ardientes y las aceradas escamas de un dragon. Ora veía surgir entre los sinuosos troncos la horrible cabeza de un demonio, ora sonreir á lo lejos el rostro luminoso de un ángel.

Con asombro mio, la última vision no se desvaneció. El sér celestial se acercaba, y á medida que sus aéreas formas se dibujaban mas perceptibles, la melancólica sonrisa que entreabría su lábio se volvia mas dulce. Al llegar cerca de mí posó su mano en mi hombro y mostrandome la selva, me dijo con voz suavísima:

—"Nel mezzo del cammino di nostra vita"

Era Azucena. Habia dejado su amazona, y vestía una bata de muselina blanca, cuyos undosos pliegues ajitados en torno suyo por la brisa de la noche le daban un aire fantástico y sobrenatural que despertó en mi corazon ese lúgubre presentimiento producido ya á la primera vista de aquella hermosa niña.

Pero ella no se apercibió de mi tristeza, y continuó con gesto de dolor graciosameute cómico:

—Ay! de nosotros, que vivimos en el siglo de los nervios y de los vapores! tres veces ¡ay! Las señoras, medrosas como siempre, han mandado encender las hogueras, y..... mira como nuestra *selva selvaggia* no está ya *oscura*.

En efecto, el bosque se iluminó de repente con la luz de las grandes fogatas que los criados mantenian toda la noche para alejar á los tigres.

Azucena recordó nuestra soirée campestre, y ambas nos apresuramos á volver á las tiendas.

Era ya tiempo. Bajo el nogal consagrado hallábase ya reunida la pequeña sociedad de los baños. Nadie faltaba, ni aun el taciturno y misterioso italiano que habia llegado la víspera. Sentado en una raiz saliente del árbol y con la cabeza apoyada en su tronco, miraba las estrellas con aire meditabundo, y parecia enteramente ajeno á todo lo que pasaba en torno suyo.

Despues que se hubo cantado, bailado y hablado de política, llegó finalmente la hora de los cuentos.

Miguel, segun la costumbre establecida, dió su sombrero á la criada de Azucena para recoger las prendas.

El incógnito instruido de lo que se exijia de él, dió un anillo que llevaba al dedo.

La Montenegro, al pasar cerca de mí, me dijo rápidamente al oido:

—El italiano se marcha mañana. Es necesario que pague su contingente de cuentos.

Y yendo á Miguel que se habia vuelto de espaldas para extraer la prenda con imparcialidad, le dijo en voz baja dándole el sombrero:

—Por Dios, mi viejo Miguel, encuentre V. un grueso anillo que anda por ahí.

Miguel guiñó sus ojos negros como solo saben hacerlo sus compatriotas, y revolviendo bulliciosamente las prendas que contenia el sombrero, alzó la mano, en cuyo índice brillaba el anillo del italiano.

Todas las miradas se volvieron entonces hácia este; las señoras acercaron sus asientos para escuchar mejor; y Azucena, dejando los almohadones que habia traido para ella su criada, vino á sentarse á mi lado sobre el poncho de Miguel.

El estranjero conoció que toda escusa sería inoportuna; y sonriendo melancólicamente, saludó á la compañia con esa cortesía galante y esquisita que distingue á los italianos nobles.

Despues pareció reconcentrarse en sí mismo; dirijió una mirada al cielo moviendo tristemente la cabeza; y

como si hubiese olvidado que tenia un círculo de oyentes, cual un sonámbulo que bajo el poder magnético evoca algun recuerdo de su pasado, con una voz, ora triste como el jemido del viento, ora ronca y amenazante como el fragor del trueno, comenzó á hablar.

UN DRAMA EN EL ADRIATICO.

I.

Venecia, la bella esposa del Adriático, dijo, Venecia, esamájica reina tan poderosa en otro tiempo, ahora vencida y encadenada olvidaba su esclavitud y cubriendo sus cadenas con perfumadas guirnaldas se entregaba á las frenéticas alegrías del Carnaval. Sus palacios iluminados con magnificencia abrian sus doradas puertas á los numerosos convidados que invadian bulliciosamente las escalinatas de mármol. Surcaban sus misteriosos canales millares de góndolas llenas de máscaras que acudian á los bailes, á las citas de amor ó de *vendetta*, ó bien á formar conciertos en las lagunas. Y de todo aquel vasto concierto de palacios, cafées, tabernas, azoteas, balcones, calles, plazas y canales se elevaba un solo é inmenso grito formado de todos los sonidos que puede exhalar un

pecho humano. Gritos de alegría, esclamaciones de sorpresa, interjecciones de miedo, ahullidos de rábia, suspiros y palabras de amor doblemente amorosas al espresarse en la dulce y poética lengua del Tasso. Aquí, ensordecia el discordante estrépito de una cencerada; allá, encontraba el oido la deliciosa melodía de una serenata; mas lejos cien alegres polichinelas agrupados en una góndola primorosamente empavesada pasaban cantando y riendo bajo los sombríos arcos del Puente de los Suspiros. Sus canciones y risas resonaban como una satánica ironía en aquellas lúgubres bóvedas que vieron pasar tantos semblantes pálidos y cuyos écos repitieron tantos gemidos de agonia. Pero ahora, todo estaba ya olvidado. El terrible tribunal de los Diez, sus místeriosos juicios y sus numerosas víctimas, pasaron como la gloria de Venecia, y esta hechicera nercida satisfecha de mirarse siempre bella en el límpido espejo de sus canales, olvidaba su esplendor pasado y su presente humillacion y sonreía á sus tiranos, les abría sus brazos y sus dorados palacios y cantaba y bailaba con ellos en vez de sus voluptuosas danzas nacionales, las danzas estrepitosas y bárbaras del Norte.

Hablando así la voz del italiano, tornóse trémula, y sus rasgados ojos negros centellearon de indignacion.

Mas no todos los hijos de Venecia, continuó, miraban con indiferencia las cadenas austriacas que aprisionaban las garras del Leon de San Marcos.

Aun quedaban á este algunos fuertes cachorros

que vagando en torno suyo entre las tinieblas, rujian sordamente sangrientas amenazas.

Y si el dia de la venganza no habia aun llegado, si el cáliz de indignacion no habia rebosado todavia, existian sin embargo, en cada uno de los palacios de Rialto, como en cada una de las humildes chozas del Lido, en cada una de las aristocráticas góndolas de los patricios, como en cada una de las pobres barcas de pescadores, corazones que palpitaban de ódio al solo nombre del Austria; y Venecia como toda la Italia, estaba minada por numerosas asociaciones secretas que se ocupaban de un mismo objeto:—la independencia de la patria.

II.

Los polichinelas que tan agradablemente habian pasado el puente de terrible memoria, recorrieron los canales tomando á su paso muchos máscaras cubiertos con el mismo disfraz, y se detuvieron finalmente bajo los balcones de un palacio antiguo y derruido.

La alegre comparsa hizo oir un hurra prolongado, que repitieron los écos del sombrío edificio. A esta seña, una mano levantó la celosía del balcon, y un jóven de rostro pálido y de largos bigotes negros, se inclinó sobre el canal. A su vista, el jefe de los polichinelas se puso en pié alzando el brazo, é hizo un signo misterioso. El hurra resonó como antes, y la góndola desapareció en las tinieblas.

Seguíala de cerca otra góndola, cuyas máscaras cantaban el Hernani y repetían en coro:

Allegri beviamo!

El jóven cerró el balcon y llamó. Presentóse un anciano.

—Giovanni—le dijo—nuestro Oriente tendrá esta noche una sesion solemne á la que concurrirán todos sus miembros. Ejerce tus funciones de conserje: prepáralo todo. A las doce, veinte góndolas llegarán una á una delante de la puerta secreta y el subterráneo será invadido por quinientos polichinelas bajo cuyas grotescas máscaras, encontrarás los semblantes decididos y enérjicos de nuestros hermanos.

El anciano y el jóven, cojieron cada uno una lámpara. El anciano atravesó una larga galería cubierta de retratos, detúvose delante del último de estos y tocó un resorte oculto en el marco. El retrato giró sobre goznes invisibles, dejando descubierta una ancha escalera subterránea que el viejo descendió perdiéndose con su lámpara entre sus lóbregas espirales.

El jóven cruzó una larga línea de habitaciones cubiertas de relieves y de frescos magníficos, y deteniéndose delante de una sala oscura y silenciosa,

—Blanca! dijo en voz baja—¿duermes, hermana mia?

—Velo como tú—respondió una voz dulce y triste.

—Velas sola y en las tinieblas!— repuso el jóven con acento de cariñosa reconvencion entrando en el cuarto.

La luz de la lámpara alumbró un gabinete sencillamente adornado y la bella figura de una jóven que con los

brazos cruzados sobre el pecho parecia absorta en dolorosa meditacion.

Los vaporosos pliegues de su larga túnica blanca que la cubria, le habrían dado un aire fantástico, si las profusas ondas de una maravillosa cabellera negra no revelaran tesoros de juventud y vida. Si hay nombres que coinciden admirablemente con las cualidades individuales de las personas que los llevan, el de Blanca, dado á esa jóven, era uno de ellos, porque su tez, de un blanco diáfano y azulado, oscurecia la transparente gasa de su ropaje. Pero á aquella blancura se mezclaba en ese momento una estrema palidez, y en sus bellos ojos azules vagaba una inquietud sombría que la cariñosa sonrisa con que se acercó á su hermano no fué bastante á ocultar.

III.

—Velabas sola y en las tinieblas, continuó él estrechando entre las suyas las manos de la jóven y fijando en sus ojos una mirada escrutadora—Blanca, hermana mia, ¿qué es lo que pasa en tu alma hace algun tiempo? A tu alegria de niña ha sucedido de repente una profunda y dolorosa inquietud. Muchas veces te he encontrado aquí postrada en tierra, con el rostro entre las manos, sollozando amargamente y tan abismada en ese dolor desconocido que ni aun te apercibias de mi presencia y mis caricias, mis lágrimas y mis ruegos te hallaban tan insensible como ese mármol en que se apoyaba tu cabeza. Ahora, no lloras ya, pero tu mirada se ha vuelto sombría y con frecuencia te veo correr azorada y trémula á arrojarte en mis brazos, como si algun enemigo invi sible te amenazára. ¿Qué lúgubre secreto ocultas al corazon de

tu hermano, de tu amigo de la infancia? No te he amado lo bastante para que tengas confianza en mí? ¿Vacilé alguna vez para realizar uno solo de tus deseos?

La frente de la jóven palideció mas todavía y sus miradas espresaron inmenso dolor.

—Querido Octavio!—esclamó abrazando á su hermano—mi bueno y generoso protector! Sí.... tú lo has sido todo para mí. Al amor de hermano has añadido la solicitud tutelar de un padre, los cuidados y la tierna abnegacion de una madre. Niño aun y en esa edad de egoismo en que solo se vive para sí, tu veniste á sentarte á la cabecera de mi cuna que la muerte dejó desamparada, y velaste el sueño de la huérfana. Jóven, bello, y en la edad de las ilusiones de tu juventud, únicas flores de la vida, y con peligro de tu existencia, disfrazado y oculto consagras á tu hermana los años que sin ella habrias dado en un pais estranjero á los placeres y á la gloria á que te llaman tu ilustre nombre y tu brillante talento.

—Pues bien, amada Blanca—la interrumpió él—si tu alma conserva la memoria de esos dias tan gratos para mí, de esos dias en que nada echabas de menos á mi lado, en nombre de estos te pido que derrames tu dolor en el corazon de tu hermano, que le dés su parte de tus lágrimas, que no sufras por mas tiempo silenciosa y sola.

Los ojos de Blanca fijos en su hermano con inefable espresion de ternura, se bajaron de repente. Un violento combate interior hizo ondular la gasa que cubría su seno. Vaciló, tembló, reclinó la cabeza en el pecho de su

hermano y sus rodillas se doblaron como si fuera á postrarse á sus piés; mas luego haciendo un supremo esfuerzo alzó hácia él su rostro pálido pero risueño.

—Sí, amigo mio—le dijo—sufro; pero tu tierna solicitud exajera mis pesares y equivoca su naturaleza. ¿No hay acaso en todo cuanto nos rodea motivos de dolor y de lágrimas?

—Oh! Es verdad... respondió Octavio con amargo acento ¡Necio de mí que preguntaba la causa de tu pena! Ves nuestra patria esclava y á sus mejores hijos proscritos ó entre cadenas; viste morir en el cadalso á nuestro padre y desaparecer sin duda bajo los *plomos* homicidas á nuestro amigo de la infancia el valiente Mario que te amaba tanto; ves á tu hermano, último vástago de una raza de héroes, perseguido, errante, forzado á ocultarse vergonzosamente á la sombra de los monumentos alzados por la gloria de sus abuelos, mientras tu misma, heredera de inmensos tesoros, llevando la vida miserable de una obrera, pagas con el sudor de tu frente el derecho de habitar bajo un nombre oscuro, el arruinado palacio de tus padres. Pero consuélate, hermana mia. Nuestra afrenta y tu dolor tendrán pronto un término. La hora de libertad va á sonar para la Italia. En el instante que te hablo, millares de corazones intrépidos, millares de brazos fuertes se ocupan en limar nuestras cadenas. Muy luego en toda la estension de nuestro pais, desde los Alpes hasta el Etna, resonará un inmenso grito de triunfo, y entonces rodeada de las grandezas que te arrebataron en

la infancia, verás abrirse á tus miradas un horizonte de dicha desconocido aun á los sueños de tu existencia presente.

[illegible] riante y

[illegible] la mano de

[illegible] y bendi-

[illegible] mi, la

[illegible] venga,

[illegible] tierra de los polichi-

[illegible] Octavio

[illegible] de entusiasmo.

[illegible] Dios proteje nuestra gloriosa

[illegible] su sonrisa hácia esta tierra

[illegible] lejano rumor? Es la voz de

[illegible] hijos dispersos, es un grito

[illegible] nuestra victoria. Adios, Blanca

mía.... Tu que eres un ángel, ora y espera... Adios!

—Octavio...!—gritó Blanca con voz débil tendiendo los brazos á su hermano. No me oye... ha desaparecido y con él toda esperanza de redimir mi crímen. ¡Oh!—continuó ella cubriéndose el rostro con las manos en un acceso de delirio—he ahí ese grito acusador que se eleva en mi alma repitiendo la tremenda demanda: ¡Cain! Cain! ¿que has hecho de tu hermano!

—Lo vendiste!—respondió una voz que hizo estremecer á Blanca—lo vendiste miserablemente, hermana mas criminal que el primer fratricida! Lo entregaste á manos de sus enemigos; por que, hija indigna de la Italia, has cambiado tu patria como las rameras de Sion por el amor de los tiranos que la han esclavizado.

—Mario!—esclamó ella corriendo hácia un hombre que con los brazos cruzados y la cabeza erguida la contemplaba con una mirada severa.

—Sí—replicó él rechazándola con desprecio—Mario, á quien el austriaco que amas hizo sepultar en los *pozzos* para que callara la única voz que podia delatarlo á la Santa asociacion en que traidoramente se ha introducido profanando un nombre italiano.... Mario, enterrado en esas mazmorras donde el ser viviente que baja á habitarlas encuentra un lecho formado de los huesos de sus predecesores.... Mario, que rasgando su mortaja, alzando la lápida de su tumba llega á tiempo para salvar á sus hermanos del cadalso que les preparaba el espia y para decirte á tí que has podido escuchar sin

morir de vergüenza y remordimiento las nobles palabras de tu hermano:—Cómplice de un traidor, aquel á quien has sacrificado tu nombre, tu patria, tu familia y mi amor, te vende como tu nos has vendido. El infame que haciendose llamar Marelli se afilió en nuestro Oriente, ese austriaco á quien amas con el nombre de Estevan Landoberg, es el hijo de Radetzki, es el favorito de la reina de Hungria, uno de los esclavos que la orgullosa austriaca emplea en arrancar del corazon de nuestras mujeres los secretos de sus padres y de sus esposos.

Blanca llevó la mano al corazou cual si hubiese sentido un golpe mortal.

—Oh infamia...! Oh vergüenza.....!—esclamó.

—Si...!—replicó Mario con feroz sonrisa—vergüenza é infamia que serán lavadas con sangre.... con la sangre del traidor que ha hecho de tí un instrumento para escalar el santuario donde preparábamos la libertad de la patria.

Blanca, pálida como un cádaver retrocedió algunos pasos, puso el pié en el umbral de la puerta y gritó con acento de resolucion:

—No! no lo matareis! La vida de ese hombre me pertenece.... Su muerte basta á vuestra venganza; pero no á la mia y yo quiero que viva para que se acuerde eternamente de su perfidia y de mi amor.... porque Marelli, Landoberg ó Radetzki... ¡yo le amo...!

Y cerrando tras si la macisa puerta desapareció como una sombra eu aquellas lóbregas galerias.

—Maldicion sobre tí!—gritó Mario con un ahullido precipitándose á la puerta y haciendo esfuerzos por abrirla.

V.

Bajo los cimientos del solitario palacio, en un salon subterráneo de forma circular y alumbrado por una grande lámpara de bronce suspendida en lo alto de la bóveda, sentado en un sitial de púrpura y ceñido el pecho con la banda azul recamada de oro del maestro mason, Octavio presidia una imponente asamblea. Veíanse allí reunidos jóvenes patricios representantes de los nombres mas ilustres de Venecia, viejos guerreros que habian encanecido buscando en todas las batallas de Europa la libertad de Italia, mensajeros de otras asociaciones y proscritos en fin que deseando respirar el aire de la patria venian á pedirlo á las entrañas de la tierra.

—Sí, nobles hermanos,—decia Octavio con acento enérjico é inspirado—confiemos la libertad de nuestro pais al solo esfuerzo de nuestro brazo. Nuestra fé y la

justicia de la causa nos darán el triunfo. Toda intervencion estranjera es vergonzosa.... rehusémosla pues, y, vosotros, honorables emisarios, decid á nuestros hermanos de Nápoles y de Milan que esta es la última vez que nos reunimos para deliberar, que vamos á decir adios á las tinieblas de estos antros, asilo por tanto tiempo de nuestra existencia proscrita y que nuestra próxima asamblea será en la plaza de San Marcos, con las armas en la mano, á la luz de nuestro hermoso sol. ¡Viva la Italia!

—¡Viva!!!—respondieron con frenético entusiasmo las quinientas voces de los congregados.

De repente una mujer vestida de blanco, pálida y desmelenada se precipitó en el subterráneo y mirando en torno con espanto:

—Estevan de Landoberg..!—esclamó—huid, que vuestra vida está en peligro!

Á aquellas palabras alzóse un hombre y sacando del seno una pistola que llevaba oculta la descargó. En el mismo instante abriéronse todas las entradas del subterráneo y el salon se llenó de soldados austriacos.

—En nombre del emperador—gritó adelantándose hácia Octavio aquel que habia dado la señal—os intimo que os rindais. Estais desarmados y toda resistencia será inútil.

—¡Italianos!—esclamó Octavio con magestuosa resolucion—¿quereis languidecer oscura y lentamente en

[illegible] llevando el [illegible]

[illegible] aclamacion [illegible]

[illegible] un re- [illegible]

[illegible] y [illegible]dose el [illegible] arras- [illegible] un lugar suyo un [illegible] donde vinie- [illegible] murmullo las olas del [illegible]

[illegible] un momento [illegible] que pendiente [illegible] una entonaba funeral aque- [illegible]

VI.

En ese momento un hombre jadeante y con los vestidos en desórden ponia el pié en la última grada de la escalera que conducia al palacio. A vista de la horrible catástrofe detuvose pálido como un espectro y fijó largo tiempo en el abismo una mirada indescribible.

—Dios lo ha querido!—esclamó—Todo lo que yo amaba en este mundo yace allí aniquilado. Italia! Héme ya tuyo enteramente. Ante esta inmensa tumba donde se han hundido mis esperanzas y todos los vínculos que me unian á la vida, juro libertarte ó morir . . . .

. . . . . .

Y sin embargo—continuó el desconocido con voz sorda—ese hombre no ha cumplido su voto. La Italia ha vuelto á caer en la esclavitud y él vive todavia, porque la muerte lo ha rechazado en todas partes. Las balas destinadas á su cabeza, han caido sin fuerza á sus pies, el

[illegible]

FRAGMENTOS

DEL ÁLBUM DE UNA PEREGRINA.

. . . . . .

Y despues de haber marchado largo tiempo el cansancio me obligó á sentarme al borde del fragoso camino; y mi pensamiento, como atraido por un iman irresistible, se volvió hácia atrás, y evocó el tiempo pasado.

Entónces una radiante vision apareció á mis ojos en los límites del horizonte.

Vi resplandecer un sol brillante, y bañar con sus tibios rayos una ciudad blanca y hermosa, que asentada en una verde campiña, de aspectos variados y pintorescos, dibujaba sus aéreos edificios en un cielo de azul purísimo como el de la Grecia.

Las anchas y elegantes calles de aquella ciudad estaban llenas de una alegre multitud que se precipitaba hácia la mas grande y bella de sus plazas, donde se celebraba una brillante fiesta. En las puertas, en las torres y cúpulas ondeaban ricos cortinajes; el suelo estaba sembrado de flores; hermosas damas cubiertas de encajes y pedrería decoraban los balcones; numerosas cabalgatas de elegan-

tes ginetes pasaban y repasaban delante de ellas saludándolas y haciendo caracolear graciosamente sus corceles.

Pero entre todos aquellos caballeros, uno solo se llevaba tras sí todas las dulces miradas que los otros codiciaban.

Era un joven alto y pálido, de cabellos negros, y de admirable apostura.

Montaba con gracia y destreza indescribibles un arrogante potro saino indomable para otra mano, pero dócil para la suya.

Aunque conocia que era el objeto esclusivo de la atencion de tantas hermosas mujeres, sus miradas eran para una sola; para una jóven alta y esbelta, de ojos negros y cabellos rubios, de rostro alternativamente sonrosado ó pálido, segun la emocion dulce ó penosa que esperimentaba. Estaba sencillamente vestida de blanco y adornaba su pecho un ramillete de *pensamientos* que ella arrojó furtivamente y sonriendo al jóven pálido, y que él besó y escondió en su seno. . . .

La vision cambió.

Un soberbio salon de baile de forma circular, abria sus puertas á una inmensa concurrencia. Ricas alfombras, colgaduras de grana y oro y costosas pinturas se ostentan por todas partes. Magníficos lustros ardientes de perfumadas bujias derraman torrentes de luz, que se centuplican en los diamantes y en los ojos de las mujeres que revolotean como un torbellino de flores. Entre esa multitud de bellezas se hallaba la rubia jóven del balcon.

Ahora sonreia tambien al pálido caballero, y bajaba los ojos con timidez á los besos que él la enviaba de lejos.

La orquesta hizo oir sus preludios melodiosos; el salon se pobló de dichosas parejas, que con los brazos entrelazados esperaban el baile que iba á comenzar.

El jóven pálido corrió hácia la jóven rubia; sus manos se estrecharon, sus ojos expresaron una dulce alegria; y bien pronto, arrastrados el uno en los brazos del otro al mágico círculo de aquella danza, *mirando sus ojos en sus ojos*, y sintiendo latir juntos sus corazones, se encontraron solos en ese inmenso caos de blancos sendales, de flotante rizos, de perfumes y de armonia, y desaparecieron estrechados en un abrazo que para otros era de danza, pero que para ellos era de amor. . . . . .

La vision cambió.

Las estrellas centelleaban en el cielo, enviando á la silenciosa campiña su luz dulce y tímida como la mirada de una vírjen; el aire tibio y perfumado estaba surcado por millares de luciérnagas, que posándose en las negras copas de los árboles y entre las yerbas de la pradera, daban á la tierra la apariencia de un inmenso espejo que reflejára el estrellado cielo.

Allá, á lo léjos, entre las sombrías avenidas de árboles que mece lentamente la brisa de la noche, aparecen dos personas. La blanca y flotante túnica de una mujer y el negro vestido de un caballero se dibujan entre la masa de tinieblas de una glorieta. Se acercan. . . . Es la

[illegible]

[illegible]

[illegible]

velaba inmóvil su sueño, estaba tambien alli: pero ahora estaba sola! Paseábase lentamente á las orillas del oceano, deteniéndose algunas veces para escuchar con triste atencion el murmullo de las olas, como si esperase que le tranjera de otras playas la voz de un objeto querido. El colorido brillante de su rostro, la alegria de sus ojos, la sonrisa de sus lábios, la morvidez de sus formas, habian desaparecido. Su frente tenia la palidez mate del mármol de una tumba; sus ojos rodeados de una aureola azul, habian tomado un brillo sombrio y siniestro al hundirse en sus órbitas, y sus lábios llevaban la huella de profundos sollozos. Habia perdido la belleza de la dicha; y si alguna le quedaba, era solo la del dolor.

Sin embargo, la vida la sonreia á lo léjos, mostrándole sus goces; pero ella se alejaba triste y silenciosa, y si sonreia, era solo al recuerdo de esos dias de sol y de amor, y de esas noches que habia cubierto con su manto misterioso de estrellas las ardientes miradas, las tiernas palabras y los suspiros de un amor tanto mas inmenso, cuanto era puro y santo.....,.....

Y yo cerré los ojos, y pedí á Dios que hiciera desaparecer aquella vision, porque tuve miedo de leer los terribles misterios de dolor que debia encerrar el corazon de esa mujer!.....

LA NOVIA DEL MUERTO.

A MI QUERIDO AMIGO VICENTE G. QUESADA.

I.

En la deliciosa region que se estiende desde el confin boliviano hasta la linea patagónica, al centro de una comarca donde se hallan reunidas todas las bellezas de la creacion, sobre una llanura surcada de cristalinas fuentes y perdida como el nido de una ave entre rosas y jazmines, álzase una ciudad de aspecto oriental. Sus blancas cúpulas se dibujan con primor sobre el verde oscuro de los bosques de naranjos que la circundan, cautivando las miradas del viajero que la contempla á lo lejos. Sus caminos son avenidas de flores; su aire es tibio y fragante; sus dias una irradiacion de oro y azul; sus noches serenas, estrelladas, pobladas de música y de amorosos cantares. Quien una vez la haya habitado no la olvida jamás; y si un dia volviera á ella, aunque Dios hubiera quitado la luz á sus ojos, al aspirar su perfumada atmósfera exclamára— ¡Tucuman!

Predestinada á grandes acontecimientos, su recinto ha sido el teatro de nuestras glorias y de nuestros infortunios. Allí el primer Congreso americano declaró nuestra independencia, y allí comenzamos á llamarnos libres. Allí por vez primera desgarramos el fundon del despotismo, y por vez primera el valor americano postró á sus pies á los leones de Castilla. Allí la hidra de la guerra civil produjo los mas horribles monstruos y los mas nobles héroes. Allí el caudillo del vandalaje, el sanguinario *Tigre de los Llanos*, seguido de sus salvajes hordas descendió un dia de las agrestes cumbres de los Andes, y cayendo de súbito sobre el ejército nacional adormecido en las delicias de aquella nueva Capua, hizo de él una inmensa hecatombe.

Imájen del Eden, el Bien y el Mal aspirando á poseerla, sostienen allí perpétua lucha. ¿Cual triunfará?

II.

Hacía tiempo que el horizonte político del Plata se oscurecía cada dia mas. Los héroes de Ituzaingo, reunidos en torno al celeste pendon de la patria, oponian en vano los esfuerzos de su denuedo á las bárbaras falanjes que, invócando un principio desorganizador, escandalizaban al mundo con las atrocidades de una guerra fratricida. Las jornadas de la Tablada y Oncativo fueron seguidas de crueles reveses, y el general Paz, víctima de una casualidad fatal á la causa del órden, habia caido embolado su caballo en manos de los enemigos y yacia cautivo en las cárceles de Santa Fé.

El ejército nacional que mandaba, y del que era el alma, privado de su jefe, emprendió una retirada imponente como la del *Beresina* y desastrosa como ella; los prodijios del valor del héroe que la mandaba (1) no pudieron impedir que fuera una derrota.

(1) La Madrid.

Llegado á Tucuman, el ejército se dió un nuevo jefe—el noble y valiente Alvarado: noble y valiente sí; pero desgraciado y de funesto agüero para los ejércitos que han combatido á sus órdenes.

Sin embargo, hábil, estratéjico y profundamente versado en el arte de la guerra, al asumir aquella tremenda responsabilidad, midió de una sola ojeada la situacion; descubrió sus peligros, calculó sus ventajas. El, que tenia la fatal esperiencia de las retiradas, pesó los resultados de esta, y resolvió detenerla, fortificarse y esperar al enemigo en esa posicion que en otro tiempo y en iguales circunstancias habia dado el triunfo al inmortal Belgrano.

Formó cuarteles; pasó revista á las tropas; reforzó su número; improvisó armamentos y pidió auxilios á las provincias vecinas; todo esto con la decision instatánea y rápida que distingue á los grandes capitanes. En aquella lucha formidable con el destino, Alvarado nada olvidó. No le faltó su génio: como siempre, faltóle su estrella.

III.

La primavera tendia sus verdes guirnaldas sobre la ciudad convertida en campamento. El acre perfume de los retoños circulaba en la brisa; los cantos de la calandria y del ruiseñor se mezclaban á la voz de los clarines, y el estrépito fragoroso de las armas no era bastante á ahogar los armoniosos susurros de aquella hermosa naturaleza.

La primavera de Tucuman! —es decir torrentes de luz y de perfumes; cielo azul orlado de nacarados celajes; vergeles poblados de flores; mujeres bellísimas cuyos ojos resplandecen como fulgorosas estrellas, todo, en fin, lo que puede convidar al deleite y al olvido. Así, los guerreros del ejército unitario en ese alto de un dia, entregaron su alma á todas las ilusiones de una eternidad de amor.

Octubre habia dejado su último sol en los dorados pétalos de las retamas, sin que nadie viniese á inquietar

al ejército en aquella deliciosa etapa. Sin embargo, las gentes supersticiosas interrogaban á las rojas lontananzas del ocaso, y moviendo la cabeza como el profeta, esclamaban— Sangre ! sangre !

Pero á esos siniestros augurios, las bandas del ejército respondian con festivas cuadrillas que las hijas de Tucuman danzaban bajo las enramadas de jazmines, con esa alegria estraña que precede á las catástrofes.

IV.

Un dia, tres de Noviembre al anochecer, dos muchachas risueñas turbulentamente recostadas en el alfeizar de una ventana.

—Emilia!—gritó de pronto una de ellas—ahí viene el hermoso Ravelo! Ven á prisa.

Que hoy monta al moro veloz,
El que deja atras al viento.

—He prometido no verlo, respondió una voz con la ondulacion de un suspiro.

—Y quien pudo exijir de tí esa costosa promesa?

—Mi tutor.

—Bah! qué le importa á ese vejestorio que tu veas á Ravelo? Está celoso quizá?

—Dice que es culpable esa complacencia en la vista de un hombre que no ha de amarme jamás.

—Qué sabrá él! Ya quisiera ver yo que me viniesen con tal prohibicion! No, señor, nada menos que dejarme robar la dicha de contemplar esa apostura, y sobre todo, esos ojos negros de mirada soberana..... Ah! Emilia, que bello es! Escucha al menos los pasos de su caballo—añadió la traviesa, sonriendo con malicia y bajando la voz por que aquel de quien hablaba pasó en ese momento ante ellas.

En efecto, el hombre que así llamaba la atencion de aquellas niñas era un jóven bello en toda la envidiable acepcion de esta palabra.

Vestía el uniforme de coraceros y en su hombro derecho ondulaba la charretera de comandante.

Como todos los oficiales del ejército unitario, por un voto de heroica significacion llevaba entera su rizada barba negra que descendia en oscuras ondas hasta el brillante peto de su coraza. Montaba un brioso potro de las pampas; y si algo podia igualar á la gracia ecuestra de su actitud era la destreza con que lo manejaba.

Horacio Ravelo era el mas valiente de los valientes que educó Alvear en la escuela de los combates. Contaba apenas veinte años; y sin embargo, desde Ituzaingo hasta ese dia, su vida habia sido una série de hechos gloriosos.

Sus compañeros, no pudiendo rivalizar con él, se habian acostumbrado á admirarlo, y aplaudian sus triunfos con sincero entusiasmo.

Todas las jóvenes de Tucuman estaban enamoradas de él; y cuando lo veian pasar, ora á la cabeza de su reji-

miento, ceñidos el casco y la bruñida coraza, en las pomposas evoluciones de una revista; ora solo, al caer el dia, envuelto en una capilla azul, y oprimiendo el lomo de su jentil pampero, soñaban con todos los héroes desde Orlando hasta Murat, y le habrian dado su alma en cambio de una mirada.

Pero él, que era el amoroso en sueño de tantas bellas, no distinguia á ninguna. Saludábalas con esquisita galanteria en el desfile de una parada; cabalgaba á su lado en las partidas de campo y danzaba con ellas en los salones. Pero de repente, y cuando lo creian cautivo, se deslizaba de entre sus brazos, huía de los festivos saraos, y saltando sobre su veloz caballo se alejaba y desaparecía. Donde iba? qué desconocida estrella lo atraía y deslumbraba su alma?

V.

Distante un tiro de piedra de las últimas casas de la ciudad, al cabo de un sendero bordado de espinillos, y en los lindes del ceibal que se estiende hasta el pueblo de Monteros, divísase la blanca fachada de una quinta entre el oscuro follaje de las moreras. Precédela un jardin plantado de limoneros y tupidas lianas, á cuya sombra se pasean asidas del brazo una anciana y una jóven.

La una, encorvada y morosa, recojia yerbas en un paño de su manta; la otra, vestida de blancas gasas y coronada de trenzas negras, llevaba con visible impaciencia el tardo paso de la vieja. De vez en cuando alzaba la frente, aguzaba el oido, y sus ojos sondeaban con afan las profundidades de la noche.

Aquella jóven era la hija de Avendaño el montonero, aquella quinta la guarida donde cada noche el atrevido caudillo partia con sus guerrillas que dispersaba al ama-

necer, y con las que procuraba hostilizar al ejército robando sus abastos é interceptando sus comunicaciones con las fuerzas unitarias del norte.

—Por mas que rias, Vital—decia la vieja, siguiendo una conversacion ya comenzada—por más que rias, yo te digo que hay en tí desde no ha mucho, algo que realza tu belleza: algo..... qué diré?..... algo como la irradiacion de una inquieta esperanza que hace brillar tus ojos y da á tu frente el resplandor de una aureola.

—Es la primavera, tia mia—respondió la jóven—la primavera que refleja sus claveles en los rostros de veinte años.

—No, á fé mia! que el año pasado todos los dias de Dios tenias la misma cara—blanca, rosada, risueña y tersa. Ahora no es lo mismo: en un solo minuto cambias diez veces de color, de fisonomía y de espresion. El rumor del viento te conmueve, el sonido de una corneta te pone pálida ..... y he aquí que los pasos lejanos de un caballo te hacen estremecer; qué tiene, pues, esta muchacha, señor? Diriase que está enamorada, si hubiese en Tucuman algun hombre de quien pudiera enamorarse; pero nadie..... nadie sino esos malditos unitarios con unas barbas que espantan.

—Horacio!—murmuró la jóven con acento apasionado.

—Horacio?—Ah! ah! vaya! alguna novela, uno de esos cuentarrones incendiarios que desvelan á las niñas y les avientan los cascos. Sí, pues, de ahí vienen esas

oleadas de inquietud y de alegria, de tristeza y de ansiedad de que te hablaba ahora mismo; de ahí tambien el encerrarte en tu cuarto desde las ocho de la noche, dejándome sola, perdida como una aguja en este gran caseron. Y todo por leer novelas. Hase visto necedad! teniendo ahí á la mano los doce tomos del Año Cristiano..... Pero veamos, Vital, dime al menos lo que viene á ser tu Horacio, que no siendo un libro prohibido.....

—Mi Horacio! poema sublime, hermoso misterio que el corazon saborea con delicia. ¡Sí! tristeza y alegria, dicha y dolor, todo viene de él!

Hablando así, la voz de Vital estaba tan impregnada de deleite, que galvanizó en el alma helada de la vieja sus muertos recuerdos.

—Jesus! que muchacha!—esclamó—habla con una embriaguez que estremece el corazon, se creria uno en los tiempos de Belgrano, allá cuando habia hombres dignos de amor.

—Oh! el héroe de mi historia es un guerrero bello como un ensueño y bravo hasta la temeridad. Los hombres lo admiran con envidia; las mujeres lo aman con pasion; pero de todas ellas una sola ha cautivado su alma, y de ella son su corazon y su amor. Como Romeo y Julieta, pertenecen á dos razas enemigas—Él es un Colonna—ella una Orsini.

—Es decir—como si algun unitario te amara á tí, hija de federales.

—Sí, pero como el amor de Julieta y Romeo, el suyo

habia salvado el abismo deódio que los separaba.....

—¡Ah! ah! cual si tú, aprovechando las ausencias de tu padre, burlando mi vijilancia....

—Sí: mientras su anhelo espiaba en las lontananzas del porvenir un dia de reconciliacion que uniera sus destinos como lo estaban sus almas; en tanto que las dos familias rivales se enviaban mortales retos de lo alto de sus murallas, los pastores de aquellos contornos veian salir de ella cada noche dos seres fantásticos, que cubiertos, el uno de un negro yelmo, el otro de un velo blanco, se juntaban, entrelazaban sus manos y vagaban asi bajo las sombrías arboledas hasta que el primer rayo del alba los separaba, perdiéndose ambos entre la oscura mole de los castillos.

—Ni mas ni menos que la historia con que me vino ayer Sebastian el campero.

—Ah!..... Y qué dijo Sebastian?

—Uno de sus necios cuentos. Se ha imaginado que la otra noche velando al ganado arisco en la aguada del Coibal, entre las doce y la una, vió pasar de repente delante de su escondite una estraña vision; un hombre armado, ceñidas la coraza y la espada, llevando asida á su brazo una mujer vestida de un blanco ropaje, cuyos largos pliegues se confundian con los plateados rayos de la luna..... Visiones del aguardiente, niña, no pares mientes en ello. Ese muchacho ha dado en visitar la pulperia mas de lo regular, y esas apariciones son hijas de la botella. Bah! cómo es que tu padre nunca vió tales mu-

[illegible] a montonera [illegible]

—[illegible] Pues qué?

—[illegible] en decir [illegible] Pues ¿no estoy [illegible] He ahí á [illegible] ¿Que [illegible] Qué [illegible] ha abre los [illegible] Tanto mejor pa- [illegible] en tan- [illegible] acerca á mar- [illegible] en medio [illegible]

—[illegible] en medio de mi [illegible] á mi padre...

—[illegible] á caer el [illegible]

—[illegible] Vamos, chica, [illegible] á Santo [illegible] años.....Ah! [illegible] quiere sobre lo que acabo [illegible] un diablo, y con él no [illegible]

[illegible] nó de rodillas entre

una estátua de la Virjen colocada al lado de su lecho; y levantándose en seguida, despues que hubo besado en el rostro á la divina Señora, cual si fuese una madre terrestre, fué á una ventana que daba al campo y tendió una mirada en torno.

La luna comenzaba á derramar sus rayos sobre la desierta campiña y las luciérnagas cruzaban como estrellas brillantes bajo la espesa fronda de los huertos.

En ese momentó un hombre echaba pié á tierra entre un grupo de moreras, y anudó la brida de su caballo en un tronco. Quieto, moro, dijo acariciando el cuello del hermoso animal, quieto y silencioso por tu vida. Ah! cuando será el dia en que la lleve en mis brazos estrechada contra el corazon, corriendo contigo en las deliciosas etapas de la Pampa. Calló por que le pareció oir ruido entre el ramaje. Era un buho espantado que se llevó en el siniestro viento de su ala aquella esclamacion de esperanza.

Ginete y caballo quedaron ocultos entre los árboles; mas los ojos que miran por amor saben penetrar las tinieblas.

—Ahi está! esclamó Vital. Y volviéndose hácia la Virjen—Madre! esclamó, la hora de mi destino ha llegado; los acontecimientos se precipitan y me arrebatan para arrojarme en los brazos de mi amado. Es necesario que mañana sea suya y que lo siga. Pero entre tanto, y por última vez, préstame tu sagrado velo, santo talisman que me ha guardado hasta hoy santificando mi amor.

Cubriose con el blanco cendal de Maria, y acercándose á la ventana quitó de la reja un barrote furtivamente limado y ajustado con cera, y pasando por el ancho vacio que dejaba dejose deslizar al lado opuesto y desapareció entre las sombras.

Eran las seis de la mañana y la alborada era bella. Una espléndida aurora de nacar y oro surcado de prismáticos rayos se alzaba al oriente, y el azul purísimo del cielo, el aliento embalsamado de la brisa, los cantos de las aves y el alegre tañido de las campanas, todo anunciaba dulces horas ese dia, cuatro de Noviembre, que iba á ser para Tucuman de lúgubre recuerdo.

Los clarines tocaban la diana; en lo alto de las torres el esquilon llamaba á la misa de alba y las puertas abriéndose sucesivamente daban paso á una multitud de bellas madrugadoras que, el rostro suavemente encendido por el calor del lecho, los ojos cargados aún de languidez voluptuosa del sueño y los destrenzados cabellos medio ocultos entre la niebla fantástica de esos velos que las tucumanas saben llevar con tanta gracia, corrian á *Santo Domingo* para alcanzar la induljencia concedida á la misa que á esa hora decia un capuchino, verdadera notabilidad monástica, llegado hacia poco de Roma con ámplias concesiones del Pontífice de quien era camarero honorario.

O vosotros, los que os deteneis para mirar á las mujeres en las puertas del templo, que despues de orar á Dios en el santuario lo adorais contemplando la belleza de

su obra; no busqueis á las hermosas cuando cargándose de perifollas y de arreboles se desfiguran, cuando siguiendo la estravagante forma de la moda pierden la suya propia: buscadlas en las primeras horas del dia, y entonces, como la naturaleza, os revelarán los misterios de su hermosura.

La misa habia principiado en medio del silencioso recogimiento que inspira la oscuridad en las vetustas naves de los templos; pero luego, de lo alto de la bóveda, la luz rosada que precede á los primeros rayos del sol comenzó á hacer palidecer los cirios que ardian en el altar, y las ojeadas de los jóvenes se derramaron en torno con esa inquieta curiosidad de los veinte años que se alimenta con frivolidades.

—Toma!—decia una al oido de su vecina—aquí estamos todas las bailarinas de anoche. Mucho te eché de menos: no tuve con quien bromear.

—¿Y el amor de tus amores?

—Ravelo? Estuvo una hora y se fué. Qué! si es un corazon de piedra.

—¡Hum! no tanto como quieres persuadírmelo. Lo he encontrado ahora mismo y quizá venia por tí.

—Él! Oh! cuánto diera porque dijeras verdad!

—Por tu vida! ¿quien es aquella jóven que se ha levantado del lado de aquella vieja tan fea y que en este momento desaparece tras de esa columna?

—No la conoces? No es estraño. Es la hija de un federal y no asiste á nuestros bailes. ¿No has oido hablar de

la belleza de Vital, la hija del montonero Avendaño? En ella.

En efecto, al llegar la misa á la última epístola, Vital dejando á su tia, fué á reunirse detras de una columna á un hombre que la aguardaba. Era Horacio Ravelo.

—Vital!—la dijo este, tomando su mano—tú á quien he escogido por compañera, me amas?

—Mas que á mi alma!—respondió la jóven con enérjico acento. Y ambos se arrodillaron.

En ese momento el sacerdote se volvió hácia el pueblo invocando al Altísimo, y cayó sobre ellos su bendicion.

—Eres mia!—esclamó el esposo, estrechando contra sus lábios la mano de su amada.

—Eres mio!—respondió ella, fijando en sus ojos una mirada de amor.

—Maldicion!—balbuceó en ronco murmullo una voz sobre el sagrado libro del tabernáculo—es esa fatal belleza que mis ojos contemplaron á pesar mio; la imájen que ha derramado un fuego impuro en mis beatíficos sueños; la Eva tentadora que sin saberlo ha venido á colocarse entre mi alma y Dios!.....

De súbito oyose á lo lejos un rumor tumultuoso mezclado de lamentos, y á poco una inmensa multitud se precipitó en el templo gritando con terror—Los federales!-los federales!

Vital se arrojó llorando en los brazos de su esposo, pero este la rechazó: el amante habia hecho lugar al sol-

dado. Besó la frente de su esposa y murmuró á su oido:

—Hasta la noche !

—Ah !—dijo ella con dolor—donde estaré yo á la noche ?

—Aquí !—respondió él, cruzando los brazos sobre su pecho—muerto ó vivo, aquí ! Y empuñando la espada, apartó la vista de su esposa y se arrojó fuera del templo.

En la llanura sembrada de bosques que se estiende entre Tucuman y el pueblo de Monteros, veíase ondular una línea color de púrpura surcada de relámpagos: eran las lanzas y las blusas rojas del ejército de Quiroga. El tigre de los Llanos, salvando enormes distancias con la rapidez del huracan, habia alcanzado la presa que el destino iba á entregarle.

El ejército nacional formó sus huestes en el campo de la Ciudadela y esperó con denuedo al enemigo.

La historia ha consignado en sangrientas páginas esa funesta jornada que segó á la mitad de una generacion arrojando á la otra á los horrores del destierro. La culpable insubordinacion de uno de los primeros jefes del ejército, que mas tarde pagó con la vida las consecuencias de su culpable desobediencia, cambió la suerte de ese dia convirtiendo la victoria en derrota. General Lopez ! que el juicio de Dios te haya sido clemente, y ligera la tierra que cubrió tus mutilados despojos !

La batalla fué reñida y duró casi el dia entero. La infanteria pereció toda peleando á pié firme. La caballe-

ría huyó abandonando el campo de batalla; pero sus jefes y oficiales, echando pié á tierra y mezclados en las filas, pelearon hasta morir. Doscientos de ellos, la flor del ejército, cogidos moribundos sobre el campo de batalla, fueron arrastrados á la plaza principal de la ciudad para ser pasados por las armas. En el último momento, uno de ellos, alzando con trabajo su mano desfallecida llamó á uno de los sacerdotes venidos para auxiliarlos. Habló con él en voz baja y puso en su mano un objeto. En los ojos del monje brilló un relámpago; pero bajando su capucha estendió la mano sobre la cabeza del moribundo, le dió la absolucion.

Un instante despues sonó una descarga, y todo quedó concluido. Los cadáveres insepultos por órden del vencedor, debian quedar allí para escarmentar al pueblo. Y el Tigre, apoderado de la ciudad, tendió sobre ella su terrible garra.

Los desdichados que tenian á los suyos en el ejército vencido ignoraban su suerte y encerradas en sus casas las madres, hermanas y esposas pasaron la noche en los tormentos de la incertidumbre.

VII.

En la quinta del Ceibal, encerrada en su blanca alcoba de vírjen, postrada de rodillas, pálida y trémula, la hija de Avendaño pedia su esposo á la Madre de Dios, mientras su padre celebraba con los suyos en prolongado banquete el triunfo de su causa.

Devorando las angustias de su alma, sofocando sus sollozos para interrogar al silencio de la noche, esperaba que algun ruido esterior viniese á alumbrar su corazon con una luz de esperanza.

Sin embargo, los dolores de aquel eterno dia habian agotado sus fuerzas; su cuerpo comenzaba á desfallecer, y estrañas alucinaciones invadian su cerebro.

De repente sintió estremecerse todo su cuerpo. No podia dudar; alguien se acercaba. Hallábase en la oscuridad, pues para ocultar su vigilia habia apagado la luz; pero vió distintamente una sombra que vino á inter-

ponerse entre la ventana y el débil resplandor de las estrellas.

De allí á poco sintió arrancar el barrote limado de la reja, y un hombre se introdujo en el cuarto.

—Horacio!—quiso ella gritar, alzándose con esfuerzo del sitio en que yacia para arrojarse al encuentro de su esposo; pero unos lábios ardientes sellaron sus lábios, dos fuertes brazos ciñeron su cuerpo en un impetuoso abrazo, y el silencio volvió á mezclarse á la oscuridad en la misteriosa alcoba.....

La fresca brisa del alba agitando los destrenzados cabellos sobre la frente de Vital, la despertó.

Hallábase sola: ningun indicio en torno suyo revelaba la presencia de Ravelo. De aquella ardiente noche no le quedaba sino un recuerdo helado y terrífico. ¿Habia velado? habia soñado? ¡Estraño misterio!

Al llevar la mano á la frente, Vital dió un grito, y una inmensa alegria inundó su alma. Habia encontrado en su dedo un anillo que ella dió á Ravelo en los primeros dias de su amor. No habia delirado, no habia soñado: aquel en cuyos brazos habia dormido largas horas de dicha, no era un fantasma de la muerte: era su esposo.

La vieja tia vino á arrancar á la jóven al arrobamiento que le absorvia.

—Vital! Vital!—entró gritando la buena señora; ven, hija mia, conmigo: tu padre te permite hacer una obra de caridad. ¿Sabes de que se trata? De dar sepultura á los desdichados unitarios que ayer tarde fusilaron en

la plaza. Quiroga consiente en que los entierren, á condicion de que sean sus madres y sus esposas quienes los conduzcan á la tumba. Alma de Peña! ¡Pobrecitos! Todo mi odio se ha convertido en piedad. Vamos, vamos, hija, á ayudar al cumplimiento de este deber doloroso.

Vital suspiró pensando en los desventurados que iba á ver, y siguió á su tia dando gracias á Dios por haber salvado á su esposo.

La ciudad presentaba un espectáculo de desolacion imposible de describir. Las calles estaban regadas de sangre, las casas abiertas y entregadas al pillaje. Largas hileras de mujeres enlutadas se dirijian exhalando lamentos á la plaza donde se hallaban los ensangrentados cadáveres de los suyos.

Vital y su compañera siguieron aquel lúgubre convoy.

Llegadas al sitio fatal donde se habia hecho la horrible hecatombe, cada una de aquellas desgraciadas buscó entre aquellos sangrientos restos á aquel que la muerte le habia robado.

De repente Vital exhaló un grito, y cayó sin sentido.

Entre los cadáveres de los doscientos oficiales fusilados la víspera habia reconocido á su esposo.....

VIII.

Desde ese dia, Vital se volvió un ser fantástico que se deslizaba entre los vivientes como un alma en pena. Nunca se detuvo en parte alguna: jamás el sueño vino á cerrar sus ojos; su lábio enmudeció; y solo cuando al caer la tarde veia su propia sombra dibujarse en largas siluetas sobre la seca yerba de los campos, interrumpia su pérpetuo silencio esclamando con dulzura infinita: Haracio!

Y los años trascurrieron sin cambiar en nada su estraña existencia. Los habitantes de los vecinos campos la encuentran todavia en las noches del estío, á la luz de la luna, bajo la fronda perfumada de los naranjos, vagar pálida pero serena tegiendo coronas de azahares que coloca en seguida sobre su cabellera negra aùn, pues el tiempo, cuya huella es tan profunda, ha pasado sin tocar ni con la estremidad de su ala esa frente blanca y terza, despues de treinta años de demencia.

Ah! quien sabe si ese misterio que los hombres llaman con tanto terror *locura*, no es muchas veces la vision anticipada de la eterna felicidad!

LA

HIJA DEL MASHORQUERO

LEYENDA HISTORICA.

I.

Roque Alma-negra era el terror de Buenos Ayres. Verdugo por excelencia entre una asociacion de verdugos llamada Mashorca y consagrado en cuerpo y alma al tremendo fundador de aquella terrible hermandad, contaba las horas por el número de sus crímenes, y su brazo perpétuamente armado del puñal, jamas se bajaba sino para herir. Su huella era un reguero de sangre, y habia huido de él hacia tanto tiempo la piedad, que su corazon no conservaba de esta ningun recuerdo y los gemidos del huérfano, de la esposa y de la madre, lo encontraban tan insensible, como la fria hoja de acero que hundia en el pecho de sus víctimas. Cada semejanza con la humanidad habia desaparecido de la fisonomia de aquel hombre y su lenguaje, espresion fiel del nombre que sus delitos le habian dado, era una mezcla de ferocidad y de blasfemia que ha-

cia palidecer de espanto á todos aquellos que tenian la desgracia de acercársele.

Sin embargo, entre aquel horrible vocabulario de crueldades y de impiedad, como una flor nacida en el cieno, habia una palabra de bendicion que Roque pronunciaba siempre.

Clemencia—decia aquel hombre de sangre, cuando fatigado con los crímenes de la noche entraba á su casa al amanecer. Y á este nombre, que sonaba como un sarcasmo en los lábios del asesino, una voz tan dulce y melodiosa que parecia venir de los celestes coros, respondía con ternura—¡Padre!—y una figura de ángel, una jóven de dieziseis años, con grandes ojos azules y ceñida de una aureola de rizos blondos salia al encuentro del mashorquero y lo abrazaba con dolorosa efusion. Era su hija.

Roque la amaba como el tigre ama á sus cachorros, con un amor feroz. Por ella hubiera llevado el hierro y el fuego á los estremos del mundo; por ella hubiera vertido su propia sangre; pero no le habria sacrificado ni una sola gota de su venganza, ni uno solo de sus instintos homicidas.

Clemencia vivia sola en el maldecido hogar del mashorquero. Su madre habia muerto hacia mucho tiempo víctima de una dolencia desconocida.

Clemencia la vió languidecer y extinguirse lentamente en una larga agonía, sin que sus tiernos cuidados pudieran volverla á la vida, ni sus ruegos y lágrimas arrancar de su corazon el fatal secreto que la llevaba á la tumba.

Pero cuando su madre murió, cuando la vió desaparecer bajo la negra cubierta del ataud, y que espantada del inmenso vacío que se habia hecho en torno suyo, fué á arrojarse en los brazos de su padre, los vió manchados en sangre y la luz de una horrible revelacion alumbró de repente el espíritu de Clemencia. Tendió una mirada al pasado, y trajo á la memoria escenas misteriosas entonces para ella, y que ahora se le presentaban claras, distintas, horribles. Recordó las maldiciones dirigidas á Roque el Mashorquero, que tantas veces habian herido sus oidos y que ella en su amor, en su veneracion por su padre, estaba tan distante de pensar que caian sobre él. Ella que hasta entonces habia vivido en un mundo de amor y de piedad hallose un de repente en otro de crímenes y de horror. La verdad toda entera se mostró á sus ojos, y comparando con su propio dolor el dolor que su madre habia devorado en silencio, comprendió por qué habia preferido á la vida la eternidad y al lecho conyugal la fria almohada del sepulcro. Pero en el dolor de Clemencia no se mezcló ningun sentimiento de amargura. El alma de aquella hermosa niña se parecia á su nombre: era toda dulzura y misericordia. Su fatal descubrimiento en nada disminuyó la ternura que profesaba á su padre. Al contrario, Clemencia lo amó mas, porque lo amó con una compasion profunda; y, viéndolo marchar solo con sus crímenes en un sendero regado con sangre, llevando el odio bajo sus pies y la venganza sobre su cabeza, lejos de envidiar el reposo eterno de su madre, Clemencia deseó

vivir para acompañar al desdichado como un ángel guardian en aquella via de iniquidad, y si no le era posible apartarlo de ella, ofrecer al menos por él á Dios una vida de dolor y de expiacion.

Clemencia rechazó con horror el lujo que la rodeaba, porque en él vió el precio del crímen, y olvidando que era jóven, olvidando que era bella, y que en el mundo hay goces celestes para la juventud y la belleza, ocultó su esbelto talle y sus deliciosas formas bajo una larga túnica blanca, cubrió los sedozos rizos de su espléndida cabellera con un tupido velo, acalló los latidos con que su corazon la pedia amor, y se consagró toda entera al alivio de los desgraciados. Sobreponiéndose al profundo horror de su alma, hojeó esas sangrientas listas en que su padre consignaba el nombre de sus víctimas, y guiada por estos fúnebres datos; corria á buscar para adoptarlos á los huérfanos y viudas que el puñal de aquel habia dejado sin amparo en el mundo. Empleó para socorrerlos los talentos adquiridos en la esmerada educacion que habia recibido de su madre: dió lecciones de música y de pintura, y consagró sus horas á un constante trabajo. La pobre niña llena la mente de lúgubres pensamientos y con el corazon destrozado de dolor, tocaba alegres polkas que sus discípulos danzaban alegres y felices; y en la pavorosa soledad de sus noches, ella, que habia dicho un eterno adios á todas las dichas de la vida, se ocupaba en bordar vaporosos ramilletes en el velo de una desposada ó en la transparente y coqueta falda de un vestido de baile, sin que le

desanimaran las ideas dolorosas que esos accesorios de una felicidad á que ella no podia ya aspirar, despertaban en su alma: y con el precio de esos trabajos tan llenos de tristes emociones, corria á derramar el consuelo y la paz en el hogar de aquellas á quienes habia sacrificado el hacha de su padre. Como una tierna madre acariciaba é instruia á los niños, velaba á los enfermos con la ardiente solicitud de una hermana de caridad y auxiliaba á los moribundos con una elocuencia llena de uncion y piedad.

Entereramente olvidada de sí misma, Clemencia parecia vivir solo en la vida de los otros. Y sin embargo el mundo la sonreia á lo lejos, le abria los brazos, y le mostraba sus goces. Frecuentemente en sus piadosas correrias, Clemencia oia tras de sí voces apasionadas qus esclamaban:

Cuan bella es! Dichoso, mil veces dichoso, aquel que merezca una mirada de esos ojos!

Pero aquellas palabras de galanteria y amor en medio del sepulcral silencio de la ciudad desolada, escandalizaban los oidos de Clemencia como cantos profanos entre las tumbas de un cementerio, y ocultando el rostro entre los pliegues de su velo, se apartaba con el corazon oprimido de tristeza y disgusto.

II.

Un dia al anochecer, Clemencia vió entrar en su casa y dirijirse al cuarto de su padre algunos hombres de fisonomía patibularia, envueltos en largos ponchos bajo cuyos pliegues se veian brillar los mangos de sus puñales. Clemencia previó algo funesto en la presencia de aquellos hombres, y despues de haber vacilado algunos instantes corrió á aplicar el oido á la cerradura de una puerta que se abria sobre la habitacion de su padre.

Roque, de pié cerca de una mesa tenia en la mano algunos papeles, y hablaba en voz alta á su auditorio.

—Sí, amigos mios—decia—¡guerra á muerte á los unitarios! ¡guerra á muerte á esos malvados! ¿Vosotros creeis hacer mucho? Pues sabed que os engañais. Leed sino la lista de nuestras ejecuciones de este mes y cotejadla con las delaciones que hemos recibido hoy solamente. Leed y vereis que aun queda una inmensa obra al cuchillo

de la mashorca, cuando compareis el número de los que han caido con el de aquellos que caerán. . . . ¡que caerán sí, aunque se escondan bajo el manto de María!

—¡Reina del cielo!—murmuró Clemencia juntando las manos con angustia y volviéndose hácia la imájen de la Vírjen, su única compañera en aquella morada solitaria.—Si esa blasfemia ha llegado al pié de vuestro divino trono, no la escucheis ¡madre buena! desechadla con induljencia y alumbrad con una sonrisa de compasion al desdichado que camina en las tinieblas.

Al pronunciar estas últimas palabras, Clemencia volvió á oir la voz de su padre que leía:

—«A las nueve de esta noche, un hombre embozado se detendrá al pié del obelisco de la plaza de la Victoria, y dará tres silbidos. Ese hombre es Manuel de Puirredon, el incorrejible conspirador unitario, amigo de Lavalle y emigrado en Montevideo. La señal es dirijida á la hija de un federal que unida á él secretamente y convertida en su auxiliar mas poderoso, le entrega los secretos de su padre é instruido por esa señal del regreso del conspirador, irá á reunírsele para segundar sin duda el infame plan que le trae á Buenos-Aires.»

—¿Lo oís, camaradas? ¡Y aun están nuestros puñales en el cinto!—esclamó Roque con una ira feroz.

—¡Muera Manuel de Puirredon!—gritaron los asesinos desenvainando sus largos puñales.

Clemencia dirijió una mirada por la cerradura á la péndula que estaba enfrente de su padre, y se estremeció!

La aguja marcaba las ocho y cincuenta y cinco.

—¡Cinco minutos para salvar la vida á un hombre! ¡Cinco minutos para preservar á mi padre de un crímen mas! ¡Oh! Dios mio, alarga este corto espacio, y presta alas á mis piés.

Y envolviéndose en su largo velo blanco, salió de su casa corriendo, no sin volver muchas veces la cabeza por temor de que los asesinos se le adelantaran, inutilizando el deseo de salvar al desgraciado que sin saberlo se encaminaba á la muerte.

Al llegar al ángulo que forma la calle de la Victoria con la del Colegio, Clemencia divisó un bulto negro que cortando diagonalmente la plaza se dirijía al obelisco.

—¡Es él! murmuró con voz temblorosa, y corriendo en pos suya alcanzóle en el momento que tocaba ya la verja de hierro.

Muchos paseantes vagaban en aquel sitio halagados por la brisa de la noche, é impedian á Clemencia hablar con el desconocido.

Entonces ella se volvió hácia atras; pasó cerca de él y tocole lijeramente la espalda haciéndole una imperceptible seña de seguirle.

El embozado se volvió con impetuosidad y acercándose á Clemencia—¡Emilia! Emilia mia!—esclamó ciñendo apaciblemente el cuerpo de la jóven con uno de sus brazos, sin que ella pudiera impedirlo por temor de llamar sobre ellos la atencion.

Obligada asi á callar, Clemencia, al través de su velo

contempló al desconocido, cuyo rostro estaba iluminado en aquel momento por los rayos de la luna. Era un hombre jóven y bello como jamás Clemencia habia visto otro ni aun en sus poéticos ensueños de diez y seis años. Era alto y esbelto. En todos sus movimientos revelábase esa elegancia fácil, casi descuidada, que solo dan el uso del mundo y un nacimiento distinguido. La mirada á la vez profunda y lánguida de sus hermosos ojos, tenia un poder irresistible de atraccion que aliándose á la májica armonía de su voz, hacía de aquel hombre uno de esos seres que una vez vistos no pueden olvidarse jamás, y que dejan en nuestra vida una huella imborrable de felicidad ó de dolor.

Y el desconocido, bajo el poder de su engaño, repetia al oido de Clemencia:

—Emilia, héme aquí, amada mia, no como un conspirador, á envolverte de nuevo en la ruina de mis quiméricas esperanzas, sino como esposo apasionado á arrebatarte de los brazos de tu padre, y llevarte en los mios, lejos, muy lejos, al fondo de los desiertos, á algun paraje desconocido que tu amor convertirá para mí en un delicioso Eden. Ven, Emilia mia, abandonemos esta patria fatal. Dios la ha maldecido y nuestros esfuerzos y sacrificios para salvarla son vanos....

—¡ Oh !—continuó el proscrito con voz ahogada y estrechando aun mas á Clemencia contra su pecho—lo ves, Emilia: esta idea despedaza mi corazon.... pero aquí estás tú para calmar sus dolores y llenarlo de alegría....

[illegible] ¡Cuánto habrás [illegible] de ocultar [illegible]

[illegible] lanzó a un paraje solitario de [illegible] una mirada en torno suyo [illegible] de los brazos del des- [illegible] su error.

— [illegible] —[illegible] es Emilia!

—[illegible] Manuel de Puir- [illegible] cada segundo es [illegible] . . No lo veis?—conti- [illegible] su grupo negro al otro es- [illegible] —[illegible] son los puñales sangrientos [illegible] . . . Huid en nombre del [illegible] por vuestro hijo. . . . Id con [illegible] a realizar ese hermoso [illegible] que alboraa vuestra muerte. . . . Huid, [illegible] una calle sombría y [illegible]

III.

Al entrar en su casa Clemencia, fué á postrarse á los piés de la Vírjen, y ocultando su rostro bajo el velo de la sagrada imájen, lloró largo tiempo, murmurando entre sollozos palabras misteriosas: quizá algun dulce y doloroso secreto que ella habia querido ocultarse á sí misma, y que solo osaba confiar á aquella que guarda la llave del corazon de las vírjenes.

Desde ese dia el hechicero y melancólico rostro de Clemencia, palideció mas todavia, revistiéndose de una tristeza profunda. ¡Quién sabe que halagüeña vision cruzó por su mente con las palabras apasionadas de ese hombre! ¡Quién sabe que sentimiento hizo nacer su vista en aquel corazon jóven y solitario!

Algunas veces con la mirada perdida en el vacio, sonreía dulcemente; pero luego, como asaltada por un

amargo recuerdo, movía la cabeza en ademan de dolorosa resignacion murmurando en voz baja:—

Hija de la desgracia, heredera del castigo celeste, víctima expiatoria, piensa en tu voto; acuérdate que tu reino no es de este mundo.

Y sumida de nuevo en su mortal tristeza, consagrábase con mayor ardor á la mision de piedad que se habia impuesto.

—Clemencia—dijo á su hija un dia el mashorquero—¿por qué te hallo cada vez mas triste y meditabunda? ¿quién se atreve á causarte pesadumbre? Nómbralo, por vida mia, y muy luego podrás añadir—Desdichado de él!

—Nadie! padre . . . nadie!—respondió esta estremeciéndose, y levantó instintivamente la mano al corazon, como si hubiese temido que su padre leyera allí algun secreto.

—Nó . . . . tú me engañas . . . . Hace tiempo que advierto lágrimas hasta en tu voz cuando vienes á abrazarme.

—Padre . . . . replicó la jóven interrumpiéndolo y fijando en los sangrientos ojos del asesino los suyos azules y piadosos—¿no lo adivinas? Cuando despues de una noche de vigilia y ansiedad te veo llegar en fin y salgo á abrazarte, pienso con profundo dolor que los hijos de esos desdichados que diariamente siega el hacha de tu bando, no podrian gozar ya de esa felicidad que Dios me concede á mi todavia. ¡Oh padre! ¿no es este un gran motivo de tris-

teza y de lágrimas? En medio de esas sangrientas escenas no has llevado alguna vez la mano al corazon, y te has preguntado que harias tú mismo si vieras una mano armada del puñal bajarse sobre tu hija y degollarla . . . . ?

—Calla. . . . . ! calla, Clemencia. . . . . !—gritó el bandido—¿qué haria? El infierno mismo no tiene una rabia semejante á la que entonces moveria el brazo de Roque para vengarte. . . . Pero tú estás loca, niña! No sabes que los salvajes unitarios no tienen corazon como nosotros, que amamos y aborrecemos con igual violencia . . ?

—Padre, tú sabes que eso no es cierto ! ¿qué dicen pues los gritos desgarradores de esas madres, los gemidos de esas esposas y el triste llanto de esos huérfanos que á todas horas oigo elevarse al cielo contra nosotros ? No te dicen que las fibras rotas por tu puñal en el fondo de sus almas son tan sensibles como las nuestras ?

—Callá, repitió, calla, Clemencia ! Tienes una voz tan insinuante y persuasiva que me lo harías creer; y entónces ¿ qué pensaría el general Rosas de su servidor ? ¡ Cómo se burlaría Salomon y Cuitiño de su compañero ! Nó . . . Véte ! no quiero escucharte, hoy sobre todo que Manuel Puirredon, ese bandido unitario á quien he jurado degollar, vaga entre nosotros invisiblemente y como protejido por un poder sobrenatural . . . Oh ! pero en vano me inquieto. . . ¡ qué locura ! Este corazon está lleno de ódio, y ya no cabría en él la piedad . . . . . Escucha sino esta historia . . . .

Hace algunos meses entré á oir misa en la iglesia del Socorro.

—Padre! Osasteis entrar en el templo de Dios con las manos manchadas!

—¿De sangre? Si, por cierto ¿por qué no, si es sangre de unitarios, esos enemigos de Dios.

Entré, como decia, en la iglesia del Socorro. Apenas habia comenzado la misa un hombre á cuyo lado me habia arrodillado volvióse de repente y habiéndome contemplado un segundo como para reconocerme paseó sobre mí una mirada de desprecio y apartándose con insolente repugnancia, fué á colocarse muy lejos de aquel sitio. Aquella accion me denunció un unitario. El miserable habia reconocido á Roque, pero ignoraba lo que era la venganza de Roque.

Mis ojos no se apartaron de él durante la misa y al salir de la iglesia vile entrar al frente de una casa pequeña, casi arruinada.

En la noche de ese dia, mientras aquel hombre olvidado del agravio que me habia hecho y con dos niños en los brazos estaba tranquilamente al lado de su mujer, ocupada en bordar el ajuar para el tercero que iba á nacer, yo guié á su casa la Mashorca; y entre los brazos de su esposa y de sus hijos hundí mil veces mi puñal en su corazon salpicando los pañales del que aun no habia visto la luz.

—Clemencia! Clemencia! ¿qué tienes?

El asesino alargó el brazo para sostener á su hija, que

vacilante y trémula lo rechazó con mal disimulado horror.

—Por algun tiempo—continuó él—creí que sería *eso* que llaman remordimiento el recuerdo imborrable que aquella escena de sangre, de gritos y de lágrimas dejó en mi imajinacion; pero ¡ah! era solo el contento de una venganza satisfecha. El dia en que Roque conociera la compasion ó el remordimiento, la hoja de esta arma se empañaría y... mira como resplandece.... dijo el bandido, haciendo brillar su ancho puñal á los ojos de su hija.

Y ocultándolo en seguida entre la faja de su chiripá se alejó, sin duda para volver á su horrible tarea.

Clemencia se sintió anonadada bajo el peso de las espantosas palabras que habia escuchado. Débil, quebrantada, exánime fué á caer á los pies de su divina protectora elevando hácia ella las manos en angustiosa plegaria.

A medida que oraba la esperanza y la fé descendían á su corazon; y cuando se levantó, su frente volvió á iluminarse con la serenidad de la resignacion.

—Nunca es ¡tarde para tu infinita misericordia, Dios mio— dijo ella alzando al cielo su mirada.—La hora del arrepentimiento no ha llegado todavia; pero ella sonará.

En seguida visitó el tesoro que guardaba para los desgraciados; tomó consigo una cesta de provisiones y

un bolsillo de oro; y á favor de las sombras de la noche, fué á buscar aquella casa de que habia hablado su padre.

Reconocióla en la huella del hacha de los bandidos que rompiendo el postigo la habian dejado abierta; Clemencia iba á pasar el umbral de una habitacion desnuda y miserable, cuando oyendo una voz que hablaba dentro se detuvo y contempló el cuadro que se ofrecia á su vista.

En un rincon del cuarto, sobre un lecho pobre y desabrigado, yacia una mujer jóven, pero pálida y enflaquecida, con un recien nacido entre sus brazos. Mas lejos, un niño de seis años y otro de cuatro estaban sentados bajo las mantas de una camita suspendida en forma de cuna por cuatro cuerdas reunidas y pendientes de una viga del techo.

La luz opaca de una vela que ardia en el suelo daba á aquella morada un aspecto lúgubre que, unido al recuerdo de la espantosa escena ocurrida allí despedazó de dolor el alma de Clemencia.

—Mamá—decía con voz lamentable el menor de los dos niños—tengo hambre. ¿Que has hecho del pan que comimos ayer?

La madre exhaló un profundo jemido al mismo tiempo que el otro niño respondió con acento grave y resignado:

Lo comimos, Enrique, lo comimos y mamá no tiene dinero para comprar otro, porque está enferma y no puede trabajar. No la atormentes; y durmamos como el

pobre angelito que ayer cayó del cielo entre nosotros.

—Ay! él tiene el pecho de mi mamá y yo tengo hambre... tengo hambre! replicaba Enrique llorando.

—Dios mio! esclamó la madre entre sollozos—si en la sabiduría de tus designios quisiste que el hacha homicida abatiera el árbol mas robusto, yo adoro tu voluntad y me resigno; pero ten piedad de estas tiernas flores que comienzan á abrirse á los rayos de tu sol. ¡Señor! tu que alimentas las avecillas del aire, los gusanos de la tierra y que oyes llorar de hambre á mis hijos ¿no enviarás en su socorro uno de los millares de ánjeles que habitan tu cielo...?

Ah! hélo ahí—murmuró viendo á Clemencia que arrodillada ante la cama de los niños les presentaba las provisiones que había traido.

La madre juntó las manos y contempló con relijiosa admiracion á aquella bellísima jóven, cuyo blanco velo plegado como una aureola en torno de su frente parecía iluminar las tinieblas que la rodeaban, y que inclinada sobre sus hijos como el genio de la misericordia los cubría con una mirada de ternura y de dolor. La pobre mujer creíala un ángel descendido á su ruego; é inmóvil, temia que un ademan, que un soplo, desvanecieran la divina vision, restituyéndola á la horrible realidad. Y cuando Clemencia se acercó á su lecho, la sencilla hija del pueblo alargó ansiosamente la mano para tocar las suyas y

convencerse de que no era una aparicion sobre-humana.

—¡Oh! tu, que has venido á derramar el consuelo en esta morada de dolor,—exclamó abrazando las rodillas de la jóven—¿quién eres, criatura angelical?

—Soy un ser desventurado como vosotros y vengo á buscar á mis compañeros de dolor. Vengo á deciros: Madre cristiana, confiad en aquel que enjuga toda lágrima y acalla todo jemido. El vela sobre todos de lo alto de su cielo y puede hacer de la mas débil criatura un instrumento de su misericordia. ¿Habeis quedado sola y desamparada? Yo estaré cerca de vos y sereis mi hermana querida. ¿Vuestros hijos necesitan de un protector? Yo lo seré. ¿Os hallais falta de todo? He aquí oro para que lo procureis.

—Ah! sois una santa!.....—dijo la viuda, inclinándose devotamente—bendecid á mi hijo y dadle un nombre; porque todavia no está bautizado.

Y puso al recien nacido en los brazos de Celmencia.

—Llamadle *Manuel*—dijo ella en voz baja, y al pronunciar este nombre la pálida frente de la vírgen se ruborizó, y sus ojos brillaron con estraño fulgor.

—Manuel, continuó, besando al niño con timidez—yo seré para tí una nodriza solícita y apasionada. Tu madre no tendrá celos, pues para ella serán todas tus caricias; para mí solo la dicha de poder decir cada dia—Manuel ¡yo te amo!

—Ay de mí!—exclamó la pobre madre, cubriendo

sus ojos con la mano de Clemencia, y sollozando profundamente—bien pronto lo sereis todo para él. Mi esposo me llama desde la eternidad. El puñal del asesino no ha podido romper el lazo que unia nuestras almas, y la mia se vá, aunque á pesar suyo, y gimiendo amargamente por estas otras almas que se quedan penando en la tierra. Y la infeliz señalaba á los niños con ademan desesperado.

Clemencia la escuchaba con terror. La hija del asesino pensó estremecida de espanto en los crímenes de su padre, cuya imájen nunca se le habia presentado tan horrible. Pero sobreponiéndose á las lúgubres ideas que la abrumaban, llamó á la madre al cumplimiento de su deber en la tierra, y á la cristiana á la resignacion en la voluntad del cielo.

—Madre mia—dijo el mayor de los niños cuando quedaron solos—¿cuál de los ángeles del Señor es este que ha venido á visitarnos? ¡Que hermosos son sus largos cabellos rizados como los de nuestra Señora del Socorro!

—Y sus ojos, mamá—replicó el mas pequeño—sus ojos azules como el cielo y sus pestañas ¿no es cierto que se parecen á los rayos de esa estrella que nos está mirando por la ventana?

—Si, hijos mios—dijo la viuda sonriendo tristemente á sus niños—es un bello ángel que Dios tiene en la tierra para consolar á los infelices.

—Ah! es un ángel de la tierra—por eso está tan

[illegible] arreglaba nuestra [illegible]

—[illegible] madre mia?

—[illegible], hijos mios, [illegible] agrimas como ha en-[illegible] hijo a [illegible], haciendo arrodillar [illegible] de la madre.

V.

Clemencia entre tanto se alejaba con lentos y vacilantes pasos. La espresion de su semblante revelaba un profundo desconsuelo. Pensaba en la omnipotencia del mal y en la impotencia del bien. Un solo golpe de puñal habia bastado á su padre para abrir el insondable abismo de infortunio que acababa de contemplar, y ella con toda una vida de sacrificios y abnegacion ¿qué habia alcanzado? Aliviar el hambre y la desnudez; curar dolores materiales: para los del alma nada habia hallado sinó lágrimas. Y á esta idea Clemencia se sintió abrumada por un inmenso desaliento. Pero como siempre cuando temia que su fé vacilara, la vírjen elevó su pensamiento á Dios, pidiéndole algun grande sacrificio que la revelase el secreto de hacer descender la felicidad donde reinaba el dolor.

Un nombre pronunciado muchas veces con acento

feroz, despertó bruscamente á Clemencia de su triste meditacion. Miró en torno suyo, y se encontró entre un grupo de hombres cuyo aspecto siniestro llamó su atencion. Embozábanse en largos *ponchos;* y armados todos de puñales guardaban cuidadosamente una puerta. La hija del mashorquero los reconoció. Aquellos hombres eran los compañeros de su padre; aquella casa era la *Intendencia,* el sitio consagrado á las ejecuciones secretas, el *in pace* donde los unitarios entraban para no salir jamás, y en cuyas bóvedas el dedo del terror habia grabado para ellos la lúgubre inscripcion del Dante.

Mientras Clemencia trémula y palpitante de ansiedad procuraba oculta detras de una columna escuchar lo que hablaban aquellos hombres, un jinete montado en un caballo negro, y cuya espada de largos tiros chocaba ruidosamente contra el encuentro de la lanza que empuñaba, detuvo con una sofrenada y una maldicion la fogosa carrera de su corcel; y acercándose al grupo que custodiaba la puerta:

—Teniente Corbalan—gritó con voz ronca y breve—toma veinte hombres y ronda el Bajo, mientras yo hago una batida en Barracas. ¡Por las garras del diablo! Consiento en dejar de ser quien soy si el sol de mañana no encuentra la cabeza de Manuel Puirredon clavada en esta lanza.

Y undiendo las espuelas en los flancos de su caballo, se alejó como un sombrío torbellino.

Clemencia pálida y helada de espanto cayó sobre

sus rodillas. El hombre que acababa de hacer ese horrible juramento era su padre.

—Corbalan—dijo uno de aquellos bandidos—llévame contigo. . . .Quiero matar hombres y no guardar mujeres.

—Si Alma-negra te hubiera entregado la que está en el calabozo de las Tres Cruces, no te habria pesado guardarla para tí—dijo riendo atrozmente otro de ellos.

—Ah! viejo tigre! sorprender á la hermosa que esperaba á su galan, atarla como un cordero al arzon de la silla, traerla bajo el poncho á la Intendencia, encerrarla en el calabozo de las Tres Cruces donde hay mas de cincuenta sepulturas. . . . ¿qué pensará hacer de ella?

—Poca cosa! Matarla en lugar de su marido, y matarla con él si logra atraparlo.

Clemencia no escuchó mas. Alzóse fuerte y resuelta; acercóse con entereza al jefe de los bandidos, y dando á sus ojos la negra mirada de su padre, levantó el velo y le dijo con voz imperiosa.

—Teniente Corbalan! ¿me conoceis?

—La hija del comandante!—esclamó el mashorquero descubriéndose.

Los bandidos se apartaron respetuosamente, y la jóven sin dignarse añadir una palabra, pasó el umbral y se internó en las sombras del fatídico edificio.

En la oscuridad del lóbrego portal que daba entrada al patio de los calabozos, Clemencia divisó un hombre de pié, inmóvil y apoyado en una alabarda. Vestia el

uniforme de gendarme y ella le creyó un centinela; pero al acercarse á él se estremeció.

La jóven no tuvo para reconocerlo necesidad de ver su rostro que cubria la ancha manga de una gorra de cuartel.

—¡Desventurado!—murmuró Clemencia al oido de aquel hombre y estrechando su brazo con terror.—Qué haceis aquí? ¿No habeis oido?

—Sí, respondió él, cerrándola el paso—Soy aquel que los asesinos buscan con tan feroz afan. Sus puñales estan sobre mi cabeza, pero yo he venido á salvar á mi amada ó perecer con ella. Mirad, continuó hiriendo con el pié un objeto sin forma que yacia en tierra—he matado un centinela, y armado con sus despojos velo aquí para tender á mis pies al primero que atraviese el dintel de esa puerta.

—Manuel Puirredon!—dijo Clemencia descubriendo su bello rostro y posando en los ojos del proscrito una mirada inefable ¿os acordais?

—Ella!.... esclamó el unitario—¡el ángel que me salvó..!

—¿Teneis confianza en mí? Me abandonareis el cuidado de salvar á aquella que buscais?

—Ah!—respondió él con un transporte que Clemencia reprimió asustada—por esas solas palabras, hermosa criatura, héme aqui á vuestros pies. Pedid mi sangre.....mi alma.....todo os lo daré.

—Alejaos pues de este funesto lugar; trasponed esa

puerta fatal, y esperad á vuestra amada donde ella os esperaba poco há.

—Nó! Todo....menos alejarme un paso de aqui.

—Oh! Dios mio! quiere perderse!....Pues bien.. juradme al menos permanecer inmóvil bajo vuestro disfraz, y no atacar á nadie cualquiera que sea que pase por este sitio.

—Duro es hacer esa promesa!....pero pues lo quereis, ¡sea!

—Gracias! gracias!....esclamó ella estrechando la mano del proscrito, en la que éste sintió caer una lágrima—Sed feliz, Manuel Puirredon..... ¡Adios!

Y la jóven bajando el velo se perdió entre las sombras.

El unitario oyó á lo lejos un ruido áspero de cerrojos y dijo:

—Es la puerta de su calabozo.... ¡Emilia! Emilia mia!

Y con la mirada y el oido atento, interrogaba angustiosamente á la noche y al silencio. Y asi pasaron con la lentitud de los siglos dos, cinco, diez minutos; y Puirredon, en su mortal inquetud, estaba ya próximo á quebrantar el juramento y á correr tras aquella que se lo habia impuesto.

Al fin allá á lo lejos el blanco velo de Clemencia apareció de repente entre las tinieblas de un lóbrego pasadizo. Puirredon la vió venir sola y olvidando su promesa, olvidando su peligro, olvidándolo todo, arrojò una

esclamacion de dolor y corrió á su encuentro. Pero al llegar á ella dos brazos cariñosos rodearon su cuello, y unos lábios de fuego ahogaron en los suyos un grito de gozo.

—Silencio, amado mio!—dijo una voz querida al oido del proscrito. Un milagro me ha salvado. La vírjen del Socorro ha descendido á mi calabozo para librarme. Sí. Yo la he reconocido en su celeste belleza y en la melancólica sonrisa de su lábio divino. Este es su sagrado velo. . . . él nos protejerá. . . . Huyamos. . . .

Y la mujer encubierta arrastró tras de sí al proscrito.

Cuando los fujitivos llegaban á la puerta vieron avanzar un ginete que haciedo dar botes á su caballo entró en el portal, y arrojándose en tierra desenvainó su puñal y en un silencio feroz se encaminó al patio de los calabozos.

A su vista Puirredon sintió estremecerse entre las suyas la mano de su compañera, y la oyó murmurar bajo su velo con acento de terror:

—Alma-negra!!!

Mas luego traspusieron ambos el umbral maldito, y respiraron el aura embalsamada de la libertad.

Entre tanto Alma-negra atravesó el patio y llegando al calabozo de las Tres Cruces descorrió los pesados cerrojos y buscó á tientas entre las tinieblas.

Un rayo perdido de la luna menguante deslizándose por la estrecha claraboya de la bóveda, formaba una

mancha lívida en el húmedo pavimento, haciendo mas densas las tinieblas de aquella espantosa mazmorra. Sin embargo, el ojo ávido del bandido descubrió una forma blanca.

Fúese hácia ella, estendió su mano sangrienta, y palpando el cuello de una mujer, hundió en él su puñal, gritando con rábia:

—Delatora de nuestros secretos; cómplice de los infames unitarios, muere en lugar del conspirador que amas, pero sabe ántes que ni tus huesos se juntarán con los suyos, porque tu sepulcro será el fondo de este calabozo.

Y hablando asi, arrojó una espantosa carcajada.

Al sentirse herida de muerte la desventurada llevó las manos á su cuello dividido, y conteniendo la sangre que se escapaba á torrentes de la herida:

—Dios mio !—murmuró—mi sacrificio está consumado ! cumplida está la mision que me impuse en este mundo: haced ahora, Señor, que mi sangre lave esa otra sangre que clama á vos desde la tierra.

Al acento de aquella voz Alma-negra sintió romperse su corazon, y los cabellos se erizaron sobre su cabeza. Alzóse rápido y levantando á su víctima corrió á la claraboya y miró al rayo de la luna su rostro ensangrentado.

—Clemencia ! !—gritó el asesino con un horrible alarido.

—Padre ! . . . . . .pobre padre ! . . . . . .eleva al cielo

[illegible] y [illegible] allí—hallaron la dulce voz de la [illegible] al [illegible] último suspiro.

El [illegible] desplomado en tierra, arrastrando [illegible] al [illegible] de su hija degollada. . . .

Pero la sangre de la virgen halló gracia delante de Dios, y como un bautismo de redencion, hizo descender sobre aquel hombre un rayo de luz divina que lo [illegible].

UNA APUESTA.

I.

¿Quien no ha oido hablar del jenio burlon y aventurero de la hermosa Eleonora de Olivar, duquesa de Alba? Emanacion brillante del sol andaluz, la hechicera sevillana entró un dia como un ardiente torbellino en la austera corte de Cárlos III despertando los graves ecos de su álcazar con las risas de su inagotable alegria.

Los cronistas de la época se estienden con delicia en la relacion de las graciosas locuras de aquella amable aturdida que por tanto tiempo tuvo en contínua agitacion, en perpetua zozobra, la corte y la ciudad; porque fastidiada algunas veces de sus travesuras aristocráticas, descendia con frecuencia del mundo brillante que habitaba para buscar otras mas picantes en la plebeya atmósfera de las callejuelas.

En nuestros dias Eleonora habria sido horriblemente calumniada; pero en aquellos benditos tiempos se tenia

mas confianza en una mujer honrada, y el duque de Alba y á ejemplo suyo toda la corte, veneraban profundamente la virtud de la duquesa. Honor á la fé de nuestros mayores!

Pero si Eleonora era burlona no era maligna como lo son generalmente aquellos que tienen ese odioso caracter. Ni con sus chistes, ni con sus locuras jamás hirió el amor propio ni la sensibilidad de nadie. Al contrario, si ella gustaba de reir era mas bien para alegrar á las otras y sus travesuras eran tan benévolas y lisonjeras que cautivaban para siempre el corazon de aquel que era su objeto. Así el estudiante á quien en tan lijero equipo hizo bailar aquella célebre zarabanda la debió su fortuna y el capitan de guardias la restitucion del régio amor que le habia robado.

—Duque, te parezco bien así?—dijo un dia Eleonora presentándose á su marido vestida de peregrina.

—Encantadora!—respondió el duque contemplándola admirado—Oh! Jamás la túnica de la viajera cubrió un cuerpo tan gentil.

—Gracias, mi bello caballero!—respondió la irresistible andaluza, rozando con su delicada mejilla la negra barba del castellano—Pero no es para oir tus amables galanterías que me presento á tí vestida de esta manera.. Mi objeto es alcanzar una piadosa concesion.

—Pide lo que quieras, hermosa mia, con tal que me permitas besar esos piecesitos calzados con zandalias.

—Están á tu disposicion, duque, si quieres dejar á la mia un mes de mi existencia.

—Y que harás de ese mes? Supongo que no querrás robármelo.

—Iré sola y á pié en peregrinacion á Santiago de Compostela.

—Sola . . . . ¡ y á pié . . . ! á Santiago . . . !

—Sí, señor.

—¿Eleonora, piensas en lo que dices?

—Con toda la seriedad de que soy capaz, duque.

—¿Has olvidado la adorable revelacion que anoche me hiciste?

—Te dije que tenias ya un heredero.

—¿Y no seria destruir esa esperanza el ceder á la locura que imaginas?

—Precisamente para que esa esperanza se realice debes consentir en mi peregrinacion.

—¿Cómo?

—Es un antojo. Ya sabes que si no lo cumpliese moriria nuestro hijo.

—¿Y crees tu que viviera si yo fuese bastante insensato para esponerle á las fatigas y accidentes de ese largo y penoso viaje?

—Sin embargo será necesario que me dés permiso . . ¡Es un antojo!

—¡Que delirio! ¿Como puedes, querida mia, persistir en esa estravagancia? Sin contar con el estado en que te hallas, tu posicion y tu empleo en la corte te retienen cerca de la reina. ¿Que diria Su Magestad si le hablaras de tan estraña idea?

—Tengo ya su permiso para pasar un mes en nuestros estados.

—¿Y la princesa de Asturias?

—La princesa de Asturias está envidiosa de mí y me aborrece lo bastante para alegrarse de mi ausencia, aunque yo fuera hasta la Meca.

—Eres demasiado hermosa para justificar la envidia de la princesa. Donde tu aparecés, toda belleza se eclipsa.

—Vamos, señor de Alba! No piense Vueselencia adormecerme con sus lisonjas. . . . ¡El permiso, señor! El permiso!

—Imposible, hermosa mia; tan imposible como que *ria el conde de Giron*—dijo el duque creyendo cortar la cuestion.

—Quién es el conde de Giron y por qué no ha de reir? Cuéntame eso, duque—dijo volublemente Eleonora echando uno de sus brazos al cuello de su marido y dejando sobre sus rodillas el sombrero adornado de conchas.

—El conde de Giron, amada mia, es un señor del antiguo réjimen tan apegado á las costumbres de su tiempo que no pudiendo sufrir las innovaciones que el progreso ha traido á los nuestros, abandonó la corte y el empleo que en ella tenía, retirándose á uno de sus castillos cerca de Aranjuez donde vive como en el tiempo del rey Rodrigo y cercado de escuderos, pajes y dueñas tan anticuados como pide el gusto de su señor, cuya gravedad por otra

parte incontrastable ha pasado á proverbio y es fama que nunca quiso casarse por no tener que sonreir á su novia siquiera el dia de la boda. Asi, cuando se quiere calificar algo de imposible en grado superlativo se le compara con la risa del conde de Giron.

—Muy bien. Y si el Conde de Giron riera ¿qué dirias, duque?

—Dijera que el buen apóstol Santiago enamorado de tu hermosura hacía un milagro para lograr la dicha de verte.

—Oh! duque, por esta vez caí en el lazo de tu lisonja. Acepto la hipótesis. Besa mis sandalias y haz mañana una visita al conde de Giron.

—¿Es una apuesta, Eleonora?

—Sí, duque.... Es una apuesta.

II.

En la tarde del siguiente dia el duque de Alba de vuelta de la caza pidió hospitalidad en el castillo de Giron y fué recibido con todas las ceremonias de la antigua usanza.

El cuerno del vijía tocó la fanfara que anunciaba la visita de un gran señor; el puente levadizo se bajó con estrépito; los escuderos acudieron al estribo; los pajes de rodillas descalzaron las espuelas del duque; las dueñas envueltas en sus blancas y reverendas tocas le presentaron el aguamanil de oro y el pebetero de zahumerio y mas allá en fin, de pié en la puerta del salon de honor, el viejo castellano recibió al duque con toda la rijidez de la etiqueta que Felipe V heredó de su bisabuelo; con todos esos requisitos del paso y del asiento que hicieron al duque sonreir mas de una vez pensando en su mujer, porque el grave personaje hacia todas aquellas evoluciones de de la antigua ordenanza palaciega con una seriedad im-

portarbable que prometia al de Alba un triunfo seguro en su apuesta.

El cuadro del vijia se dejó oir de nuevo y un momento despues el portero de estrados anunció al Conde que un jóven con trazas de estudiante en vacaciones se habia presentado á las puertas del castillo, pidiendo ser introducido cerca del señor á quien tenia que comunicar un asunto importante á la casa de Giron.

—A la casa de Giron!—observó gravemente el conde—Yo soy el único representante de esa casa y tengo obligacion de escucharlo. Hacedle entrar.

El portero de estrados trasmitió la órden y un momento despues abriéndose la puerta de las entradas ordinarias, apareció en el umbral iluminado por los últimos rayos del sol, un muchacho cubierto con una hopalanda desgárrada en todos sentidos pero que el picarillo llevaba tan gallardamente como el conde su capa de grana. Cubrian la mitad de su rostro las anchas y agujereadas alas de un gran sombrero que se quitó al entrar, mostrando unas facciones llenas de malicia y dos hermosos y ardientes ojos negros que guiñaron solapadamente al duque de Alba, aturdido ante aquella aparicion.

—Señor conde—dijo con desenfado el estudiantillo avanzando hácia el castellano—tengo el honor de presentaros en mi humilde persona á uno de vuestros mas próximos parientes.

—Tú!—esclamó el conde arqueando las cejas y alargando desdeñosamente el labio—¿Qué es lo que dices?

—Vuestro mas próximo pariente— repitió el diablillo— ¡Qué! ¿no conoceis los rasgos de familia?

—En fin—replicó severamente el conde—¿Quién eres tú?

—Un Giron por los cuatro costados y sino miradme....

Y dando una rápida vuelta ostentó uno á uno á los ojos del conde los mil *girones* de que se componia su vestido.

Entonces un acontecimiento inaudito, un estraño fenómeno se efectuó en el castillo de Giron. Los labios del conde se dilataron, sus dientes vieron por vez primera la luz del sol y con espanto del duque de Alba oyóse un ruido insólito, una carcajada que atrajo á aquel sitio á los escuderos, pajes y dueñas y hasta diz que despertó asustados á los murciélagos que dormian en el antiguo artesonado.

El diablillo se volvió radiante hácia el duque y le dijo inclinándose graciosamente:

—El apóstol Santiago hizo el milagro y he ganado mi peregrinacion.

Y sonriendo maliciosamente recojió su sombrero y desapareció.

Lima 1855.

EL

LUCERO DEL MANANTIAL

Episodio de la dictadura de don Juan Manuel Rosas.

I.

MARIA.

Era la hora en que calla el áspero relincho del potro salvaje; en que el *coyuyo* se adormece sobre el sinuoso tronco de los algarrobos, y en que el misterioso *pacui* comienza su lamentable canto.

La luna alzaba su disco brillante tras los cardos de la inmensa llanura; y su arjentado rayo, deslizándose entre el frondoso ramaje de los *ombúes* y las góticas ojivas de la ventana, bañaba con amor el dulce rostro de María.

Viajero del Plata! En vuestras lejanas escursiones en la campaña, ¿osteis hablar de María?

Su recuerdo vive todavia en las tradiciones del Sur.

María era la flor mas bella que acarició la brisa tibia de la Pampa.

Alta y esbelta como el junco azul de los arroyos,

semejábale tambien en su elegante flexibilidad. Sombreaba su hermosa frente una espléndida cabellera que se estendia en negros espirales hasta la orla de su vestido. Sus ojos, en frecuente contemplacion del cielo, habian robado á las estrellas su mágico fulgor; y su voz dulce y melancólica como el postrer sonido del arpa, tenia inflecsiones de entrañable ternura que conmovian el corazon como una caricia. Y cuando en el silencio de la noche se elevaba cantando las alabanzas del Señor, los pastores de los vecinos campos se prosternaban creyendo escuchar la voz de algun ángel estraviado en el espacio.

El viajero que la divisaba á lo lejos pasar envuelta en su blanco velo de vírjen, á la luz del crepúsculo, bajo las sombras de los sauces, esclamaba:

—Es una hada!

Pero los habitantes del *Pago* respondian:

—Es la hija del comandante, el LUCERO DEL MANANTIAL.

En los últimos confines de la frontera del Sur, cerca de la línea que separa á los salvajes de las poblaciones cristianas, en el Pago del Manantial y entre los muros de un fuerte medio arruinado, habitaba María al lado de su padre, entre los soldados de la guarnicion.

El adusto veterano, antiguo compañero de Artigas, desarrugaba solo el ceño de su frente surcada de cicatrices para sonreir á su hija.

Para aquellos hombres hostigados por frecuentes

invasiones y cuyos rostros tostados por el sol de la Pampa espresaban las inquetudes de una perpétua alarma, era María una blanca estrella que alegraba su vida derramando sobre ellos su luz consoladora.

Pero ella, que era la alegria de los otros, ¿por qué estaba triste? ¿qué sombra habia empañado el cristal purísimo de su alma?

La hora del dolor habia sonado para ella, y María pensaba. . . .pensaba de amor.

II

UN SUEÑO.

Una noche vino á turbar una vision el plácido sueño de la vírjen.

Vió un vasto campo cubierto de tumbas medio abiertas y sembrado de cadáveres degollados. De todos aquellos cuellos divididos manaban arroyos de sangre, que uniéndose en un profundo cauce, formaban un rio cuyas rojas hondas murmuraban lúgubres gemidos y se ensanchaban y subian como una inmensa marea.

Entre el vapor mefítico de sus orillas y hollando con planta segura el sangriento rostro de los muertos, paseábase un hombre cuyo brazo desnudo blandía un puñal.

Aquel hombre era bello; pero con una belleza sombría como la del arcángel maldito; y en sus ojos azules

como el cielo, brillaban relámpagos siniestros que helaban de miedo.

Y sinembargo, una atraccion irresistible arrastró á María hácia aquel hombre y la hizo caer en sus brazos.

Y él envolviéndola en su sombría mirada abrazó sus lábios con un beso de fuego, y sonriendo diabólicamente rasgóla el pecho y la arrancó el corazon, que arrojó palpitante en tierra para partirlo con su puñal.

Pero ella, presa de un dolor sin nombre, se echó á sus piés y abrazó sus rodillas con angustia.

En ese momento se oyó una detonacion y María dando un grito se despertó

III.

EL ENCUENTRO.

—Era un sueño! esclamó palpando su pecho virjinal agitado todavía por los tumultuosos latidos de su corazon. Era un sueño!

Y pasando la mano por su frente para alejar las últimas sombras del terrible ensueño, María saltó del lecho, vistió sus ropas de fiesta, trenzó con flores su larga cabellera, y sentada gallardamente sobre el lustroso lomo de un brioso alazan, dióse gozosa á correr por los frescos oásis, sembrados como una via láctea en las inmensas llanuras del Sur.

De repente el fogoso potro robado á las numerosas manadas de los salvajes, aspirando con rabioso deleite las magnéticas emanaciones que el viento traia de su

agreste patria, sacudió su larga crin, mordió el freno, y burlando la débil mano que lo rejia, partió veloz como una flecha, saltando zanjas y bebiendo el espacio.

María, pálida de espanto, vióse arrebatar lejos del límite cristiano al través de las complicadas sendas que trillan los bárbaros con el afilado casco de sus corceles; y su terror crecia á la vista de un bosque negro que terminaba el horizonte y entre cuyo ramaje el miedo dibujaba sombras confusas que se ajitaban.

De improviso vibró en el aire un silbido estraño semejante al chillido de una águila, y el caballo embolado por una mano invisible se abatió sobre sí mismo á tiempo que la jóven se deslizaba al suelo sin sentido.

Al volver en sí, se encontró reclinada en los brazos de un hombre y con la mejilla apoyada en su pecho.

Ese hombre era sin duda quien la habia salvado; y María separándose de sus brazos, alzó hácia él una mirada de gratitud.

Era jóven y bello; pero al verlo María dió un grito y volvió á caer exánime á los piés del incógnito.

Aquel hermoso jóven era el fantasma de su sangriento sueño. . . . . .

V.

AMOR Y AGRAVIO.

Ocho dias mas tarde, María velando inquieta, con el oido atento y la mirada fija, medio desnuda y oculta tras las vetustas ojivas, esperaba todas las noches á un hombre que llegando cautelosamente al pié del ombú asíase á sus ramas, escalaba la ventana y caía en sus brazos.

Y la jóven lo estrechaba en ellos con pasion: y apartándolo luego de sí, contemplábalo con delicia y volvía á arrojarse en sus brazos esclamando:

—Manuel! Manuel! por qué te amo tanto, á tí que no se quien eres, á tí el terrible fantasma de mi sueño?.. Y sin embargo; quien quieras que seas, vengas del cielo ó del abismo, y aunque despedaces mi pecho y me arranques el corazon, te amo! te amo!

Y María deliraba de amor, hasta que la luz del alba le arrebataba á su amante, que deslizándose furtivamente entre el oscuro ramaje, se desvanecía con las sombras.

Pero una vez, María lo esperó en vano. Y desde entonces, cada noche, sola y con el corazon palpitante de dolorosa ansiedad, vió pasar sobre su cabeza y perderse en el horizonte todos los astros del cielo, sin que aquel que alumbraba su alma volviera á aparecer jamás.

Por ese tiempo, la antorcha de la guerra civil abrasó aquellas comarcas, y el fragor del cañon homicida ahogó las risas y los gemidos.

V.

DIEZ AÑOS DESPUES.

En las últimas horas de un dia de verano, una silla de posta atravesó rápidamente las calles de Buenos Aires, y entró al patio de una hermosa casa en la calle de la Victoria. Un hombre de porte distinguido que asomado al balcon parecia esperar con impaciencia, bajò presuroso y adelantándose al cochero corrió á abrir la portezuela del carruaje, tendiendo los brazos á una bellísima mujer que se arrojó á su cuello.

—Mi amada María!

—Amigo mio!

Esclamaron ambos á la vez estrechándose con ternura

—¿Y mi hijo?....mi Enrique? dijo de pronto la

dama arrancándose de los brazos de su marido y tendiendo en torno una codiciosa mirada.

—Nuestro hijo, respondió él haciéndola entrar en un magnífico salon; nuestro hijo, amada mia, se halla en esta hora en el momento mas solemne de su vida escolar: dá un brillante exámen. Acabo de dejarlo triplemente coronado; pero el prémio mas grato para él será el beso de su madre.

—Querido niño! ¿Es tan bello como á los doce años? Oh!.... Alberto!....perdon!

—Perdon! ¿Y de qué, amada Maria? ¿De ser una buena madre como eres una buena esposa? Al contrario! gracias por el amor que guardas para ese hijo cuya ternura ha alumbrado los tristes dias de tu ausencia en los cinco años que me has dejado aqui solo. Ah! ¿qué placer encontrabas en habitar Córdoba, lejos de tu hijo....lejos de tu esposo?

—Oh! Alberto, noble y jeneroso corazon! esclamó ella, doblando una rodilla ante su marido.

Alberto la alzó en sus brazos.

—Todavia esa injusta timidez! todavia esos importunos recuerdos! me habeis prometido desecharlos y ser feliz.

Y soy dichosa, amigo mio. ¿Quién no lo sería cerca de ti? Pero, á medida que el tiempo pasa, la audaz confianza de la juventud desaparece reemplazándola medrosos recelos. ¿Será falta de fé? Nó, pues yo creo en ti como en el Dios del cielo; pero mientras

mas grande, mientras mas sublime me aparecias, menos digna me encontraba de acercarme á tí, y lo que tú llamas obstinacion era un doloroso ostracismo.

—Pobre María! que nunca te oiga hablar asi, nunca!....te lo pido en nombre de tu hijo. Toca este corazon; es tu mas firme apoyo. Reposa confiada sobre él, pues solo alienta para tí.

—Oh! Dios mio! dijo ella reclinándose en el seno de su marido, y elevando al cielo una mirada de gratitud.—Dios mio! bendito seas porque has enviado al mundo dejenerado que te reniega, estos seres de paz, de indulgencia y de amor para redimir su iniquidad y hacernos creer que en verdad formaste al hombre á tu divina imájen. Diez y seis años han pasado, diez y seis años.....y en cada uno de sus dias, en cada una de sus horas ví brotar en ese corazon, elevarse y resplandecer, alguna nueva virtud! Diez y seis años hace encontréme un dia abandonada, sola entre mi dolor y un secreto terrible. La muerte era mi único recurso; pero yo no podia morir. Junto á mi corazon desgarrado palpitaba otro corazon que me pedia la vida y me encadenaba á una existencia de oprobio. Tú me apareciste entonces, Alberto.—Te amo, me dijiste, y mi amor ha penetrado el secreto de tu dolor. ¿Quieres confiarte á mí? yo seré tu esposo, tu amigo, y....me dijiste al oido—el padre de tu hijo.

—Y bien! y bien! la interrumpió Alberto, con esa brusca genialidad que emplean las almas jenerosas para

velar su grandeza. ¡Vaya un gran mérito! Cumplir con una mision que nos haga feliz!.... Desgraciadamente, amada mia, no siempre es tan fácil conciliar el deber con la felicidad. Hoy, por ejemplo, colocado entre el corazon y la conciencia, voy á sacrificar al deber la dulce costumbre de una antigua amistad.

Yo, que hasta ahora he sostenido á mi amigo con todos los recursos de mi influencia, voy á enarbolar contra él el estandarte de la oposicion; y el cuerpo lejislativo, que actualmente presido, me verá con asombro alzarme contra el voto que pretende dar á Rosas la facultad de reunir todos los poderes del Estado.

A estas palabras de su esposo, María palideció.

—Oh! Alberto, dijo, estrechando su mano con terror, en nombre del cielo no toques la garra del tigre porque te despedazará!....te despedazará y hará de tu cadáver una grada mas para escalar la suma del poder.

—Y bien, amiga mia, moriria con la muerte de los buenos en el cumplimiento del deber. Pero tranquilízate, amada María, Rosas tiene una alma capaz de comprender mi sacrificio y me conservará su estimacion, aunque me haya quitado su amistad.

En ese momento un ujier anunció á Alberto que la cámara reunida esperaba á su presidente para discutir la importante cuestion de aquel dia.

Alberto despidió al ujier y volvió hácia su mujer una mirada de ternura.

—Lo veis, querida mia? le dijo, mi sacrificio co-

mienza desde ahora. Apenas he tenido tiempo de posar mis ojos en tu semblante, la voz del deber me llama lejos de tí; y aunque sea por muy pocas horas, toda separacion en este momento me parece eterna. . . .

Alberto se interrumpió. Habríase dicho que sus palabras encontraron algun éco misterioso en el fondo de su alma.

Pero reponiéndose luego dijo á su esposa sonriendo:

—Te dejo, amiga mia; pero voy á enviarte á Enrique y él desvanecerá para siempre esos importunos recuerdos que turban todavia la paz de tu alma.

Y besando tiernamente la mano que ella le tendía, salió, no sin volverse muchas veces para contemplarla.

VI.

MADRE É HIJO.

Cuando la dama quedó sola alzó los ojos al cielo con dolorosa espresion.

—¡ Jamás ! —esclamó—Jamás !.... Nunca se borrará esa imájen que encuentro siempre en el horizonte de mis recuerdos, en el semblante de mi hijo y en mi propio corazon ! Hé ahí esa frente altiva y meditabunda ! hé ahí esos rasgados ojos azules de tan sombría y sin embargo tan hermosa mirada.... Manuel ! Manuel !...

La puerta se abrió con estrépito, y un hermoso mancebo de diez y seis años, de porte arrogante y risueña espresion, se precipitó en la sala y corrió á arrojarse en los brazos de la dama que lo estrechó en ellos sollozando y besó mil veces sus mejillas y su frente.

—Qué hermosa eres, mamá! decia el jóven contemplando extasiado el radioso semblante de su madre. Aunque tenia muy presentes las facciones de tu rostro, no creía que fueras tan bella. Bendicion del cielo! Dejar la fria atmósfera del colejio, para venir á contemplar los rayos de este bello sol que dá vida á mi vida y calor á mi alma!

—Poeta! poeta!—decia ella, sonriendo tiernamente á su hijo y meciéndolo como un niño en sus rodillas. Me está recitando un madrigal.

—A propósito,—dijo el jóven dejando su actitud de abandono y sentándose al lado de su madre—Manuela Rosas me envió su álbum pidiéndome un soneto. ¡Y lo habia olvidado! Ya! la veo tan pocas veces. Y no porque ella no sea una criatura amabilísima; pero me aleja de su lado el estraño sentimiento que me inspíra su padre. Llamaríalo odio si su amistad con la mia no hicieran el ódio imposible.

—Todavia no conozco á ese hombre, y sinembargo me estremezco cuando oigo pronunciar su nombre; y no comprendo como el noble y bondadoso corazon de Alberto ha podido unirse á ese corazon feroz y sanguinario.

—Esta misma adhesion, madre mia, realza mas la magnanimidad de ese corazon generoso, porque está exento de debilidad. Severa con el amigo, jamás transijirá con el tirano.

—¡Ay! sí, es verdad. . . .pero héme aqui estremecida de espanto á la idea de esa austera integridad que en

este momento subleva quizá contra él en la cámara lejislativa el bando entero del despotismo.

—Qué! esclamó el jóven con los ojos centellantes de entusiasmo—es hoy el dia de su triunfo, y aun no estoy en la barra para aplaudirlo con la voz y con el alma!

Y besando rápidamente á su madre, desasíose de su convulsivo brazo y partió.

EN LA

El presidente invitó á sus cólegas á dar sus votos, ordenando que los que estuvieran por la proposicion, se pusieran en pié, y con rostro impasible dió la señal. Dos hombres únicamente votaron en contra. El uno era Escalada, el inmaculado obispo de la metrópoli. El otro era.... el presidente de la sala, el amigo de Rosas.

Hubo un momento de asombro y silencio: pero cuando la barra arrebatada de entusiasmo prorrumpió en una tempestad de aplausos, cuatro hombres enmascarados precipitáronse en la sala y mientras tres de ellos rodearon la mesa del presidente, el cuarto hundió un puñal en el corazon de Alberto y huyó dejándolo clavado en el seno de su víctima.

Entonces en medio al silencio de horror que reinó en aquel recinto, oyóse la voz del anciano Obispo, que, de pié aun, dijo alzando sobre el moribundo su mano venerable:—Sube al cielo, mártir de la libertad Argentina! Yo te absuelvo en nombre de Dios y de la patria.

Y como si la noble alma de Alberto hubiera esperado aquella sublime bendicion, exhalóse dulcemente en una triste sonrisa.

En aquel momento, Enrique que entraba en el peristilo de la sala de sesiones, fué atropellado por cuatro hombres que huian desalados entre las sombras. El intrépido niño, conociendo por sus máscaras que acababan de cometer un crímen, asió al que iba adelante; pero éste por medio de un violento esfuerzo logró escaparse,

aunque dejando entre las manos de su adversario la máscara que lo cubría.

Al ver el rostro de aquel hombre el jóven dió un grito, y se precipitó en la sala.

A la vista del cadáver de su padre, Enrique se detuvo un momento, inmóvil, mudo, con los puños cerrados y la mirada fija.

Luego, cayendo de rodillas arrancó de su pecho el puñal homicida y besando la herida con siniestra serenidad, adios, padre mio! dijo, estrechando la mano helada del muerto—muy luego me reuniré contigo; pero entonces te habré vengado!

Guardó en su seno el arma ensangrentada y se alejó con firmes y resueltos pasos.

VIII.

EL TERRIBLE DRAMA.

La luz del siguiente dia encontró en las calles de Buenos Aires numerosas huellas de escenas semejantes á la que tuvo lugar en la noche anterior en la sala de representantes. Un puñal habia amenazado la vida de Rosas; aunque se habia arrestado al delincuente, no habiendo podido arrancarle confesion alguna, habia sacrificado indistintamente á todas las personas sospechosas de complicidad en aquel atentado.

A dos leguas de distancia, al frente del palacio dictatorial de Palermo, un destacamento de infanteria acababa de hacer alto. Sonó el tambor y aquella fuerza se formó en cuadro. Vióse entonces en el centro del siniestro vacío un jóven como Isaac y maniatado como él,

y en frente cuatro soldados que á la voz de un oficial preparaban sus armas

Pero, cuando los fatales fusiles se inclinaron sobre él; cuando con la frente erguida y la mirada serena el noble mancebo esperaba la muerte, oyóse un grito de suprema angustia y una mujer pálida, anhelante, desmelenada, rompiendo con esfuerzo febril la línea de bayonetas que le cerraba el paso, se arrojó de repente sobre el jóven y estrechándolo en un abrazo desesperado lo cubrió con todo su cuerpo. Los soldados, vivamente conmovidos, volviéronse hácia el oficial que los mandaba. Pero éste que sentía pesar sobre sí una terrible responsabilidad, ahogando su profunda emocion, mandó apartar á la madre y conducirla fuera del cuadro.

—¡Ah! esclamó ella arrancándose de los brazos de su hijo y cayendo á los piés del oficial.—Dadme al menos por lo que mas amais en este mundo, dadme un cuarto de hora que necesito para obtener la gracia de mi hijo, ó morir.

El veterano sonrió tristemente.

—Id, pobre madre, id, dijo siguiéndola con una mirada de compasion.

—En nombre de esta hora suprema, gritó el niño, yo os lo prohibo, madre mia. No pidais gracia al asesino de vuestro esposo, ó vuestro hijo os maldecirá desde la eternidad.

Mas ella, sin escucharlo, corrió desalada hácia el palacio. Atravesó sin que nadie pudiera detenerla, los

pátios, los vestíbulos, las galerias y los salones, preguntando á su paso por aquel de quien esperaba la muerte ó la vida. Un edecan entreabrió un gabinete y la mostró un hombre que apoyado un una mesa ocultaba su rostro entre las manos.

La desventurada, precipitándose en el cuarto, fué á caer á sus pies. Pero al mirar á aquel hombre el ruego se le heló en su lábio pálido, que se movió sin articular sonido alguno.

En ese momento sonó una detonacion. La infeliz madre cayó sin sentido, gritando: ¡Manuel! ¡Manuel! ¿qué hás hecho de tu hijo?....

atravesó jimiendo las avenidas de sáuces y se perdió entre las desmoronadas murallas del fuerte.

Algunos la tuvieron por una aparicion; pero otros creyeron conocer en ella á María, la hija del viejo comandante, el bello *Lucero del Manantial.*

Lima, agosto de 1860.

UNA NOCHE DE AGONIA.

Episodio de la guerra civil argentina en 1841.

Una de mis amigas envió un dia á su marido para llamarme á su casa.

Era este un jóven compatriota y compañero de Lavalle en su última campaña.

Naturalmente, como debia yo ir en el momento, el mensajero hubo de ser mi acompañante.

Marchábamos pues en la calle, el uno al lado del otro, hablando las mas insignificantes lijerezas, como dos personas que tienen que andar largo trecho sin saber cómo llenarlo.

Si veiamos un jorobado:

—Mi amigo, imite usted ese garbo.

Si una mujer desairada:

—Mi amiga, mire usted ese salero, y aprenda á llevar sus faldas.

Si un vizco:

—Y usted á guiñar á las muchachas.

De pronto dos hombres se cruzaron con nosotros.

—Así—dijo uno de ellos, á tiempo que dejaba la vereda á la anchurosa crinolina—así, sano y bueno, sentí correr por mi cuerpo los sudores de la muerte.

—No quiera Dios que aprenda usted eso—dije yo á mi compañero.

—Lo sé!—respondió. Y sentí estremecerse el brazo en que me apoyaba.

—Lo sabe! Se ha encontrado usted alguna vez en ese terrible trance? Refiérame usted eso, por Dios!

Sin responder miró su reloj.

—Hasta santa Catalina—dijo—nos queda media hora; pero ella basta.

Y me refirió lo que sigue:

—El 12 de enero de 1841 hallábame yo mandando un escuadron de esa columna, hermoso fragmento del ejército libertador que al mando del coronel Vilela envió Lavalle á las provincias de Cuyo, y que sorprendida en la noche de ese dia por el general Pacheco fué derrotada y deshecha en Sancala.

Los dispersos de esa aciaga jornada, se reunieron poco despues en San Juan, incorporándose á las fuerzas con que el general Acha operaba sobre esos parajes.

Yo y veinte y nueve jóvenes porteños, amigos y compañeros de infancia, que poseiamos entre todos diez magníficos caballos, formamos una brigada triplemente montada, que con el nombre de *los hijos de Aimont*, tuvo

una ancha parte en los combates que marcaron con una huella inmortal los últimos pasos de aquel ilustre guerrero.

Y cuando el 19 de septiembre, desde lo alto de una azotea donde quemábamos nuestros últimos cartuchos, vimos al héroe de Angaco, despues de tres dias de una lucha titánica, engañado por su propia lealtad, entregar su espada para volver á los suyos, adivinando el lazo en que habia caido nuestro jefe y no queriendo dar en él, saltamos á caballo, y escapando por una puerta escusada, marchamos á Catamarca, donde la negra estrella que perseguia en aquel año el destino de los libres, nos alcanzó tambien en la derrota que sufrieron en aquel punto las fuerzas de Cubas por la division Maza. Allí perecieron tres de nuestros compañeros, y vagamos tres dias en las gargantas de la cordillera de Ambato, sin agua y careciendo de todo recurso; pero éramos jóvenes y llevábamos en el corazon la fé, la esperanza, y una dósis inagotable de alegría.

Eran las once de la mañana. Habíamonos detenido entre dos montañas, á la orilla de una aguada, para fumar un habano milagrosameute encontrado en la cartera de uno de nosotros, y cuyo humo aspirábamos uno despues de otro, con la delicia de dos dias de privacion.

De repente sonó sobre nuestras cabezas la detonacion de una descarga, y dos de los nuestros cayeron en tierra.

Al mismo tiempo, de las dos quebradas que se abrían sobre aquella hondonada, salieron dos destaca-

mentos que nos rodearon acribillándonos con un vivo fuego. Eran parte de una fuerza enviada por Maza en persecucion de Cubas y demás fugitivos.

Aunque nosotros éramos ya solo 25 y nuestros enemigos 100 hombres bien armados, resolvimos abrirnos paso, ó vender cara nuestra vida; y nos arrojamos espada en mano, hácia el lado oriental de la quebrada. La pequeña tropa hizo prodigios de bravura que fueron fatales; mas la lluvia de balas que nos recibió, mató á diez y siete de los nuestros sin que el resto pudiera abrirse el camino deseado.

Estrecháronnos de tal suerte al fin, que sus lanzas tocaban nuestro pecho, inutilizándonos el manejo de la espada. Muertos nuestros caballos y cercados por todas partes, no pudiendo ya hacer uso de nuestras armas, nos rendimos: cesamos de pelear.

El jefe de aquella fuerza preguntó si entre nosotros se encontraba Cubas.

Al oir nuestra respuesta negativa, nos hizo saber con la mayor frescura que no tenia órden de conservarnos á nosotros, y que á nuestro arribo al campamento donde estaba situado el resto de la fuerza destacada en busca nuestra seríamos ejecutados; y volviéndose á los suyos ordenó que nos ataran.

Uno de los soldados encargado de esta operacion vió en mi dedo un anillo de pelo, dón precioso dado entre besos y sollozos. Estaba incrustado en un cintillo de oro que escitó la codicia del soldado.

—Todavia no—le dije reteniendo el anillo que procuraba arrancar de mi dedo—¿No van á matarnos?

—De fijo—repuso él.

—Y bien, cuando esté muerto, tiempo tendrás de sobra para tomar mi anillo. Entre tanto deja que lo guarde; quiero morir con él.

—Consiento—respondió—Es un regalo que destino á Pascualita.

Acabaron de atarnos y la tropa se puso en marcha con nosotros.

Eramos ocho, y nos llevaban al centro, de dos en fondo, y ligados unos á otros por los codos. Nuestros conductores marchaban al trote y sin darnos un momento de descanso.

Habíamos andado así seis leguas, y sin embargo yo me sentia aun fuerte; pero mi compañero, que era un jóven delicado y actualmente enfermo de tercianas, comenzó á cansarse, y no pudo llevar ya el paso de los otros.

Dejáronnos atrás con cuatro hombres de custodia, pues era tarde y tenian prisa de llegar al campamento, donde debian pasar la noche, pues á nosotros no nos contaban en el número: debíamos marchar al otro mundo.

Así, cuando llegamos nosotros, encontramos ya muertos á nuestros pobres compañeros. Sus cadáveres desnudos y atravesados de hondas lanzadas yacian á la orilla de un barranco.

Notábanse por su belleza los jemelos Vera, que ata-

dos juntos y con los brazos entrelazados recordaban en su muerte la hora de su nacimiento.

Trajéronnos al lado de los cadáveres, y deliberaron sobre nuestra suerte.

Era tarde: el sol se habia puesto, la tropa habia comenzado á tomar su rancho y no queriendo molestarse resolvieron aplazar nuestra muerte para la siguiente alborada.

Separáronnos, y ligadas las manos á la espalda, como dos corderos destinados al sacrificio, nos tendieron cerca de nuestros difuntos camaradas, dejándonos solos entre la línea de vivaques y la lóbrega profundidad del barranco.

Y las horas que nos restaban comenzaron á deslizarse rápidas como las ólas de un torrente, arrastrando consigo nuestra última esperanza, y dejándonos tan solo la perspectiva de la horrible muerte que veíamos pintada en las contrariadas facciones de nuestros compañeros.

Y entre tanto, todo aparecia sereno y apasible en torno nuestro: el cielo azul surcado por el ala blanca de las aves que iban á buscar su nido lejano; los montes dorados por los últimos fulgores del ocaso, los bosques de armoniosos rumores, todo.....hasta el aspecto de esos hombres, que recostados con perezosa indolencia afilaban, cantando tiernas endechas, las lanzas con que algunas horas despues debian arrancarnos la vida!

Llegó la noche, noche oscura, pero tibia, estrellada y saturada con los perfumes de la primavera. Los fue-

gos del vivac y las voces de los soldados fuéronse gradualmente apagando, y muy luego todo quedó en profundo silencio, oyéndose solo á lo lejos, y á largos intérvalos el grito de los centinelas, colocados al otro estremo del campo.

Volvíme á mi derecha y ví blanquear en la sombra los cadáveres de mis compañeros. Tornéme á la izquierda. Allí estaba el que vivia aun. Lo llamé, y no me respondió.

—Duerme—pensé—No turbemos su último sueño.

Y volví mis ojos al cielo; al cielo, cuya vista aun en las mas amargas pruebas, es siempre un consuelo ó una promesa.

Resplandecía con millares de estrellas; y la vía láctea se estendía ante mí con sus innumerables constelaciones, como un ancho y luminoso camino de vida que ansié recorrer con el delirante anhelo de un moribundo.

Y esas estrellas que paseaban lentamente en la inmensidad del espacio, me parecian séres conocidos y amados que me contemplaban llorando; y los suspiros de la brisa me parecian sus sollozos, y el rocío que caía sobre mi rostro, sus lágrimas.

Allí estaban todas, todas: mi madre, mis hermanas, mi amada.

Mi madre se alejó gimiendo y se perdió en el ocaso, dirijiéndome un adios supremo. Siguiéronla mis hermanas. Antonina se quedó sobre el horizonte; y me tendía

los brazos, y sonreía al través de su llanto, y en sus ojos resplandecía la esperanza.

Esta estraña fantasmagoría que al borde del sepulcro venia á mostrarme la vida con todas sus afecciones, sus goces y sus promesas, arrancó de repente á mi alma de la inerte resignacion en que yacía. Mis facultades obraron con un vigor estraordinario, concentrándose todas en un deseo único, ardiente, desesperado: vivir!

Alcé los ojos hácia el astro que marchaba con lentitud al horizonte, y dije á Antonina desde el fondo de mi corazon:

—Espera!

Incorporéme cuanto me permitieron mis ligaduras, y eché una ojeada recelosa en torno.

Silencio y quietud por todas partes! Los fuegos se habian apagado, la oscuridad era profunda; los centinelas mismos dormian, sin duda, pues sus voces de alerta habian cesado, y solo en el fondo de la barranca cortada á pico, que se abria detrás de mí, oíase en el silencio de la noche el ligero murmullo de una corriente de agua.

Arrastréme entonces hasta donde estaba mi compañero.

—Emilio—murmuré á su oido—despierta! no te dejes vencer por el desaliento. Somos todavía muy jóvenes para resignarnos á la muerte. Quédanos un medio de huir y quizá de salvar la vida.

—¿Cuál?—dijo él con apático acento y sin abrir los ojos.

—Rodar al fondo de este precipicio, que tal vez tendrá mejores entrañas que los hombres en cuyo poder nos hallamos.

Emilio me escuchó sin hacer el menor movimiento.

—Amigo!—insistí yo—en nombre del cielo, anímate! Un corto esfuerzo, y nos habremos salvado.

—Huye tú—respondió al fin—Nuestra causa está perdida y no quiero sobrevivirla. Agóbiame ademas una fiebre ardiente, y carezco de fuerza y de voluntad para moverme de aquí.

La pasiva obstinacion de Emilio hizo vacilar mi resolucion; pero alzando les ojos, ví la estrella al borde del horizonte. Sus blancos rayos parecian dirijirme una mirada de dolorosa reconvencion.

—Espera!—repetí.—Y volviéndome á mi compañero:

—Emilio—continué, con voz suplicante—díme que estás resuelto á la fuga!

—Nó: nada me resta que hacer ya, y he resuelto morir. Huye solo.

Este diálogo en voz baja, al medio de la noche, entre dos hombres maniatados y tendidos en tierra, el uno resignado á la muerte, el otro luchando con ella, era fantástico y solemne como una pájina de Job.

Y las horas pasaban, y la estrella se aproximaba al horizonte.

—Emilio—díjele al fin—ten piedad de mí! Si la vida te es indiferente, á mí me sonríe, me llama: yo la amo, y no quiero morir; pero sabes tambien que si rehusas huir conmigo yo me quedaré.

—Nada harias con ello en favor mio,—replicó él—y al contrario, huyendo podrias prestarme un gran servicio.

—Cuál?—repuse yo, con el ánsia del náufrago que se ase á la mas débil tabla.

—Escucha—me dijo—Tú sabes que he sido edecan del general Lavalle; sabes tambien que, como en todos los que han tenido la dicha de acercársele, mi adhesion por él es una especie de culto entusiasta y fanático, al que se refieren todas las acciones de mi vida. Una señal de su aprobacion es para mí la gloria: una duda la infamia.

Y bien: en la batalla del *Tala*.....¿recuerdas? en los momentos del combate yo estaba al lado de Lavalle. Acababa de dejarme la terciana, y debia de estar muy pálido.

El general se volvió hácia mí para darme una órden; pero interrumpiéndose de repente:—Emilio—me dijo, señalando con el dedo mi rostro—¿tiene V. miedo?

Mi respuesta fué lanzarme solo y espada en mano al encuentro de una columna enemiga que atravesé, tú lo sabes, de parte á parte, haciendo prodigios, no ya de valor, sino de desesperacion, de locura.

Cuando volví á su lado, el general se adelantó á recibirme, y me dijo, abrazándome, estas palabras inapreciables en él, que como todos los héroes era avaro de alabanzas:

—Bien! Emilio! muy bien! Pero todavia no he visto á V. en la hora de la muerte.

—Quiera el cielo, repliqué yo—concederme la dicha de morir á vista de V. mi general; pero cerca ó lejos de V.—hoy, mañana y en cualquier tiempo que la muerte se presente, no me verá palidecer.....

José! huye, y vé á decir al general Lavalle que he vivido y muero digno de él!

Pobre Emilio! corazan entusiasta y heróico! Todavia siento remordimiento por la involuntaria emocion de alegría con que al escucharte besé tu pálida frente, ¡y dando una vuelta sobre mí mismo me precipité en el barranco.....

El narrador guardó algunos instantes de sombrío silencio. Despues continuó:

—Rodé largo trecho, rebotando en las ásperas sinuosidades de la rápida pendiente, y caí al fin en un charco de agua cenagosa.

Felizmente el terreno aquel no era rocalloso. Formábalo una arcilla deleznable, que desmoronándose al choque de mi cuerpo en gruesos terrones, y arrastrando consigo los matorrales que sustentaba, suavizó mucho aquella peligrosa caida.

Levantéme luego á pesar de mis ligaduras y miran-

do en torno mio, procuré reconocer el paraje en que me hallaba.

Era el cauce de un torrente encajado en el fondo de una quebrada. Cerrábanlo dos barrancas de veinte piés de altura, lisas y perpendiculares que se prolongaban hasta perderse en las sombras.

Apliqué en seguida el oido, temiendo haber sido descubierto.

Todo en los alrededores permanecia tranquilo y silencioso: la brisa misma parecia contener su aliento; y allá en el pico mas elevado de la montaña, la blanca estrella resplandecía con una luz purísima.

Un sentimiento profundo de religiosa gratitud se apoderó de mi corazon. Postréme y dí gracias á Dios que me permitia respirar aun en este mundo el aura embalsamada de la juventud y del amor.

Alcéme lleno de fé, é hice esfuerzos para romper la cuerda que ligaba mis manos á la espalda. Imposible: estaba fuertemente agarrotado.

—No importa!—me dije—la mano que te ha librado en el precipicio, te librará tambien de tus enemigos.

Y tomando por guia los últimos fulgores de la estrella que comenzaba á ocultarse en el occidente, empecé á subir el pedregoso cauce con la lijereza del que siente á sus espaldas la lanza enemiga.

Marché así largo tiempo, á pesar de los vehementes dolores causados por la violenta posicion de mis brazos, y la fuerte cuerda que los sujetaba.

Mi anhelo era trasponer la quebrada é internarme en el dédalo de colinas que estendiéndose hácia el norte, forman la base de la cordillera de Ambato.

En fin, cuando comenzaba á amanecer encontré una quiebra que interrumpiendo el barranco por la derecha, se abria sobre un recodo de la quebrada.

La cuesta era muy rápida y casi inaccesible para el que no pudiera servirse de sus brazos. Sin embargo, yo la subí con increible agilidad, descendiendo luego á una cañada angosta, cubierta de espinos cuyas frutas, mezcladas con sus flores primaverales, entreabrian su blanco y refrescante meollo, cual si sonrieran á la ardiente sed que comenzaba á devorarme.

Cerré los ojos á esa dolorosa tentacion, y me apresuré á subir una colina para huir de aquel suplicio de Tántalo.

Vana esperanza! La cañada inmediata no solo me mostró las blancas *pasacanas:* cubríala tambien un bosque de viñas cuyas anchas hojas contenian las mas trasparentes gotas de rocío que han contemplado mis ojos, y escitado la angustia de un sediento. Rozábalas al paso mi cabeza, sin que pudiera alcanzarlas mi ardiente lábio, y mi sed crecia y mi aliento se tornaba por grados seco y fatigoso.

En fin, despues de una marcha de cinco horas, cuando el sol comenzaba á asomar en el horizonte, divisé de súbito una blanca columna de humo.

Era tal mi cansancio y tanta la sed que me aque-

jaba, que á todo riesgo me dirijí hácia aquel lado.

Poco despues, á la revuelta de un sendero, y como á unos veinte pasos de distancia, descubrí un rancho en cuyo patio, bajo un peral, una mujer sentada en el suelo, atizaba el fuego de su hogar.

Estaba sola, y naturalmente, al ver la andrajosa estampa del estraño caminante que llegaba á su casa, hubo de sobrecogerse.

Mas luego que al acercarme pudo ver mis manos agarrotadas, y en mi semblante la imájen del sufrimiento, corrió á mí con solícito ademan; dió una vuelta en torno mio, y deteniéndose delante de mí con las manos juntas y los ojos llenos de lágrimas:

—Pobre señor—esclamó—¿quién ha puesto á V. en tan lastimoso estado?

—Agua! hija mia! agua, agua!—era lo único que yo podia decir.

La mujer entró en la casa, volviendo luego con un vaso de arcilla negra lleno del agua mas deliciosa que he gustado en mi vida.

Mientras ella me hacia beber con la dulce caridad de una pastora del *Génesis*, contemplaba yo su rostro cubierto de lágrimas, arrancadas por la compasion. Aunque jóven, no era bonita; pero en sus ojos, en sus lábios y en su sonrisa, resplandecía ese sentimiento, base de toda belleza: la bondad.

Cuando hubo apagado mi sed, puso el vaso en tierra y apoderándose de mis manos ocupóse en desatarlas.

—Un cuchillo, hija mia, un cuchillo es mas espeditivo.

—No señor. La cuerda se ha internado en la carne y sería peligroso el cuchillo. Deje usted . . . Nadie me ganó nunca en desatar un nudo—Y ayudándose con los dientes deshizo mis ligaduras.

—Ahora, oh mi generosa bienhechora—la dije—déjame besar tus manos, y acaba tu obra dándome un sitio para ocultarme y descansar, porque he escapado á la muerte y me persiguen de cerca.

—¡Ay señor! y no lo decía usted en seguida! Qué gente persigue á usted? No quiera Dios que sea la del coronel Maza!

—Calla! pues si son ellos mismos!

—Ellos—esclamó la jóven pálida, diciendo:—Entonces no perdamos tiempo . . . . . Pero . . . . . dónde? . . . . dónde? . . . . —Ah! . . . . . en la troja! . . . sí, en la troja.

Y asiendo mi mano, arrastróme en pos de sí hasta el otro estremo de la casa, hízome subir á la troja, subió ella misma tras de mí, apartó el maiz haciendo un hueco proporcionado á mi cuerpo, colocóme en él, y me cubrió enteramente con las doradas mazorcas: todo esto con un apresuramiento, un interés y una solicitud, cual si aquel desconocido fuera su propio hermano. Oh mujeres! en todas partes sois las mismas! Hijas de la abnegacion y del heroismo, la una mitad de vuestra alma es amor y la otra caridad.

Apenas me tendí en aquel fresco y abrigado lecho, un bienestar inexplicable circuló por todo mi ser; mis sentidos se fueron gradualmente adormeciendo, hasta que caí en un sueño profundo que duró muchas horas, y repuso enteramente mis fuerzas.

Cuando desperté, y que sentándome, aparté el maiz que me cubria, era ya noche cerrada. Al ruido que hice al bajar de la troja acudió mi huésped.

—Ah! ah!—dijo con la sonrisa de seguridad del que ha visto pasar un peligro—muy quietito se estuvo el señor mientras estaban buscándolo.

—Me buscaban?

—Entonces no ha oido usted nada? ¡Ay señor! un momento despues que *enterré* á usted bajo el maiz, llegó un piquete en busca suya. Con él vino mi marido, y no dije á usted esto esta mañana, porque no desconfiára de mí; Santiago Chavez, mi marido, está con ellos. A pesar de eso, me rejistraron la casa; pero yo habia tenido cuidado de borrar la huella de usted con una rama hasta la misma encrucijada.

Por eso poco pararon aquí y se volvieron luego á reunir con su jente.

Nada hay ya que temer, señor. Así, venga usted á tomar un bocado que bien lo habrá menester.

Hízome sentar cerca del fuego en un banco de madera, y colocando otro delante, cubriólo de frutas secas y miel de abejas y cuajada que devoré con un hambre de tres dias.

Mientras yo hacia honor á este bíblico banquete, mi huésped habia desaparecido.

Volvió luego con un caballo y se puso á ensillarlo en silencio.

—¿Qué haces ahí, amiga mia?—le pregunté—¿cuentas ir á alguna parte?

—No señor. Este caballo es para usted—respondió ella con la mayor sencillez.

Ah! nunca me habia inclinado ante nadie, ni aun ante mi amada; pero entonces fuí á caer de rodillas á los piés de aquella mujer y besé con relijiosa veneracion la orla de su humilde vestido de liénzo azul.

Ella me levantó avergonzada.

—Oh! señor—dijo—no es á mi á quien debe usted dar gracias, sino á la Vírjen Santísima que cerró los ojos á esos hombres. Venga usted á rezar una *salve* para que aparte los peligros del resto de su camino.

Y llevándome al interior de su casa, prosternóse ante una imájen de la Soledad que acompañaba su lecho, y recitó esa dulce y sentida plegaria que yo solo habia oido en los lábios de mi madre entre el hogar y la cuna, y que entónces repetí con profundo enternecimiento, arrodillado al lado de mi protectora, quien me dijo levantándose:

—Ahora, señor, separémonos. Monte usted á caballo, trasponga aquellas cumbres, y se hallará en seguridad.

—¿Y el caballo, hija mia? ¿Qué cuenta darás de él á tu marido?

—No tenga usted cuidado, señor. Le diré que se ha muerto; y Dios perdonará la mentira en gracia de la intencion.

—Oh! noble y generosa criatura, díme al menos tu nombre, para que lo grabe eternamente en el corazon.

—Pascuala, señor . . . . ó Pascualita como me llama mi marido.

—¡Pascualita!—esclamé yo, pues aquel nombre habia herido mi mente como un recuerdo—Díme, amiga mia, ¿no es tu marido un hombron fuerte y moreno, de barba cerrada y rizada cabellera?

—El mismo.

—Pascualita—repuse, quitando de mi dedo el anillo de cabellos de Antonina, y poniéndolo en el suyo—esta prenda me es mas cara que la vida, guárdala en memoria de mi gratitud; y cuando veas á tu esposo, díle que nada ha perdido con la fuga de aquel cuya herencia codiciaba.

Y besando la frente de aquella santa jóven, monté á caballo y partí.

—¿Y? dije yo—viendo que mi compañero habia callado.

—Y de etapa en etapa, llegué cerca del general Lavalle, demasiado tarde para cumplir la mision que el pobre Emilio me habia confiado; pero á tiempo para prosternarme, besar y regar con mis lágrimas la yerta mano de aquel grande héroe, en la Matriz de Potosí!

—¿Y Antonina?

—¡Chiton!—dijo él, poniendo un dedo en la boca y haciéndome pasar el umbral de su puerta.

Recordé entonces que aquel hombre escapado á la muerte por la misteriosa influencia de un amor romántico, estaba ahora casado con una mujer á quien amaba; que esta mujer se llamaba Andrea, y que poseía dos rasgados ojos negros, magnéticos, fascinadores.

¡Pobre Antonina!

Lima, 1862.

EL LECHO NUPCIAL.

I.

Las notas graves y patéticas del *miserere* resonaban en las bóvedas de la Merced.

Era la noche del Viérnes Santo.

Profunda oscuridad reinaba en el templo y la luz de la sola lámpara que ardia en el santuario, perdíase entre la inmensa masa de tinieblas.

Cerca del cuadro de la *Oracion del huerto*, aislada de la multitud, de rodillas y como una espresion fiel de las palabras del sagrado canto, hallábase una mujer en angustiosa plegaria.

—Señor!—decia y sus hermosos ojos alzábanse al rostro de Cristo, tristes y suplicantes—Señor, yo tambien con todas estas voces te pido que tengas piedad de mí. En vano he combatido con la doble fuerza del deber y del

orgullo, el sentimiento culpable que es necesario desterrar del corazon. En vano he abismado el pensamiento en la amargura de esta terrible verdad—¡Nunca me amó! Ama á otra!—La voz del corazon responde siempre:—Lo amo! Lo amo!—Ahora mismo, en estas sagradas melodías que invocan tu santo nombre, creo oir el éco de su voz, veo resplandecer su mirada y en cada una de esas notas hay un gemido del alma que lo llama...! Señor! Señor! arranca de mi corazon esa imájen que vive en él apesar mio y que encuentro en todas partes hasta en tu divino semblante.

El templo se iluminó de repente, y los murmullos tumultuosos de la multitud ahogaron en los lábios de aquella muger su doliente plegaria.

El *miserere* habia acabado.

Al profundo recojimiento sucedió una inmensa algazara y ese fuego graneado de galanterías, accesorio obligado de toda fiesta piadosa.

—Rosita—decia un elegante—¡que bella es usted! Sus ojos brillan en la sombra como dos estrellas.

—¿Mis ojos? Oh! Dios me libre de ello...! así son los de los gatos.

—¡Cármen!—suplicaba otro—¿Me permite usted acompañarla?

—Al contrario, se lo prohibo espresamente....He encontrado aquí á Elisa....no la he visto desde que se fué á Chorrillos y tiene qué hacerme muchas confidencias. Ah! héla allí.. ¿Elisa?

La bella jóven á quien asi llamaban tomó el brazo de Cármen y continuó con ella una conversacion ya comenzada.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

—Y no me lo decias?

—Tú no debes saberlo.

—Cármen.... ¡en nombre del cielo...!

—Te empeñas en ello? Bien...! María ama á Fernando.

—Ella...! Oh! Si ella lo ama tanto peor para la desdichada; porque Fernando no amará ya á nadie sinó á mí.

—Y porqué esa presuntuosa seguridad? ¡Perdon. por el desacato!

—¿Por qué? replicó Elisa inclinándose al oido de Cármen—Porque soy coqueta!

—Ya! Pero sabes que si el amor de María es nebuloso, tambien es fama que el tuyo está á punto de eclipsarse.

—Amo siempre á Fernando, pero al fin es necesario que todo eso acabe. ¡Ay! Suya es la culpa....no quiso *consolidarse*... Por otra parte yo he nacido en el lujo... lo aspiro como un elemento de vida... Licedo pone á mis pies inmensas riquezas... ¿Que quieres, hija? Lo he preferido; mas yo he sido leal con Fernando. Dadme un lecho nupcial como este, le he dicho mostrándole mi suntuosa alcoba, dádmele y seré vuestra....

—Al diablo con tu lealtad! Y él que dijo?

—Sonrió de una manera estraña que nunca he visto en él y respondió con un ademan de despedida—Está bien....os le daré!

—Desconfia de esa sonrisa.

—No hay ya tiempo para temer. Ahora parto para Chorrillos con Licedo, que pidió permiso á mamá para traerme á que oyera el *miserere* y el domingo dejaré de ser Elisa Roman para ser la señora de Licedo... ¿Vendrás á verme?

3 2044 010 598 613

The borrower must return this item on or before the last date stamped below. If another user places a recall for this item, the borrower will be notified of the need for an earlier return.

*Non-receipt of overdue notices does **not** exempt the borrower from overdue fines.*

Harvard College Widener Library
Cambridge, MA 02138 617-495-2413

WIDENER
WIDENER
JUL 2 2 2004
AUG 0 9 2004
CANCELLED
BOOK DUE

Please handle with care.
Thank you for helping to preserve library collections at Harvard.